

“LAS MISIONES EXTRANJERAS
INVITACIÓN PONTIFICIA A BURGOS”

CARTA PASTORAL

QUE EL

Excmo. y Rvdmo. Señor

Dr. D. Juan Benlloch y Vivó

ARZOBISPO DE BURGOS

DIRIGE AL

CLERO Y FIELES DE SU ARCHIDIÓCESIS



*Burgos, 3 de Diciembre de 1920,
Fiesta de San Francisco Javier, Patrón de las Misiones.*

TIPOGRAFÍA DE POLO-LAÍN-CALVO 61, BURGOS

"LAS MISIONES EXTRANJERAS

INVITACIÓN PONTIFICIA A BURGOS"

T. 43276

C. 1053268

“LAS MISIONES EXTRANJERAS
INVITACIÓN PONTIFICIA A BURGOS”

CARTA PASTORAL

QUE EL

Excmo. y Rvdmo. Señor

Dr. D. Juan Benlloch y Vivó

ARZOBISPO DE BURGOS

DIRIGE AL

CLERO Y FIELES DE SU ARCHIDIÓCESIS



*Burgos, 3 de Diciembre de 1920,
Fiesta de San Francisco Javier, Patrón de las Misiones.*

TIPOGRAFÍA DE POLO-LAÍN-CALVO 61, BURGOS.

R. 35419

"LAS MISIONES EXTRANJERAS
INVITACIÓN PONTIFICIA A BURGOS"

CARTA PASTORAL

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN:	
a) Ocasión y finalidad de esta Carta.	10
b) Motivos en que fundamos Nuestras esperanzas	17
PARTE PRIMERA.— <i>Teología de Misiones:</i>	
I. Las dos intuiciones de San Pablo	24
II. El punto de Unión	48
III. <i>Mysterium Christi</i>	54
IV. La Fe regeneradora	62
V. La Iglesia misionera.	78
PARTE SEGUNDA.— <i>Fases de la Iglesia misionera:</i>	
I. La Iglesia misionera doctrinal	111
II. La Iglesia misionera práctica.	123
PARTE TERCERA.— <i>La hora de Dios en las Misiones:</i>	
I. <i>Domine, volumus Jesum videre</i>	154
II. El enemigo.	160
III. La voluntad del testador	175
IV. Su realización de hoy	181
V. Nuestra obra	212
CONCLUSIÓN:	
Aceptemos la misión de Dios	225
APÉNDICE	232



Nós Dr. D. Juan Benlloch y Pivó,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Burgos, etc., etc.

A NUESTRO VENERABLE DEAN Y CABILDO METROPOLITANO,
SEMINARIO, PÁRROCOS Y DEMÁS SACERDOTES, COMUNI-
DADES RELIGIOSAS Y FIELES TODOS DE NUESTRA MUY
AMADA ARCHIDIÓCESIS,
GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS PADRE Y DE NUES-
TRO SEÑOR JESUCRISTO.

...«Jam veró inter cetera hoc tibi volumus pro
tua diligentia proponas, ut delecti e clero adoles-
centes, qui ad Evangelium barbaris praedicandum
vocati sint, Burgensis intra moenia rité instituan-
tur, subindé in exteris Missiones destinandi».

...«Es Nuestro deseo que uno de los proyectos
que con más entusiasmo acaricies sea el procurar,
por cuantos medios estén a tu alcance, que, dentro
de los muros de Burgos, se formen aptos para el
caso jóvenes escogidos del clero que se sientan lla-
mados por Dios para evangelizar a los infieles...»

(Carta de S. S. Benedicto XV a Nós, 30, Abril, 1919). (1)

(1) Acta Ap. Sedis, 1, Jul., 1919, pág. 267.

“LAS MISIONES EXTRANJERAS INVITACIÓN PONTIFICIA A BURGOS”

INTRODUCCION

A) Ocasión y finalidad de esta Carta

VENERABLES Cooperadores y Amadísimos Hijos:

En nuestra primera *Carta* sólo tocamos como de pasada *la honrosa y especial misión pastoral a Nos confiada por S. S. Benedicto XV*; misión augusta que, como os decíamos en *Nuestra noticia oficial*, *no sólo encaja en Nuestro sublime ministerio, sino que lo corona con remate tan apropiado y glorioso, cual jamás pudo soñar, siquiera, Nuestra insignificancia y pequeñez*. Nos referimos a la *Carta* de S. S. Benedicto XV a Nos dirigida el 30 de Abril de 1919, sobre el fomentar el Colegio fundado en esta capital para el servicio de las *Misiones Extranjeras*. ⁽¹⁾

La habréis ya leído y releído, sin duda, como Nos; la habréis apretado fuertemente sobre vuestro corazón, prometiendo, a la vez, cooperar decididamente a tan caritativo mandato del Pastor Supremo. Se ha llamado a Benedicto XV el Papa de las Misiones y de las misericordias; y, en efecto, la obra de la evangeli-

(1) V. el Apend.

zación del mundo, no menos que la Europa socorrida por Él en tantas calamidades, deberán quedarle eternamente reconocidas.

¡Ah!: y ¿cómo podremos significar a Su Santidad la debida gratitud por la dignación que nos ha mostrado haciéndonos merced de que, en sus sublimes y grandiosísimos planes de traer al regazo de Jesús todas las naciones bárbaras del mundo, se haya fijado en Nos y en vosotros, Venerables Hermanos y Amadísimos Hijos, convidándonos, tan en particular, a la nobilísima causa de la conversión del paganismo? ⁽¹⁾ Los latidos de su corazón augusto de Apóstol y Padre de los Apóstoles han repercutido con señalada predilección en nuestros corazones; desoir, pues, ya, una invitación tan pública y oficial, si sería indigno de cualquier cristiano, mucho más lo será de un Arzobispo y de una Archidiócesis amantísimos de la Iglesia y de España, la nación eminentemente católica y misionera en los pasados siglos.

Es verdad que la ocasión, de que el Supremo Jerar-

(1) Tan importante ha parecido esta invitación pontificia a las revistas extranjeras, que el órgano oficial de la Propagación de la Fé en Francia «*Les Missions catholiques*,» 13, Febrero, 1920, pág. 77, lo mismo que el de Polonia «*Misje Catolickie*» nn. 447-448, pág. 68, y las dos célebres revistas alemanas «*Zeitschrift für Missionswissenschaft*» año 10, cuaderno primero, 1920, pág. 47, y «*Die Katholischen Missionen*,» Dic. 1919, pág. 52, y otras más que omitimos, han publicado su noticia con cariño e interés.

En nuestra Patria, merece especial mención y Nuestro singular reconocimiento la Revista «El Siglo de las Misiones» publicada por los PP. Jesuitas del Colegio Máximo de S. Francisco Javier de Oña, la cual ha dedicado a este interesante tema sendos artículos.

ca de la Iglesia se haya fijado para esta gran obra en esta Nuestra amadísima Archidiócesis, es ajena a Nuestros méritos, como que en gran parte se debe a la base que para ello dejó el ya finado canónigo de esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, D. Gerardo Villota, *sanctae memoriae sacerdotem*, como le llama Su Santidad; pero la gloria y la honra de haber sido Nos y Nuestra Archidiócesis escogidos y señalados oficialmente por el Sumo Pontífice para convertir en árbol lo que aquél virtuoso sacerdote había sólo puesto en semilla, es de Nos y de todos vosotros, Venerables Hermanos y Amadísimos Hijos. Permitidnos, pues, Nos regalemos de nuevo con el recuerdo de tan honorífico *Documento*.

«*Es Nuestro deseo*, Nos escribía en invitación oficial, *que uno de los proyectos, que con más entusiasmo acaricies, sea el procurar, por cuantos medios esten a tu alcance, que dentro de los muros de Burgos, se formen, aptos para el caso, jóvenes escogidos del clero, que se sientan llamados por Dios para evangelizar a los infieles, ya que guerra tan monstruosa y larga ha reducido a mermado número los pregeneros del Evangelio: vacío, por otra parte, que, no pudiendo llenarse con los Colegios ya existentes DE PROPAGANDA FIDE, reclama que surjan nuevas Instituciones similares debidas a la generosidad de las naciones católicas. Y en este punto, no hay duda, que no es decoroso el que España, cuyos pasados servicios apostólicos fueron de tanto relieve, olvidada ahora de sí, deje vencerse por ningún otro*

pueblo... A tu destreza, pues, incumbe ahora cultivar con todo esmero y dar calor de tal suerte a esa como semilla, que, palpablemente, bajo la influencia de la gracia de Dios, se la vea convertirse en árbol corpulento del que puedan esperarse a su tiempo ubérrimos frutos...

Más aún, Venerables Hermanos y queridísimos Hijos; por gracia jamás por Nos merecida quiere el sucesor de San Pedro, que en cuestión tan trascendental no sólo cooperemos a tan Santa Obra, sino que, además, demos ejemplo de actividad y alegre sumisión a Nuestros Hermanos compatriotas. «*La autoridad de tu ejemplo, prosigue Su Santidad, servirá en gran manera de estímulo para despertar idénticas aspiraciones en otros; ni hay por qué dudar, que, tratándose de la causa nobilísima de la expansión vital de la Iglesia, todos, y en especial, tus colegas del episcopado español, querrán, con cuantos medios puedan, favorecerte en tu empresa*».

Cuando ante tan honorífica cuanto difícil empresa Nos pensábamos en vosotros, e ideábamos el modo de hablaros y de abriros Nuestro corazón, a fin de que llenos todos y poseídos de tan santo ideal aunásemos nuestros esfuerzos para el logro de estos anhelos del Pastor Supremo, la *Carta Apostólica* de Su Santidad «*Sobre la propagación de la Fé católica*» por todo el mundo, dirigida a los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe católico, el 30 de Noviembre de 1919 ⁽¹⁾ primero, y, después, su *Alocución* a los

(1) Acta Ap. Sedis, Dic. 1919, págs. 440-455.

Predicadores Cuaresmeros de Roma, ⁽¹⁾ vinieron a infundirnos nuevos alientos, estimulándonos, juntamente a decidirnos por manifestaros cuanto antes Nuestro intento en este punto, y la cooperación efectiva que para Nuestra obra de todos vosotros esperamos.

Y ya que el llamamiento e invitación del Sumo Pontífice ha sido no sólo para Nos, sino, también, para todos vosotros, Venerables Hermanos y Apreciadísimos Hijos, conviene meditemos todos, aplicándolas a esta Nuestra obra en concreto, en aquellas palabras admirables de un célebre historiador de Misiones sobre «La Propagación de la Fé»: «*Sus magníficos destinos, su hermosa participación en la economía de la salud del género humano, le asignan un puesto muy elevado entre las obras del Catolicismo, y la hacen, en cierta manera, tan necesaria para la religión, que el reino que sostenga esta institución de vida y de fé tiene derecho a esperar en cambio una señalada protección y especiales bendiciones el día en que invoque el brazo del Señor para defensa de su honor y de su existencia. Como en los tiempos en que el Dios de Israel hacía pactos con su pueblo escogido, parece que ha mediado una convención entre el Redentor y el pueblo que se ha encargado de continuar con sus liberalidades y su celo el trabajo de la Redención. Sea fiel nuestra patria a su vocación y Dios lo será, también, a sus promesas*». ⁽²⁾

(1) Acta Ap. Sedis, Feb. 1920, págs. 64.

(2) «*Historia General de las Misiones desde el siglo XIII*» por el Barón de Heurion. T. I - Dedicatoria al Emmo. Cardenal Bonald.

Para que os forméis una idea cabal de la grandeza de esta divina misión a Nos y a vosotros confiada, hemos querido, Venerables Cooperadores y Amadísimos Hijos, desentrañaros en *Carta aparte el gran misterio de la conversión del paganismo por medio de la Fé*, explanándoos, sencillamente, algo sobre la teología y desarrollo histórico de su propagación admirable, ya que esta doctrina ha de ser siempre la base incommovible de cualquiera ciencia e institución misionera. Porque se vé, que si, por una parte, de su inteligencia arranca toda la ciencia del edificio de la Iglesia, en cambio, por otra, de su ignorancia provienen el abandono y desdén con que los pueblos cristianos descuidan esta parte, tan capital en la Iglesia Católica, de la cooperación a sus Misiones. Una vez fijada tan sólida base, explicaremos, después, la manera como la Divina Providencia ha llevado a cabo la obra misional en el transcurso de estos últimos siglos, para que así todos vosotros, uniendo a vuestro conocimiento teórico de la Propagación de la Fé, uno de los modos prácticos con que la Iglesia se sirve hoy para dilatarla en el mundo por medio del clero secular, podáis comprender, más fácilmente, la importancia de Nuestro intento y el modo concreto de realizarlo.

Tres serán, pues, los puntos de estudio de Nuestra Pastoral: de un lado el problema de la gentilidad en relación con Jesuérsto y la Fé, que constituirá la parte *teórica* de Nuestra Carta, y el problema del universalismo católico en acción, que formará la parte *histórica*

primitiva misionera: y del otro, el problema moderno ante *la hora de Dios* de la conversión del Paganismo. Que la luz de Dios, que dirige nuestra pluma, ilumine, después, a torrentes vuestra alma para que no perdáis ni una partícula de estas admirables verdades.

B.) **Motivos en que fundamos Nuestras esperanzas**

Hablamos con hijos de Burgos y de España, patria y morada natural del talento, la caballeridad y el agradecimiento. Quisiéramos que entraseis a la lectura de esta Pastoral, por una parte, alta la mirada para abarcar en su plenitud de luz el grandioso panorama de las Misiones; y, por otra, con el corazón abandonado a merced de sus propios latidos, para en nada impedir el ritmo de armonía, que, sin duda, habrá de entablarse entre la sublimidad del espectáculo y la repercusión y proporción de vuestros sentimientos.

La Fé, la gratitud. Nada encontramos para la primera presentación de Nuestro programa misional, que así convenga a vuestras prendas, como esas dos palabras pletóricas en santo consorcio de Teología y de historia patria.

La *Fé*, y una *Fé*, base de todo el orden sobrenatural establecido; *Fé* gratuita ⁽¹⁾ por parte de Dios, como obligatoria en la actual economía, ya de ser autoritativamente intimada a todas las naciones por la Iglesia, ya, también, a su vez, de ser aceptada y obedecida recíprocamente por todos los hombres: «*in omnibus gentibus*»; ⁽²⁾ he ahí, Venerables Hermanos y queridísimos Hijos, lo primero que salta a la vista de

(1) Rom., III, 21-31.

(2) Rom I, 5.

quien quiera afrontar estas admirables cuestiones de la misión universalista y evangelizadora de nuestra amadísima Madre la Iglesia. Misión, a la que, con acertada precisión llama Nuestro Santísimo Padre, Benedicto XV, «*Máxima y Santísima*», confiada a sus discípulos por Nuestro Señor Jesucristo al tiempo de su partida por medio de aquel «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones*». ⁽¹⁾ «*Ite in universum mundum, praedicate Evangelium omni creaturae*»; y que, por otra parte, sin circunscribirse solo a la vida de los Apóstoles, debería perpetuarse en sus Sucesores hasta el fin de los siglos, mientras quedasen en la tierra hombres que salvar por la verdad». ⁽²⁾

Las reflexiones que, como punto de partida de Nuestra exposición, pensamos proponer a vuestro estudio sobre la naturaleza y necesidad absoluta de esta virtud transformadora, verdadero principio, fundamento y raíz ⁽³⁾ de la elevación y de la dignidad colectiva de las naciones y de la misma Sociedad, no menos que de la santificación personal de cada individuo, ya de antemano con solo su enunciado nos presentan como dos fases relativas a la Fé: la de la *caridad*, que si urge en todas las graves necesidades,

(1) Marc. XVI, 15

(2) Acta Ap. Sedis, 1919, pág. 440.

(3) Concil. Trid. Sess. VI, cap. 8.—*Initium* quia caeteras dispositiones praecedit: *fundamentum* quia coeterae ipso nituntur; *radix* quia ad eas producendas concurrat» Van Steenkiste -In Epist. ad Rom., X, 17.

pasa a obligatoria en estas donde juegan su salvación eterna, por carecer de la Fé, tantos millones de almas; y la de *la gratitud*, cuando en busca de propagadores de esa misma Fé salvadora, se acude, como en nuestro caso, a pueblos, que, precisamente, deben toda su prosperidad a la Fé que recibieron de labios de otros misioneros. ¡La Caridad! ¡La Gratitude! He aquí los fundados motivos que tenemos para esperar que no suenen en el vacío los acentos de esta Nuestra *Carta*.

No seamos ingratos al mayor beneficio que se ha dignado el Señor conceder a nuestra patria. «*Ecce, fratres, Gentes eramus etsi non in nobis, in parentibus nostris*». ⁽¹⁾ Acordémonos de la España anterior a sus misioneros, de la España pagana, primero, arriana y priscilianista, después, antes de que, gracias a la labor de San Pablo, de Santiago, de San Leandro y San Martín de Braga hubiera merecido llamarse «*España Católica*»: de aquella España en que nuestros primogenitores adoraban las rocas, las fuentes, los árboles, el curso de las estrellas y los trivios con el culto de Neptuno; a las Lamias, a las Ninfas, etc., etc., sin excluir de su veneración a las polillas y a los ratones. Solo así, reconociendo que no somos más que una parte de la «*universa Ecclesia Gentium*, colectada hace siglos de pueblos bárbaros e idólatras, podremos sentir mejor la verdad persuasiva de los motivos de *cari-*
dad y *gratitud* que, a fin de espolearnos a la coope-

(1) S. August. Enar. in. Ps. 65.

ración misional, apunta en su *Carta Magna* de Misiones Su Santidad Benedicto XV. «Ayudarles, escribe; (a los infieles) en cuanto esté en nuestra mano por medio de nuestro concurso misional a que salgan de esas tinieblas, además de cumplir en cuestión tan grave con un deber de caridad, es saber agradecer al Señor por muy aceptable manera el beneficio de la Fé». ⁽¹⁾

¡*Fidei beneficium!* Sí, porque es gratuita, porque en nuestro suelo es la Fé colectiva y nacional; beneficio, porque supone en Nuestro Señor una predilección especialísima sobre España, ya que a esa Fé, debida a misioneros intrépidos y arriesgados que la amaron, vinculó el Señor un ambiente patrio de sublimidad, grandeza y heroísmo en el que habían de nacer, desarrollarse y sobresalir nuestros mayores y más profundos pensadores, nuestros más inspirados y geniales artistas en todos los órdenes de la estética, nuestros valientes y atrevidos conquistadores y descubridores, glorias nacionales muchos de ellos sin precedentes en la historia, nuestros admirables Santos, enamorados incomparables de la persona de Jesucristo, nuestros católicos Reyes, árbitros de dos mundos y brazo derecho de la Iglesia, y, por fin, nuestro carácter nacional siempre religioso, heroico e invencible.

¿Por qué, pues, a fuer de agradecidos no hemos de querer transplantar a otros pueblos este gérmen fe-

(1) Acta Ap. Sedis, 1919, pág. 451.

cundo de grandeza personal y nacional, que, como transformó la España pagana y esclava en la España Católica y Señora, ha de regenerar, también, y elevar otras naciones hoy envueltas en las sombras de la muerte?

Es verdad, como anota el erudito italiano antimachiavelista Tomás Bozio, que el primer cumplimiento histórico de la célebre profecía de Malachías, por el que se vaticinaba la celebración de la Misa en toda la tierra, «*Ab ortu solis usque ad occasum magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio mundo*» ⁽¹⁾ lo realizaron en los siglos XV y XVI misioneros de nuestra península en su evangelización estrictamente circunmundial. ¡Página es esa brillantísima de nuestra historia! Pero, en cambio, ¿no argüirán ingratitud, cuando no degeneración de espíritu, ciertos exclusivismos nacionales, hoy en día tan en boga, que, contentos con el catolicismo interior, por llamarlo así, *intranacional* y el título de nación católica, creen deber despreocuparse de la actuación cristianizadora universal que ese mismo título significa y exige de nosotros?

«*Nunca obremos como miembros aislados; actuemos en unión compacta de todo el cuerpo de la Iglesia una, fijos los ojos en los intereses de su única vitalidad interior y exterior*» era el constante grito, dado a sus paisanos los africanistas exagerados, por aquél admi-

(1) Malach, I, 11.

rable Doctor, cuyas exposiciones universalistas de la Iglesia son los mejores sillares para una gran *teología de Misiones*: razón por la que, a la vez que a la Encíclica «*Máximum illud*», llamada con toda exactitud la «*Rerum novarum*» de las cuestiones misionales, le hemos de seguir paso a paso en esta nueva orientación y desarrollo de la actividad y teología católicas. No solo en sentido donatista, contra el cual tronaba el Santo Doctor de Hipona, pero que en ningún otro sentido cerrado, ni so pretesto de ninguna apariencia más o menos fundada, puedan decir de esta Nuestra amadísima Archidiócesis y dulce Patria, que aquí «*Possidenti universum orbem terrarum, pars offertur et dicitur sedenti ad dexteram Patris*: Jesús, he aquí tu posesión, he aquí tu herencia: «*Ecce quid hic habes, et pro tota terra*»; y en vez de mostrársele la redondez de la tierra... «*ostenditur illi sola Africa*»... No: clama indignado San Agustín: «*Numquid exigua pars orbis terrarum Ecclesia magna est? Ecclesia magna totus orbis est*». ⁽¹⁾

El cristianismo, y en él las naciones y las personas, deben ser como Cristo grandes en sus aspiraciones, grandes en sus ideales, sin límites en sus ansias de la salvación de las almas; para este efecto, y no dar un paso en falso en materia aún poco estudiada, antes de avanzar adelante, a fin de evitar recelos, Nos queremos presentaros como programa, modelo y norte de

(1) Enar. in ps. 21.

Nuestros anhelos, aquél maravilloso retrato, que con rasgos verdaderamente católicos, nos trazó en el capítulo 26 del Libro IV de sus «Instituciones divinas» el gran retórico cristiano, por una parte amamantado entre persecuciones y, por otra, «*vir omnium tēpore suo eruditissimus*» ⁽¹⁾ como le llama San Jerónimo-L. Celio, Firmiano Lactancio: «*Extendit, ergo, in passione manus suas orbemque dimensus est, ut jam tunc ostenderet ab ortu solis usque ad occasum magnum populum ex omnibus linguis et tribubus congregatum sub alas suas esse venturum, signumque illud maximum ac sublime frontibus suis suscepturum.*» Nosotros que llevamos esculpido en nuestras frentes ese sublime crucificado, ese «*máximum et sublime signum*» de la redención universal, ¿no queremos extender nuestra *gratitud* y nuestra *caridad* hasta donde Él extendió sus amantes brazos y el valor de su redención? Estudiemos a fondo la contestación.

(1) Chronic. ad ann. Abr. 2,333.

PARTE PRIMERA

TEOLOGÍA DE MISIONES

I

Las dos intuiciones de San Pablo

El paganismo-la Iglesia-sus mutuas relaciones- ved aquí, Venerables Cooperadores y Amadísimos Hijos, los tres puntos de vista, de cuyo estudio y resolución depende la inteligencia del problema teológico de las Misiones.

La comprensión de un sublime y grandioso paralelismo antitético que nos presenta San Pablo, creemos Nos dará la solución de estos tres puntos, base de toda Teología misional. En efecto: es San Pablo el misionero de la gentilidad más grande de toda la historia, el más grande, lo mismo como misionero práctico, que como misionero teórico, ya que es el teólogo especulativo de más penetración que ha ahondado en las últimas razones de las misiones. Su pluma, teñida en luces sobrehumanas, ha impresionado acá y allá en sus Epístolas, como en placas divinas, el retrato de dos admirables imágenes contrapuestas, que explican, a la vez que resumen, todas las relaciones entre la Iglesia y el Paganismo.

No creemos haya en ninguna literatura, ni páginas

más profundas, ni intuiciones más claras y más íntimas, a la vez que más universales, ni rasgos de tan marcada tonalidad realista dentro de la Psicología humano-social, como ese cuadro cargado en mágico contraste de sombras y luces, lleno de avasallador efecto. Ni hay radiografía que así nos patentice el interior del cuerpo humano, como nos descubre el análisis sorprendente de San Pablo el origen, el desarrollo, las últimas consecuencias del hombre viejo sin Cristo, y del hombre nuevo ingertado en Cristo; del Adán terrestre inficionando las raíces de la Sociedad, y del Adán celeste renovando la sociedad degenerada a su pristina dignidad; del reinado del pecado que se enseñorea de toda la tierra, y del reinado de la gracia que triunfó del pecado y de la muerte; de las dos corrientes, en fin, de muerte la una, de vida la otra, que, partiendo, respectivamente, de los corazones del Adán viejo y terrestre la primera, y del Adán nuevo y celeste la segunda, avanzan como olas encontradas de generación en generación, inoculando en todo hombre nuevo, la una el veneno del pecado, al paso que le contrarresta la otra, oponiéndola gérmenes de vida y resurrección. ¡Sublime representación, por cierto, de la historia de toda la humanidad!

Colocados, pues, en medio de este paralelismo mundial, estudiemos, ante todo, esa gran revelación de la miseria humana, la intuición paulina del Paganismo; el elemento negativo, por decirlo así, de su grandiosa concepción, que él, lo mismo que San Juan, acostumbra

sinetizar ⁽¹⁾ en una sola palabra admirable «*tenebrae*», tinieblas; tinieblas religiosas, tinieblas morales, tinieblas estériles ambas porque allí no habita la vida, porque allí no se encuentra ninguna senda, porque allí todo es confusión y descañío.

Dejemos, pues, que sobre esas tinieblas lance San Pablo un rayo de su luz: ¡tristísima visión la que a su fulgor divino se presenta ante nuestros ojos! Lo primero que en ella salta a la vista es la existencia de una gran responsabilidad social «*ita ut sint inexcusabiles*»; ⁽²⁾ como que ella misma, «*la gentilidad*», no contenta con apagar primero el destello divino del orden especulativo con que Dios, además de iluminar su frente en el día de su formación, tornaba aún en lo sucesivo a ilustrarle respecto de la existencia del Creador del mundo, ahogó más tarde entre la excitación febril de sus pasiones la voz continua de la ley natural, que, aunque tenue ya después del pecado, seguía todavía grabada por el Señor en el centro de la conciencia humana, como guía de su conducta en el orden práctico moral. No hay, pues, duda; responsable es el paganismo de su estado de abyección y pecado.

Sigamos ahora en su avance luminoso a la intuición paulina en el escudriñamiento de los abismos del corazón humano, del pobre corazón del hombre alejado de la obra de la Redención: «*alienati a vita Dei*». ⁽³⁾

(1) Colos. I, 13; II Corint. VI, 14; I Thes. V, 5; Ephes. V, 8.

(2) Rom. I, 20.

(3) Ephes. IV, 18.

Al llegar aquí olas de negrura cual nubes de espesísima niebla se suceden unas a otras a la luz de la pluma de San Pablo: la densidad de su lobreguez, aun a pesar de tanta luz como nos ofrece el Apóstol, solo nos permite seguir a tientas y con intermitencias el avance progresivo de esas olas de pecado que todo lo invaden y de esas nubes de error que todo lo oscurecen. Oigamos al mismo Apóstol: «pues como no quisieron reconocer a Dios, Dios les entregó a un réprobo sentido; de suerte que han hecho acciones indignas del hombre, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, despiadados».⁽¹⁾

Y por si este cuadro de horror no nos hacía comprender la profundidad del mal del Paganismo, vuelve a acumular nuevas sombras de degradación en el capítulo III, versículos 9 al 20 de la misma carta a los Romanos. ¡Qué trozos tan enérgicos y expresivos!

Pero, ¿cuál es la causa asignada por el Apóstol como fuente de toda esta invasión de malicia y corrupción? La ley de la concupiscencia. Ley cuya descripción en San Pablo reviste los caracteres más vívidos y repulsivos. Nacida de una prevaricación personalmente

(1) Rom. I, 28-31.

única, pero originariamente colectiva, termina por estar sin Jesús «*sine Christo... et sine Deo*», ⁽¹⁾ merced a su desenfreno irreductible; en la más abyecta idolatría del género humano, sin *otro Dios* que los leños representativos de hombres, cuadrúpedos, reptiles; sin *más norma* de conciencia que el antojo de sus sentidos y apetitos; sin *más contención moral* que los mayores abusos en el ejercicio natural de su propio ser, y sin *más dignidad* que la de una autoidolatría carnal, ciega, mentirosa, vana y sobresaturada de toda injusticia, «*repletos omni iniquitate*». ⁽²⁾ Ley de pecado, por otra parte, que, puesto que arranca de la misma raíz de la humanidad, se inoculará y se difundirá por todas las fibras de cada corazón que nace; ley, que si aun en los párvulos es estigma y foco de maldición, en los adultos se convierte en manantial efectivo de todos los pecados actuales.

Ultimo resultado de esta concupiscencia desenfundada fueron los cuatro grados por los que, según nos explica San Pablo en el citado pasaje, ⁽³⁾ paso a paso fué cayendo la humanidad en la más cruda idolatría. Primero la negación práctica de Dios, «*non glorificaverunt aut gratias egerunt*». Arrojado Dios de la voluntad, presto terminaría el hombre por la apostasía de la inteligencia; en efecto, bien pronto se vió aparecer en la historia la negación teórica de Dios «*evanue-*

(1) Ephes. II, 12.

(2) Rom. I, 29.

(3) Rom I, 19-26.

runt in cogitationibus suis». De esa doble negación efectiva e intelectual al oscurecimiento absoluto de la verdadera noción de la divinidad sólo queda un paso; y la flaca humanidad era demasiado consecuente en cuestiones de debilidad para dejar de deducir tan lógica conclusión; y, por desgracia, ciega por la concupiscencia, fué ya un hecho que «*obscuratum est insipiens cor eorum*». ¿Qué quedaba ya entre tantas y tan tristes ruinas del corazón y tinieblas de la inteligencia? Dar el último paso: al sentirse el hombre, por una parte, tan pequeño, pero, por otra, con el corazón lleno de ansias insaciables y casi infinitas de goces que le atraían innata e irresistiblemente hacia la felicidad; y al ver, por otro lado, que el mismo orden natural exigía una realidad objetiva capaz de satisfacer esos anhelos y esas ansias por algún otro objeto, que por su misma naturaleza tenía que ser más perfecto que él; del mismo modo, como se creyó prácticamente con derechos para lanzar de su corazón al verdadero Dios, así se creyó ahora con iguales atribuciones para forjarse otros dioses que pudiesen satisfacer, al par que sus pasiones más viles, su ardiente sed de ciencia sin término y los continuos anhelos de un amor ilimitable: y el culto de los dioses pobló la tierra: «*Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum et quadrupedum et serpentium*». Y hémos aquí frente a frente del abismo que acabamos de contemplar, ante el efecto de un doble abandono: del abandono, sublevación

y arrogancia sacrílega de parte del hombre respecto de su Dios; y del abandono de Dios respecto del hombre, permitiendo sucumba la humanidad en la degradación del culto de sus propias pasiones: «*propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum in inmunditiam... et servierunt creaturis potius quam Creatori*».

La humanidad así degradada, sin más norte que su soberbia y su carne, tal cual nos la describe San Agustín en uno de sus cuadros más compendiosos, prodigio, a la vez, de síntesis y de historia social pagana, ⁽¹⁾ huye de los brazos de Cristo; y Dios, en pena de su apostasía, la dá por el gusto, abandonándola bajo la tiranía de su desenfreno: y allí, arrebatada por las olas, para usar de una frase del mismo San Agustín, ⁽²⁾ de ese «*flumen tartareum*», lejos de Dios, principio único de toda vida espiritual, en adelante será muerte: apartada de Dios, único manantial de santidad, sólo merecerá el nombre de *pecado*; y desordenada, por último, en todo su ser y sus actos respecto de su único fin verdadero, será sólo *error y mentira*.

Tal es, en resumen, la repugnante imagen, que San Pablo nos dibuja en sus Cartas, de la íntima descentración individual y completa desorientación social, no sólo del mundo idólatra de aquellas dos grandes civilizaciones contemporáneas del Apóstol, sino de todos los paganismos de la historia. La literatura gre-

(1) De Civ. Dei, Lib. II, cap. 20.

(2) Confes. Lib. I.

co-romana, la correspondencia de los misioneros y las Revistas etnográficas son la contraprueba más convincente de esta triste realidad.

El resultado final de esa psicología colectiva de una Sociedad, ya sea de sola la ley sin la gracia (el judaísmo dejado a sus propias fuerzas), ya sea de la naturaleza sola sin Dios (que degeneró en el paganismo), incapaces entrambas de oponer un freno poderoso a la concupiscencia desbordante del hombre sin Jesucristo, lo ha compendiado el Apóstol en una frase, modelo de profundidad y de precisión, que deseamos sea el último resplandor con que nos haga comprender, de un sólo golpe de vista, la sima de la sociedad sin Jesucristo: «*carnalis sum, venundatus sub peccato*»: ⁽¹⁾ «Yo, dice el Santo, personificando en sí el mundo judío-étnico divorciado de Jesucristo, *soy carnal y vil esclavo vendido al pecado*, esto es, por la carne estoy sujeto, atado y poseído bajo la tiranía del desorden.

¿Podría aún cargarse con más sombras este cuadro de la apostasía general? Las expresiones paulinas, cristalizadas en fórmulas concretas y precisas, debían pasar al depósito de la revelación y quedar al custodio de la tradición veneranda cómo diamantes de inestimable valor, según la bella comparación de San Vicente de Lerin. ⁽²⁾

Los Santos Padres de los siglos II, III y IV, y parte

(1) Rom. VII, 14.

(2) De Commonitorio I, cap. 22.

del V, ocupados los primeros, ora en componer sus brillantes apologías del cristianismo víctima a la sazón de cruel y sarcástica persecución judío-pagana, ora, también, en desenmascarar la enredada sofistería del reinante agnosticismo, amalgama insulsa de elementos los más heterogéneos; absortos los de la tercera centuria, los Orientales en su titánica labor del encauce y orientación de una teología expositivo-apologética, exégesis y catéquisis altamente científicas, mientras que los del Occidente acomodaban la ciencia cristiana al espíritu sóbrio, práctico, humano y organizador del carácter latino; y envueltos, por último, los del siglo IV, y gran parte de los del siglo V entre el polvo y el estruendo de las grandes batallas heréticas referentes a la más alta y trascendental teología trinitaria y cristológica; habían todos ellos custodiado con reverencia, pero sin tocarlas apenas, esas admirables fórmulas paulinas sobre la transformación del mundo; de las que no necesitan, por cierto, para sus combates, ni para sus grandes síntesis teológicas. Pero al estallar, mediado el siglo V, la enmascarada y sutil herejía naturalista llamada pelagianismo, que atacaba, en oposición con la naturaleza del pecado y de la gracia, las raíces mismas de la sobrenaturalización cristiana, hubieron de exponerse a la luz de la fe, de la tradición y del saber de los Padres los textos, objeto de nuestro estudio, formulados por San Pablo. Y entonces fué, cuando, poniendo la Iglesia en manos de San Agustín esos preciosísimos diamantes hasta aquel momento

casí intactos en su Depósito, éste con prepararlos, pulimentarlos y esmerilarlos en honda meditación, primero, y con sólo hacer refractar, después, en sus múltiples facetas los rayos de luz del potentísimo foco de su portentoso talento, pero no sin dejarles en su plenitud dogmática, íntegra e inalterable «*plenitudinem, integritatem, proprietatem*», logró derramar sobre ellas nuevas y brillantes irizaciones de nueva evidencia, de nuevo resplandor y nueva distinción.

Nadie, en efecto, después de San Pablo como el Santo Doctor de Hipona, por estar ya hecho en sus luchas pelagianas al estudio profundísimo de los grandes problemas insinuados por el Apóstol de las Gentes sobre las causas que originaron los males de la sociedad humana, ha ahondado tan adentro en la abyección de la humanidad apartada de Jesús, ni ha acentuado con tanto relieve la obra transformadora del mismo Jesucristo sobre la caída humanidad. Las frases y las fórmulas que sintetizan las mayores miserias se agolpan a porfía a su pluma: «*Massa... quae tota vitiata ex Adam fluxit*» (1) «*Masa de pecado y de reprobación*»: (2) «*Universum genus humanum... in apostática radice damnatum*»: (3) Masa corriente coagulada en un bloque inmenso por una causa común, la infección de la fuente, en cuyo seno bulle hirviente la fermentación del desenfreno y de la perdición.

(1) Opér imperfec. contra Jul. Lib. I, cap. XXXVI,

(2) Serm. 27 y 28.

(3) Enchir. cap. 99.

Claro es que, como en San Pablo, el tipo de esta miseria, al sentir del Santo Doctor, es también, el paganismo; para cuya explicación no titubea en recalcar más que San Pablo su fealdad, y en acudir en busca de nuevas expresiones: como a la de la miseria del hijo pródigo, símbolo, según él, de toda la humanidad, ⁽¹⁾ que huyó de Dios por la idolatría: a la de la ceguera de los ciegos del evangelio, símbolo, así mismo, del mundo alejado de la luz de Cristo: ⁽²⁾ a la de la infeliz cananea, equiparada en su significación a los perros en la indignidad de merecer el acercarse al Señor: ⁽³⁾ a la del socorrido por el Samaritano, que yace medio muerto en el camino de Jericó, alegoría de la abyección del paganismo: ⁽⁴⁾ a la de la pecadora, que se lanza sollozante a los piés del Señor agobiada por sus muchos pecados, figura, también, del estado de pecado del mundo gentil: ⁽⁵⁾ y, por fin, a la de Lázaro ya hediondo en el sepulcro, capaz sólo de resucitar a la voz de un Dios todo poder y misericordia, expresión simbólica del estado de muerte del mismo paganismo. ⁽⁶⁾

La mayor degradación humana del paganismo representada en una ramera, ⁽⁷⁾ «*quomodo non erat mere-*

(1) Enar. in ps. 47 y 138.

(2) Serm. 88 y 137.

(3) Serm. 88.

(4) Serm. 171 y 175.

(5) Enar. in ps. 50: S. Greg. Mag. Homil. 33 in Evangelium.

(6) De div. quaest. 83.

(7) Gaspari. Alte und Neue Guellan zur Geschichite des Taufs symbole cit. pag. 244.

trix, quando post idola et daemonia fornicabatur»; y la mayor debilidad moral del mismo, representada por un enfermo que ocupa tendido el mundo entero, desde el Oriente hasta el Occidente, ⁽¹⁾ son sus tintas oscuras, predilectas para hacer resaltar más aún la sublime y omnipotente obra de Jesús médico, así en transformar la fealdad ulcerosa de la meretriz en la pureza y hermosura de la Iglesia, ⁽²⁾ como en sanar con vida superabundante ⁽³⁾ a esa mísera humanidad. «*Aegrotat humanum genus non morbis corporis, sed peccatis. Jacet toto orbe terrarum ab Oriente ad Occidentem grandis aegrotus*». *Ad sanandum grandem aegrotum descendit Omnipotens medicus.* ⁽⁴⁾ El Concilio de Trento, siguiendo los derroteros marcados por Santo Tomás de Aquino, dará la última mano a esta pintura maestra de la prevaricación humana.

Pero vengamos ya a las pompas de luz que derrama San Pablo sobre la obra de Jesucristo en contraposición al Paganismo criminal y estéril Judaísmo. El aglomerado a primera vista confuso y cálido de sus textos y el atropello lírico de sus grandiosos conceptos y sentimientos, eterno himno del corazón de Pablo a la obra de Jesús, es lo pri-

(1) Serm. 87.

(2) Serm. 45.

(3) Rom. V, 20.

(4) Cfr. S. August. Serm. 137, 175.

mero con que tropiezan los ojos del lector en el estudio del elemento positivo de la concepción paulina de la Regeneración de la Sociedad.

Bajo este respecto sus Epístolas producen la impresión del primer alborear espléndido de un nuevo sol, que empieza a lucir sobre el negro horizonte de la humanidad. Junto a sus descripciones de horror y negrura que acabamos de exponer, comparables por el magnífico contraste a que dan margen con el segmento sucio y borroso de las auroras boreales, se ven surgir en sus cartas, como contorno de ese manchón de miseria, vivísimos y ondulantes haces de una luz de gamas, tonos y matices nunca soñados por artista humano, que, formando el primer arco luminoso sólo sobre el horizonte primitivo de la Iglesia, contemporáneo del Apostol, por la generalidad de sus principios y comprensión del porvenir, extiende, después, sus rápidos y dilatadísimos destellos en arcos concéntricos al Resplandor del Verbo Divino, hasta envolver en fulgöres divinos el cielo de toda la Iglesia.

Puede asegurarse que si San Juan en sus visiones del Verbo, trascendiendo todo el orden creado, ⁽¹⁾ llegó a subir tan alto, que logró, iluminado por el Esplendor del Padre, sorprender ante todo los misterios divinos de la generación y procesión del Verbo en el seno mismo del Padre, San Pablo por su parte,

(1) Cfr. S. August. Tract. in Joann, I-IX.

merced a los mismos resplandores, abarcó preferentemente, en sus no menos divinas intuiciones, las relaciones misteriosas de ese mismo Verbo en orden a la regeneración y filiación adoptiva de la humanidad en Dios por medio de la comparticipación, concorporación, coedificación y convivificación de la misma humanidad en Nuestro Señor Jesucristo.

Empezaban, pues, las negras nubes del paganismo a dorarse con inextinguibles arreboles: «*ab aquilone nubes*», poetiza el mayor genio platonizante del cristianismo; ⁽¹⁾ pero ya no son negras «*non nigras nubes, non caliginosas, non tetrae, sed coloris aurei*». ¿Quién las enciende así en oro y grana? «*Unde nisi gratia illuminante per Christum?*» Jesucristo, contesta el mismo Santo Doctor, por medio de la gracia: ¡maravillosa precisión y acierto asombroso del conjunto!

Invirtamos este proceso agustiniano, y lo primero con que tropezamos en su análisis es con Jesucristo, como con único móvil de toda esta transformación.

i.º *Per Christum*, por Jesucristo Las pinceladas con las que nos le dibuja San Pablo, no sólo en su naturaleza humana, sino aun en la divina, en orden a la Economía de la gracia, son verdaderas ráfagas de cielo. «*Quod solem habet justitiae*», como gráficamente escribe el gran enamorado de Pablo, San Juan Crisóstomo; ráfagas robadas al mismo sol de justicia: ⁽²⁾ ni podía ser otro ese sol, que el mismo por el que,

(1) Enar. in ps. 47.

(2) De laudibus Pauli, hom. 4.

desde su aparición, todas las cosas han tornado a su prístino estado. A través de esas líneas de San Pablo entrevemos claramente, en primer lugar, el «*novissimus Adam*,⁽¹⁾ en todo contrapuesto al Adán terreno; pues como éste en sus relaciones con los hombres, a la vez que es fuente de nuestro ser natural es, asimismo, fuente de nuestra degradación, por el contrario Jesucristo, deshaciendo el pecado, es, también, para todos los hombres manantial superabundante de toda la vida sobrenatural del mundo. Si todos sucumben en el Adán terrestre, a todos, también, llegan los medios de salud que nos logró el Adán celeste; si a todos condenó la inobediencia del primero, a todos puso en vías de salvación la humillación hasta la muerte de cruz del segundo. Y en tanto excedió la gracia, gratuitamente concedida por Jesús, al pecado originado por Adán, que por su mérito infinito tiene aquella virtud superabundante para quitar todos los pecados del mundo, original y personales, elevándonos, juntamente, a una vida sobrenatural, superior a la que nos perdió Adán.⁽²⁾

2.º *Gratia illuminante*: Ved ahí el instrumento de este gran transformador en su sobrehumana obra: la gracia. Y una gracia de luces torrenciales, que emanan única y exclusivamente de ese infinito e inextinguible foco de luz. De tal artista y tal pincel ¿qué obra

(1) I Cor. XV, 45-50.

(2) Rom. V, 1-21.

maestra no debía resultar? Destello divino la gracia, no podía en su salida del Verbo divino sino bañar en luz suavísima de divinidad las negras nubes del paganismo que embistiera a su paso, tornasolándolas en los innumerables cambiantes de variadísimo arrebol. ¿Eran antes negras?; ya no lo son: «*non nigras*» ¿Eran oscuras?; ya no lo serán: «*non caliginosas*» ¿Eran tenebrosas?; ya son copia «*aurei coloris*» del mismo oro del sol. Si, pues, antes la palabra tinieblas era la favorita del Apóstol para expresar la objetividad, inerte y sin vida, del paganismo: «*eratis enim aliquando tenebrae*» ⁽¹⁾, no nos extrañe ahora que se regale tanto en sus Epístolas con la imagen de la luz: «*Nunc autem lux in Domino*», frase en la que se simbolizan la verdad, la vida, la fecundidad y la restauración de todas las cosas.

Pero no de cualquier luz; de una luz de color del sol, de una gracia que nos haga retratar a Cristo, que todo lo transforma en Cristo; luz que, inundando al mundo, crea un nuevo ambiente de Cristo, de sentir en Cristo, de amar en Cristo, de obrar en Cristo, de ser por participación el mismo Cristo; como que, una vez puesta la venida de Cristo, en fuerza de esta Nueva Economía de la gracia, debe la Sociedad para su renovación como revestirse del espíritu de Cristo: «*induere Christum*»; ⁽²⁾ hacerse trasfundir y modelar

(1) Ephes, V, 8.

(2) Gal. III, 27, Ephes. IV, 24, Col. III, 10.

en Cristo: «*formari Christus in vobis*»,⁽¹⁾ concentrando en un sólo principio de vida nuestros latidos con sus latidos; «*vivere in Christo*»⁽²⁾; de suerte que la humanidad, como recubierta por la gracia y asimilada en Cristo Jesús, pueda congratularse con el gran Apóstol de que no es ella la negra, la oscura, la tenebrosa de antes, la que vive en sus deseos e ideales de pecado, sino que Cristo vive ya en ella por medio de la participación que le comunica su divinidad.

Y en efecto, hémos aquí ante los cuatro arcos de luz concéntricos al Verbo divino, que, derramándose sobre la obra de Jesucristo, cada vez se esparcirá ya más sobre el mundo, empezando desde los albores mismos de la Iglesia. Porque ¿qué es la justificación en la Economía cristiana, sino la participación por misteriosa manera de la *Vida*, la *Verdad*, la *Santidad* y la *Luz* que es el Verbo, comunicadas al hombre por medio de la misma gracia, *illuminante gratia*? El Verbo, que es la *Luz de Luz* en el seno del Padre, es la luz de los hombres en la gracia y por la gracia de la *ilustración*. El Verbo, que es la *Santidad* sustancial en el seno del Padre, es la ayuda de la voluntad impotente de los hombres en la gracia y por la gracia *impulsiva* o *mocional*. El Verbo, que es la *Vida divina* y fuente de toda otra vida en el seno del Padre, para la humanidad elevada es la vida divina en la gra-

(1) Gal. IX, 19.

(2) Gal. II, 20

cia y por la *gracia santificante*, como principio y raíz de toda nuestra vitalidad sobrenatural. El Verbo, en fin, que es la adecuada e indefectible *Verdad* en el seno del Padre como figura esculpida ⁽¹⁾ e imagen viva y consubstancial que representa con infinita perfección la sustancia del mismo Padre, es nuestra verdad, no sólo en tanto que esculpe en nuestras frentes su copia, semejándonos a El, sino en cuanto que, por las tres clases de gracias ya dichas, vuelve al hombre al estado para el cual fué creado; quedando así reparadas en su debido y verdadero ser las tres grandes enfermedades, «*vulnera*» las llaman los teólogos, que nos inoculó la caída de Adán: En el entendimiento, la ceguera espiritual falsificando el criterio de los objetos: en la voluntad, la impotencia absoluta para todo acto salvífico, falsificando la libertad verdadera de hijos de Dios: y en el alma, la infiltración y desarrollo de todos los gérmenes de muerte y corrupción moral, falsificando la noción del buen vivir. Por la participación del Verbo como *Luz*, ya el cristianismo no es tinieblas: por la participación del Verbo como *Vida* ya el cristianismo no es muerte: por la participación del Verbo como *Santidad*, ya el cristianismo no es pecado: como por la participación del Verbo, como *Verdad*, ya no somos descarrío y mentira.

Efluvios de divinidad semejan estas ideas y estas realidades de la Economía de Cristo de perfecta con-

(1) Nótese el valor del original griego del Hebr. I, 3.

traposición con el Paganismo. Divina Economía, por la que los dos retratos de Dios de que nos habla San Atanasio, ⁽¹⁾ que, como memorial de sus mútuas relaciones, había Dios puesto ante los ojos de la humanidad, esculpido el uno en la misma razón del hombre, y cincelado el otro con inconfundibles trazos en toda la creación, vuelven ya a aparecer en el mundo, comprobando la nobleza de su estirpe y procedencia clara de hijos de Dios. «*Accedite ad eum et illuminamini: ecce gentibus dicitur*», invita la Iglesia a la idolatría, mientras toda la sociedad responde a su vez: «*Mitte radium sapientiae, exbellat tenebras nostras, et fulgeat in nobis imago tua... gestamus vultum Dei*». ⁽²⁾

Pero donde entra Jesús y entra su gracia es imposible prescindir de la Iglesia. El «*totus Christus*, el Cristo completo, o sea, el conjunto de Cristo como cabeza y de la Iglesia como cuerpo; ese pensamiento obsesionante del Doctor de la gracia, y con el que se encuentra a cada paso el lector en sus exposiciones bíblicas, es como la resultante y remate natural de esos dos factores, Cristo y gracia, en la actuación del gran «*Sacramentum Pietatis*» ⁽³⁾ de que nos habla San Pablo.

Como «*nubes coloris aurei*» nos la ha descrito lin-

(1) *Contra Gentes*, Lib. II, n. 32 et seq.

(2) *Enarr. in ps. 66*.

(3) *Timoth. III, 16*.

damente el Santo de Hipona: *nubes* porque los elementos que forman esta Iglesia eran antes los mismos que constituían el paganismo: «*Ecclesia ex gentibus*»: «*coloris aurei*», por su transformación en Jesucristo. Pero nada tan admirable y tan exacto, bajo este respecto, como la riqueza de descripciones, en las que puede decirse que casi, casi, alardea San Pablo sobre este tercer elemento, su obsesión, su amor y su predicación de toda su vida.

Purísima, sin imperfección ni mácula,⁽¹⁾ en la lozanía de la juventud y de la hermosura nos la presenta como a Esposa de Jesucristo, centro de los embelesos de su amor, hecha ya una sola cosa, «*os ex ossibus meis*», con Él, por medio de la mútua trasfusión de amor y de comunicación de sus bienes. ¿Y no se marchitarán ese amor ni esa lozanía? Su estabilidad nos la compara a un edificio compactísimo y divinamente entrelazado,⁽²⁾ constituido de sillares vivos con los Apóstoles por fundamento y con Cristo Jesús por piedra inconvencible y principal de todo el edificio,⁽³⁾ comparación que hizo las delicias de la primitiva Iglesia; sus mútuas relaciones internas nos declarará, en cambio, en el cuerpo humano con su multiplicidad de miembros y oficios y en su unidad de dirección anímica.⁽⁴⁾ ¿Cuál es su destino inmediato? Ser templo vivo

(1) Ephes. IV 11. 12, 16.

(2) Ephes. 25-30.

(3) Ephes. II, 29-22.

(4) I Cor. XII, 12-31.

del Espíritu Santo.⁽¹⁾ ¿Quiénes lo constituyen y la habitan? La gran familia de Dios, los hijos de Dios: los coherederos del mismo Jesucristo.⁽²⁾ ¿Qué ambiente se respira en su recinto? El de amor, el de frutos de luz, el de la libertad propia de los hijos de Dios.⁽³⁾ ¿Qué principio anima, por fin, a esos sillares vivos, a ese templo vivo, a esa gran familia de regeneración sobrehumana? La vida del Espíritu Santo,⁽⁴⁾ el Amor divino en persona con toda la atracción y trasfusión de su linfinita tendencia a comunicarse.

El autor de la Epístola ad Diognetum, allá al rededor del año 200 después de Jesucristo (y nótese que a historia de los tres primeros siglos es la primera historia de misiones) en sus dos primorosos capítulos V y VI, donde con pluma conmovedora opone la vida de aquellos cristianos a la abyección pagana, nos presenta ya, en la vida en ejercicio de los primitivos cristianos, todo este conjunto del aspecto general de la Economía Nueva palpitante y vivida, que por su misma propiedad y exactitud histórica, creemos es el mejor resúmen de cuanto sobre este punto llevamos expuesto. Sus elegantes pensamientos son el punto donde se entrelazan la mayor idealización y la mayor realidad. «*Quod est in corpore anima, hoc sunt in mundo christiani*»: ved ahí en gérmen todo un formulario

(1) I Cor. VI 16.

(2) Rom. VIII, 15-21; I Thes. V, 5; Ephes. V, 8, 9; II Cor. III, 17.

(3) Rom. VIII. 15-21; I Thes. V, 5; Ephes. V, 8, 9; II Cor. III, 17.

(4) Ephes. II, 22.

de expresión nueva de la gran idea sintética de San Pablo. La difusión análoga por todo el cuerpo y por todo el mundo, respectivamente, del alma y del cristianismo; el vivir en el mundo el cristianismo, pero sin ser mundano, como vive el alma en el cuerpo, sin ser corporal; la oculta y real trascendencia sobre todo el mundo de los sentidos, del principio de vida interior, tan propia del cristianismo como del alma; el eterno antagonismo entre el mundo y el cristianismo, como es, también, sin tregua el combate entre la carne y el alma; la inmortalidad del alma y de la Iglesia en oposición a la caducidad de los objetos mundanos y carnales; la superioridad de ser, de influencia, de obrar y de amar del alma y del cristianismo sobre el ser, influjo y pasiones del cuerpo y del paganismo; y, últimamente, aquella vigorosa frase tan real como atrevida «*inclusa quidem est anima corpore sed ipsa continet corpus*», no son más que los mismos destellos paulinos, transportados directamente al mundo psicológico de la vida espiritual del cristianismo, considerado en el seno del Paganismo greco-romano del siglo III. Las fórmulas parecerán distintas, pero la verdad formulada encierra con absoluta precisión los dos elementos, negativo y positivo de las dos intuiciones de San Pablo. De ahí, un vuelo sublime de águila, y estamos ya en los dos grandes amores, y, por los dos amores, en las dos ciudades de San Agustín.

Aquí teneis, Venerables Sacerdotes y Fieles ama-

dos Hijos Nuestros, a grandes rasgos las dos intuiciones de San Pablo: el paralelismo es de una verdad y sorpresa seductoras; y ambos a dos elementos de sus intuiciones, o sea, el negativo de la paganización del mundo, y el positivo de su justificación por Jesucristo, son dos ideas madres, absorbentes, que, por la insistencia con que acuden a su pluma, hacen al lector de sus Epístolas la impresión de una obsesión paulina, como que, ciertamente, son en realidad el móvil y el aliento, a la par, de su vida y de su alma durante las sublimes correrías de su incomparable apostolado.

No encontrareis en sus Epístolas nada de las grandes cuestiones político-imperialistas, coloniales, literarias, nada de las reflexiones, tan de actualidad en aquella época, sobre los síntomas de decadencia que por aquel tiempo empezaban a agitar el mundo greco-romano. El estado abyecto del mundo lejos de Jesús, y la divina obra de la reconciliación por Jesucristo, aniquilado hasta el sacrificio para elevar hasta la unión con Dios la humanidad degradada, fueron el eje de su vida de apóstol y el centro de todas sus aspiraciones y anhelos. Eran de todo punto imposibles una desorientación y, aun, un cambio de frente, por insignificante que se quiera, en aquella cabeza y en aquel gran corazón donde sólo repercutía el eco de la sublimidad de su vocación misionera, y el espíritu de sacrificio de su misión apostólica, de su apostolado de la gentilidad. «*Creditus est mihi Evangelium*

Praeputii: ⁽¹⁾ *Ego Paulus vocatus apostolus segregatus in Evangelii Dei:* ⁽²⁾ *Paulus vocatus Apostolus Jesu-Christi:* ⁽³⁾ *Paulus Apostolus per Jesum Christum:* ⁽⁴⁾ *Paulus Servus Dei Apostolus autem Jesu-Christi:* ⁽⁵⁾ *Paulus vinctus Christi Jesu:* ⁽⁶⁾ *Sic enim praecepit nobis Dominus: Posui te in lucem Gentium ut sis in salutem usque ad extremum terrae.* ⁽⁷⁾

(1) Galat. II, 7.

(2) Rom. I, 1.

(3) Galat. I, 1, 11; Ephes. I, 1; I Colos. I, 1; I y II Timot. I, 1.

(4) Galat. I, 1.

(5) Ephes. III, 1; II Timot. I, 8; Phil. I, 9; Colos. IV, 3.

(6) Timot. I, 1.

(7) Acta Apost. XIII, 47.

II

El punto de Unión

Y tenía razón el Santo Apóstol. En sus profundas meditaciones cristológicas esos dos elementos paralelos, como las líneas que huyen de un magnífico cuadro, venían a converger en un solo punto: Cristo: Cristo expiación y por medio de ella la reconciliación de los pecados de la humanidad; Cristo fundador de una nueva Iglesia y piedra angular ⁽¹⁾ sobre la que los dos pueblos, los únicos que entonces representaban toda la tierra, el judío, o sea, la impotencia de solo la ley escrita, y el pagano, o sea, la impotencia de solo la ley natural, vendrían a formar, teniendo por fundamento la Predicación apostólica, el edificio vivo de la magna Iglesia única y compacta, ilimitada y universalista, y él, Pablo, era el llamado para realizar en gran parte ese magnífico plan. «*Creditum est mihi Evangelium praeputii*». ⁽²⁾

Jesucristo, pues, en su «*forma Servi*», es decir, en su ser de hombre-víctima, como sobrevestido en la cruz de todos los pecados de la humanidad prevaricadora; y Cristo en su «*forma Dei*», ⁽³⁾ en el ser y forma verdadera de su Divinidad, dignificando y enalteciendo en infinito grado el mérito de su sacrificio uni-

(1) I Petr. II, 7.

(2) Gal. II, 7, 8.

(3) Filip. II, 6, 7.

versal, es el punto de unión de ese paralelismo asombroso, cuyos efectos de santificación universal nos describe el Apóstol con destellos robados al mismo «*Resplandor* del Padre y Figura de su Substancia»: ⁽¹⁾ el Verbo Divino.

¡Momento sublime!: como coronamiento y punto culminante de esa su concepción admirable nos describe San Pablo el misterio de la muerte expiatoria de Jesucristo. Allí, envueltos en un lirismo hondamente teológico, donde la grandeza de la idea rompe todos los moldes del arte humano, se entrevén dos grandes crucificados: Jesucristo Redentor y la humanidad prevaricatriz redimida. A entrambos les reconoce San Pablo enclavados en la misma cruz y muertos en la misma muerte. «*Si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt..... et pro omnibus mortuus est Christus.*» ⁽²⁾ Dominado por este novísimo aspecto bajo el cual contemplará ya en adelante el Santo Apóstol al mundo en posesión de los méritos de Jesucristo (aunque aún le falta en los casos particulares su aplicación), clave que le reveló el enigma de la obra maestra del Amor divino, ya no querrá ver, ni saber, ni predicar otra cosa que «*a Jesucristo crucificado*», ⁽³⁾ en cuya doble muerte como Redentor y como representante de toda la humanidad ve solucionadas de un golpe todas las cuestiones más profundas de la So-

(1) Heb. I, 3; Colos. I, 15.

(2) II Cor. V, 14, 15.

(3) I Cor. I, 23: II, 2.

ciudad. Y a la verdad; ¿qué son a su lado las demás cuestiones que agitan a los hombres?; ¿qué puede compararse a ser ministro y misionero de esta obra redentora de la conciliación del mundo judío-pagano en el Corazón de Jesús?

«*Dios estaba en Cristo*, prosigue el Apóstol, aludiendo a este doble crucificado, *reconciliando al mundo consigo..... Y puso en nosotros la palabra de la reconciliación.....* ⁽¹⁾ *confiándonosla como a embajadores que somos en nombre del mismo Jesucristo*». ¿Quién ha expresado, jamás, mejor la vocación del Apostolado de la Iglesia?

Pero esto no bastaba: aun quería el Santo Apóstol complementar este su pensamiento capital de esa doble muerte en solo Jesucristo haciéndonos presenciar, expresamente, en virtud de esa unidad misteriosa, la expiación de la Cruz; la mutua trasfusión y el mutuo traspase de la pena de la humanidad caída a Jesucristo, y de la justicia, en cambio, de Jesucristo a la caída humanidad. «*A aquel que no conocía pecado, escribe, trató Dios como si hubiera sido el pecado mismo, para que nosotros fuésemos en cambio, hechos justicia de Dios en El.*» ⁽²⁾ Dios, pues, vuelve a encontrarse con los hombres, dice a este propósito Le Camús, en Jesús muriendo en la cruz como en una cita en que es dado tocarse a los dos extremos; y allí, en el alma del Hombre-Dios, obra El mismo su reconciliación.

(1) II Cor. V, 19, 20.

(2) II Cor. V, 21.

«*Ecce facta sunt omnia nova*,⁽¹⁾ exclama aquí victorioso el Apóstol: el paralelismo, en efecto, desaparece en el alma del Redentor, su único punto de unión: la escritura de deuda «*chirographum*» firmada por la humanidad entera desde su origen, quedaría, en adelante, clavada con los mismos clavos de su cruz, y borrada y cancelada con su sangre.⁽²⁾ La plenitud de la gentilidad, «*plenitudo gentium*»⁽³⁾ y la plenitud de los tiempos «*plenitudo temporum*» habríanse ya dado en el pecho de Cristo moribundo el abrazo de su reconciliación y de la restauración de todas las cosas en Cristo.⁽⁴⁾

Plenitudo gentium.....! ¡La plenitud de la gentilidad!, es decir, la atracción irresistible que desde esta fecha sentirán, como dice San Juan,⁽⁵⁾ hacia el Redentor del mundo en la cruz, no uno, sino todos los pueblos y naciones sin distinción de razas ni de lenguas. ¡La plenitud de la gentilidad!, es decir, que ya en adelante, en fuerza de los méritos de Jesucristo víctima por el mundo, el apostolado católico deberá hacer suya aquella consoladora frase de San Pablo: «*Graecis et barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum*».⁽⁶⁾ ¡La plenitud de la gentilidad!, es decir, que al troncharse por la apostasía el pueblo de las promesas me-

(1) II Cor. V. 17.

(2) Colos. II, 14.

(3) Rom. XI, 25.

(4) Ephes. I, 10; Gal. IV, 4.

(5) S. Juan, XII, 32. Cfr. S. León Mag. serm. 57 y 59.

(6) Rom. I, 14.

siánicas del árbol de la vida, había ingertado Dios en su tronco, ⁽¹⁾ comunicándole su savia, al mundo idólatra antes desheredado; de suerte que, rotas ya las diferencias de circuncisión y de prepucio, exclama Jesucristo: «*Ego praedicator in gentibus, glorificor in gentibus, agnoscar in gentibus, et fiat quod de me praedictum est: populus quem non cognovi servivit mihi*». ⁽²⁾

Pero si la sombra de la cruz de Cristo, como se expresa hermosamente San Ambrosio, ⁽³⁾ cobijaría ya todas las naciones en la plenitud de la gentilidad, el triunfo de Cristo abarcaba más: comprendía, además, todas las edades a las que San Pablo con profunda frase llamó «*plenitudo temporum*» la plenitud de los tiempos; no sólo en cuanto que, entonces, se cumplieron las profecías de las promesas antiguas, ya fuesen de la Iglesia incoada y patriarcal antes de Moisés, ya, también, de la Iglesia en figura y legal desde Moisés hasta la venida del Redentor: ni sólo en cuanto que el judaísmo y paganismo transformados en la Iglesia como mayores de edad y señores ya en posesión de su derecho, se vieron libres de la tutela de la Ley, ⁽⁴⁾ sino, sobre todo, porque la aparición de Cristo y de su obra en la tierra sería dentro de todas las esferas histórico-morales el centro necesario a donde habían de converger como radios todos los acontecimientos y

(1) Rom. II, 15-25.

(2) S. Agust. Enarr. in ps. 45.

(3) Exposit. in Ps. 118.

(4) Gal. III, 22-27.

todas las eras de la Historia de todas las edades pasadas, presentes y futuras, compendiándolas, regulándolas y reduciéndolas a unidad en *Sí* (para valernos de la frase original de San Pablo) ya que El, Cristo, había sido constituido por herencia, por conquista y naturaleza como el centro dinámico de todo este sistema de actividades sociales y religiosas, esparcidas en las entrañas de la sociedad por toda la sucesión de los siglos.

Con cuánta razón, pues, San Agustín al contemplar muerto a Jesucristo en el patíbulo, fijándose más que en la lumbre apagada de aquellos ojos divinos en el título trilingüe de la proclamación de su reinado universal, exclama: «*crucifigendo Eum, etiam gentium Regem fecerunt plusquam occiderunt*». ⁽¹⁾

(1) Enar. in ps. 47.

III

Mysterium Christi

La reconciliación del mundo con Dios en Jesucristo era, pues, un hecho. Habíase convertido en la cruz como en maldición en vez de los hombres «*factus pro nobis maledictum*» (1) con el fin de que, en cambio, las bendiciones de las promesas del pueblo de Israel se traspasasen a todas las naciones gentiles: «*Ut in gentibus benedictio Abrahæ fieret in Christo Jesu*».

Henos aquí subidos paso a paso, venerados Con-sacerdotes e Hijos estimadísimos, «*in ligno*», a la gran cátedra, a la única solución de los destinos de toda la humanidad; y ahí, en el corazón de ese Hombre-Dios sacrificado, veamos al espirar su último aliento la tras-fusión por medio de un ósculo de amor, como dice San Ambrosio, (2) de todo su espíritu al primer latido del corazón de la nueva Iglesia: «*Ecclesia ex gentibus*».

Es demasiado significativo y misional esta escena de Jesucristo-víctima por la humanidad para que ante su cuadro, como ante el sagrario de las investigables riquezas (3) de la bondad de su corazón, no dirijamos, postrados en tierra, hacia Él nuestros ojos y nuestros anhelos.

El Sacerdocio de Jesús contrapuesto al Sacerdocio

(1) Gal. III, 13, 14.

(2) Hom. de Isaac et anima.

(3) Ephes. III, 8.

de Aarón destruyó, en efecto, los dos límites de la oblación judía: los límites del tiempo, porque es eterno, y los límites del pueblo judío, porque su ara había de ser el mundo entero: «*Cruce Christi*, escribe a este propósito San León Magno, *non templi est ara sed mundi*». ⁽¹⁾ Dos fórmulas misioneras verdaderamente lapidarias nos esculpió Tertuliano con buril de ángel para la base misma de esa gran ara universal que ocupa toda la tierra: «*Christus authenticus Pontifex Dei Patris*»: «*Christus Jesus catholicus Patris Sacerdos*». ⁽²⁾

¡Sacerdote universal!..... Antes de la muerte de Cristo el velo de un incógnito misterioso e inasequible, marcado con el sello de la reprobación, cubría los designios de Dios sobre los pueblos gentiles. «*Mysterium Christi*», dice San Pablo..... *quod aliis generationibus non est agnitum*. ⁽³⁾ Pero al consumarse el sacrificio de Jesús y rasgarse el velo del templo aarónico se patentizó y descubrió, a la vez, ese sublime «*Mysterium Christi*» que no es más que la proclamación *auténtica* de la universalización del Sacerdocio de Cristo por medio de la vocación de los gentiles: «*Gentes esse coheredes et concorporales et participes promissionis ejus in Christo Jesu per Evangelium*». ⁽⁴⁾

Ved aquí, Amadísimos Sacerdotes e Hijos en el Señor, la estupenda transformación debida a esta re-

(1) Serm. 59.

(2) Tertullian. Cfr. De Alés, pág. 159.

(3) Ephes. III, 4-13.

(4) Ephes. III, 6.

conciliación de Jesucristo-víctima por los pecados de los hombres. La trasfusión de lo más selecto de su espíritu, de los tesoros más preciados de su corazón a los pueblos antes estigmatizados, no podía ser más íntima, más eficaz, más universalista y divinizadora. Ser un cuerpo místico con El, formar un todo completo con El, participar de la misma vida de El y de las promesas antiguas por El. «*Christus*,» llama repetidas veces San Agustín con santa y teológica osadía a un hombre en gracia. Mas ya antes Tertuliano, con vista panorámica de toda la Iglesia extendida por toda la tierra, había escrito en frase no menos admirable: «*Ecclesia verò Christus*». ⁽¹⁾ Será inexplicable a la razón, pero esa transformación es un hecho.

Ah! grande, grandísima, en efecto, debía ser esa transformación, cuando si, por un lado, era tan grande el sacerdote oferente de la víctima transformadora, tan grande la víctima inmolada por la transformación, tan grande el Dios a quien por un sacrificio de valor infinito se interesaba esa transformación, y tan grandes, por último, los innumerables pecados de los pueblos sin cuento que se habían de transformar por medio de víctima tan celestial; por otro lado, no resultaba menos grande y admirable, Hijos amadísimos, la inexplicable unificación que la omniscencia y omnipotencia de Jesucristo, Mediador ya y Fiador entre Dios y los hombres, supieron dar en su misma persona (*in ipso*) a to-

(1) Cfr. Tertullien.; de Alés, pág. 214.

dos esos cuatro elementos. Unificación que había de ser fuente de donde brotara naturalmente esa prodigiosa transformación del paganismo en Iglesia. «*Ut quoniam quatuor considerantur in omni sacrificio, dice un Santo Padre, cui offeratur, a quo offeratur, quid offeratur, pro quibus offeratur, idem ipse unus verusque mediator per sacrificium pacis reconcilians nos Deo, UNUM cum illo maneret cui offerebat, UNUM in se faceret pro quibus offerebat, UNUS ipse esset qui offerebat et quod offerebat*». ⁽¹⁾ ¡Qué abismos de profundidad insondable se condensan en esta víctima, en esta unidad, en esta transformación!

La humanidad prófuga de la vida y de los brazos de Dios «*resilientes et dissonantes defluxeramus*», ⁽²⁾ disonante y roto en mil pedazos su corazón, habíase disgregado en fragmentos dispersos adheridos a mil vanidades. «*Discissi per multa et inhaerentes in multis*»; ⁽³⁾ «*Dimissimus Creatorem, adorabimus creaturam*»; ⁽⁴⁾ pero al llegar este incomprensible misterio escondido en Dios desde la eternidad, la perdida unidad de la religión, de la única moral y de la única vida interior, había de reintegrarse con tan maravillosa trasfusión y transformación entre Jesucristo y los hombres, que ya todos reconciliados «*per mediatorem... haereamus uni, fruamur uno, permaneamus unum: ego,*

(1) S. Agust. de «Trinitate» lib. IV, cap. 11.

(2) S. Agust. de «Trinitate» lib. IV, cap. 11.

(3) *ibid.*

(4) Enar. in ps. 61.

inquit, in eis et Tu in me, ut sint consummati in unum». ⁽¹⁾ Unidad de edificio, unidad de cuerpo, unidad conyugal, unidad de templo, unidad de grey, unidad de fe, unidad de bautismo, unidad de amor, unidad de eucaristía, unidad de cáliz, unidad de vida, unidad de padre, unidad de familia, unidad de herencia, unidad de trono y unidad de Dios. ⁽²⁾ Y una unidad, notémoslo bien, constituída y entrelazada, como la misteriosa torre del Pastor de Hermas, por todas las naciones y razas de la tierra, tal es aquel «*Mysterium Christi*» por el que los gentiles son ya llamados a ser miembros de un mismo cuerpo y partícipes de la promesa divina en Jesucristo mediante el Evangelio. «*Ideo linguis omnium loqui fecit*» (el día de Pentecostés a los Apóstoles) escribe el gran Doctor de la Catolicidad, «*qui linguas omnium gentium in unitatem se congregaturum esse nuntiavit, «et modó UNUS HOMO in OMNIBUS gentibus lingüis OMNIBUS loquitur, UNUS HOMO capul et corpus, UNUS HOMO Christus et Ecclesia, VIR PERFECTUS ille sponsus, illa sponsa*». ⁽³⁾ «*Unitas christianorum unus homo,* ⁽⁴⁾ *totus Christus.* ⁽⁵⁾ Difícilmente se puede imaginar una concepción, aún en el orden estético, más avasalladora que la encerrada en esas dos breves palabras de San

(1) De Trinitate, Lib. IV, cap. 7.

(2) Ephes. IV, 3-6.

(3) Enar. in ps. 18.

(4) Enar. in ps. 29.

(5) Enar. in ps. 58-60-64 etc.

Pablo: «*Mysterium Christi*». La presencia de un Dios Sacerdote, de un Dios víctima, de un Dios oferente y de un Dios oblación: «*Tu Sacerdos, tu víctima, tu oblato; tu oblatio*», ⁽¹⁾ unificando en sí mismo por medio de su Santidad toda la humanidad prevaricadora, no sólo en el orden real, sino como idealidad y expresión artística, son de lo más impresionante y sublime aún dentro del sentido más riguroso de esta palabra.

Dos aspectos tan solo de este drama divino veremos. Nos apuntamos en este estudio de la Teología misional: el amor y la plenitud. «*Amor sacerdos inmolat*», canta arrobada la Iglesia en una de sus inspiraciones líricas más bellas y sentidas. He ahí el sacerdote inmolador de esa gran víctima transformadora: El Amor: todo es, pues, obra de caridad en esta transformación divinizadora del «*Mysterium Christi*». La sangre de la víctima que nos rasgó ese velo, que a tantos siglos había custodiado encubierto el misterio de la vocación de las gentes, es el más expresivo lenguaje de un amor infinito en todos los aspectos; pues ni tiene límites en su latitud, porque se extiende a todas las latitudes del mundo; ni vese circunscripta en su longitud por abarcar todas las edades; ni sufre término de altura, porque llega hasta el mismo Seno del Padre; y, finalmente, es insondable en su profundidad, donde el alma se abisma y se pierde en su contemplación. ⁽²⁾

(1) Enar. in ps. 64.

(2) Ephes. III, 18.

Gregorio XV en su célebre Constitución misionera «*Inscrutabili Divinae*» (1622), de esta caridad divina por la redención del mundo hace, precisamente, arrancar, como de una base de infinita estabilidad, la ascensional y graduada obligación de los fieles, de todos los Obispos y de todos los Papas en la obra de las Misiones. En orden a este punto, «*inaestimabiles hujus caritatis imitatores profectó OMNES esse debent..... omnes Ecclesiae PASTORES VALIDÉ sollicitos habere debent..... MULTÓ VEHEMENTIUS nos urgent.*»

La plenitud: Nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote eterno según Melchisedech, ofreció al Eterno Padre un sacrificio de tanta dignidad, y, por la dignidad de la persona, de tales precio y satisfacción, que la obra de la salud no podía quedar por su parte ni más perfecta y cumplida en sí, ni más aceptable para el Eterno Padre, ni más sellada y garantizada para la posteridad, ni más superabundante para todos los pueblos del mundo: «*Una oblatione consumavit in sempiternum sanctificatos*». ⁽¹⁾

Pero, como enseña el Tridentino, ⁽²⁾ «*Aunque Jesucristo en efecto murió por todos (II, Cor. V, 15), sin embargo, no todos participan del beneficio de la Redención*». Esparcir, pues, el anuncio de esos tesoros infinitos por toda la tierra, poner en comunicación las almas de los paganos con Jesucristo, influir, indirecta-

(1) Heb. X, 14.

(2) Sess. VI, cap. 3.

mente, por medio de la gracia externa de la predicación en hacer prender ese divino incendio del corazón amante de Cristo en toda la tierra: «llevar, en una palabra, *al regazo de Cristo*, es frase de Benedicto XV, *a la humanidad entera*», he ahí el gran ministerio de las Misiones. ¡Ah!, ¡y que «a mí, el más pequeño de todos los cristianos, se me haya concedido esta gracia, escribe humillándose San Pablo, la de anunciar a los Gentiles las incomprensibles e inexhaustas riquezas de los beneficios de Cristo»!

IV

La Fe regeneradora

En esta altísima y sobrehumana transformación del Paganismo en la Iglesia, de la Infidelidad en Fidelidad, se impone, para más cabal idea del cuadro de conjunto, el análisis de tres fases teológico-misionales, cuyo desarrollo Nos proponemos ahora bosquejar: la Cristianización (distingasela de la justificación), la Fe, la Iglesia misionera. Triple elemento cuya concepción universalista sorprendemos ya detallada en los primitivos tiempos de la Iglesia. Acudamos, también, aquí, sobre todo, a San Agustín, ya que éste, como confiesa el mismo protestante Reuter, toma la base de la catolización como principio fundamental de su doctrina y de su pensamiento, y como condición de la existencia aun de su misma religiosidad.

1.º Naturaleza de esa transformación: Aunque en los párrafos precedentes sobre el carácter y la obra salvífica de la Iglesia en oposición a la muerte del Paganismo hemos ya desarrollado no pocas de las dotes de esta transformación; creyendo, sin embargo, aquella su exposición todavía flaca e insuficiente, vamos a entrar más adentro en esta trascendental cuestión. Con tan experto guía como el águila de Hipona avanzaremos entre estas ráfagas de la ciencia eclesiástica más seguros que Dante con Beatriz en sus sublimes visiones del cielo.

Una vez puesto la cruz de Jesucristo, hemos visto cómo San Pablo y San Agustín nos hacen ver surgir a su alrededor un repentino campo de atracción universal de las almas, formado según nuevas y misteriosas leyes de atracción y repulsión; campo donde no sólo se origina, desarrolla y actúa la fuerza mayor que han visto los siglos, sino que cada vez tiende a dilatarse hasta el infinito para atraer, siempre, a los hombres más y más, exterior e interiormente, dentro de su esfera de acción. Y, notemos, que cuanto más activa y enérgica es su fuerza, tanto más irresistiblemente obra sobre todo lo que está a su alcance. «*Pendebat et contenmebatur, granum erat*», exclama el Santo Doctor, *apparebat infirmitas*». ⁽¹⁾ Según esta gran concepción, el mundo entero sin Jesús es como si toda la tierra yaciese estéril e infecunda; pero arrojó Dios sobre esa inmensa y absoluta esterilidad el grano que es Cristo, dotado de infinita fecundidad; pudrióse en la Cruz entre humillaciones y desprecios, y cuando ya sus adversarios le creían por su afrentosa muerte raído de sobre la haz del mundo, no cayeron en la cuenta de que si aquel grano *abjectum nescio quid apparet oculis...*, *intus habebat vires trahendi post se omnia...* ¡*O magnun granum!*... *meritó tanta fructificatio consequuta est*»: como que los pomposos simbolismos de los magníficos árboles que cubren la tierra

(1) Enar. in p. 50.

de las visiones de Ezequiel⁽¹⁾ y Daniel⁽²⁾ no son más que una profecía de la realidad germinal de este grano divino, cuyo aniquilamiento en la cruz había de ser, precisamente, por su desarrollo ulterior, la clarificación más visible, más gloriosa y más dilatada de su Padre celestial.⁽³⁾ Efecto de resultado infalible, puesto que en él «*vis convertens in se materiam et proferens fructum abscondita est*».

No podía concretarse en frase más feliz la noción precisa de la transformación del paganismo en cristianismo: «*vis convertens in se materiam*». Vense aquí indicados dos elementos: el elemento activo, asimilante, transformador de fuerza infinita, el grano, que es Cristo, y el elemento pasivo, material, inerte, sin vida, que ha de transformarse, el mundo, que aun no es parte de ese grano, de ese Cristo, es decir, los gentiles de que nos habla en este pasaje San Juan:

Precisemos conceptos y avancemos más en nuestras reflexiones. La *aniquilación* será, si queréis, el paso de las cosas de existir a no existir: como la *creación* es, por el contrario, el paso de la nada a la existencia de las cosas: pero la *conversión* no es eso. Este término «*convertens*» no es tampoco una expresión que signifique sólo una mera añadidura o una mera pérdida en un objeto preexistente, que esto podrá ser *cambio*, pero tampoco es *conversión*. Implica más, su-

(1) XVII, 22, 23.

(2) LV, 9.

(3) Joan. XII, 23-25.

pone una pérdida real a la que sucede una añadidura asimismo real; y esta sucesión de lo que va y lo que viene debe ser, no por razón de una coincidencia o de una simultaneidad buscada o pretendida, sino en cuanto que la aparición de la nueva realidad exige y hace que desaparezca la que deja de existir; cuya desaparición, por otra parte, tampoco tiene más finalidad de ser que la de dejar su lugar a la que la sucede, incompatible de suyo con ellas.

Por consiguiente, esto supuesto, la transformación del Gentilismo en Cristianismo no es más que un dejar de ser pueblo idólatra y carnal, prostituído, como lo llaman los Profetas (y ved aquí el elemento abandonado), para llegar a ser parte de ese grano divino ya desarrollado, que se llama Cristianismo (y hé aquí el elemento de la nueva realidad adquirida): «*O Ecclesia!... Occide quod sunt, et fac quod es*!» exclama con admirable y compendiosa propiedad el gran inventor de no pocas fórmulas teológicas.

Pero aun estamos a medio camino. Despoje en hora buena la Iglesia al Paganismo de todas sus degradaciones: «*occide quod sunt*»: y en vez de esa forma característica suya de envilecimiento intelectual y moral, imprimámosle la forma divinizadora de la Iglesia, «*fac quod es*»: ¿tendremos con esto completo y adecuado el concepto de esta admirabilísima transformación?

De ninguna manera; aun nos faltaría un detalle analítico de interés capital para nuestro estudio: ha-

bremos sí probado que hay transformación; pero esa transformación puede ser de tantas clases!; ¿es como la de los seres muertos e inanimados? ¿es sólo un agregado, una nueva combinación, una conversión meramente moral, o, más bien, es una transformación orgánica y vital?

El Apóstol San Pablo, según llevamos ya explicado, utiliza los símbolos de cuerpo y cabeza para hacer sensible la reciprocidad de influjo vital en la Iglesia; mientras con los mismos símiles nos presenta juntamente dirigidos por un principio de vida «*misterioso*», pero palpable y eficaz, la unidad junto con la variedad, y la gracia en unión armónica con la libertad en la gran familia cristiana.

Todos, también, sabéis, que la vida es propia del organismo, a diferencia del movimiento mecánico-químico de la materia.

De ahí la exactitud de aquella frase de San Agustín cuando habla de la fuerza con que la Iglesia realiza esta transformación: «*Vis convertens in se materiam*». No hay duda que aquí se ve actuar a una fuerza, y una fuerza vital, y una fuerza vital transformadora; y una transformación vital asimiladora con todos los caracteres vitales del crecimiento y la nutrición. En otro pasaje, que debía ser clásico en los tratados de teología misional, y cuyo eco lejano parece repercutir en la exposición «*Inscrutabili Divinae*» de Gregorio XV, acumula el Santo otras expresiones en las que expone que el Cristianismo se asimila al Paga-

nismo «*in sua viscera assumendo, in corpus suum transjiciendo*»; y, por si esto no basta, puntualízalo más con la cláusula «*in corpus suum convertendo*», es decir, «*incorporando*». ⁽¹⁾ Era, pues, lógico el Santo al advertir que en el célebre lienzo de la visión universalista de San Pedro, ⁽²⁾ en el que el Vicario de Cristo ve el dedo de Dios que le señalaba para su predicación los confines del mundo, «*Praefigurabat Dominus Ecclesiam quod omnes gentes erat transvolutura et in corpus suum conversura*». ⁽³⁾

Y ¿qué quiere decir todo esto, sino que la Iglesia realiza su obra de conversión y cristianización del mundo por medio y en virtud de su gran fuerza orgánica de asimilación?; asimilación, por otra parte, completada por una doble operación, exterior la una, e interior la otra; la exterior de la predicación y atracción de los pueblos al torrente circulatorio de su vitalidad, y la interior de la conversión en sí o intususcepción de elementos hasta ahora extraños a ella, pero que en adelante han de constituir parte integral del mismo organismo transformador.

Sálennos, aquí, al encuentro, dos leyes: la ley de la elasticidad adaptativa, y la del progresivo crecimiento de los seres vivos, propias entrambas de todos los organismos, pero que en nuestro caso, entrambas

(1) Enar. in ps. 103.

(2) Act. Ap. XI, 5-18.

(3) Enar. in ps 30.

se hallan dotadas de unas propiedades realizables tan sólo en la Iglesia de Jesucristo.

Porque, en efecto: únese a lo dicho que, una vez puesta su primera germinación de la creación de la Iglesia, ayudá a su crecimiento la ley orgánica de la elasticidad adaptativa, la que le asegurará su existencia y su unidad en medio de la mayor variedad y discrepancia de los pueblos; pero esa elasticidad deberá ser, a su vez, ilimitable; porque si da la historia que si *«alia lingua afra, alia syra, alia graeca, alia hebraea, alia illa et illa, faciunt istae linguae varietatem vestis reginae hujus..... quomodo autem omnis varietas vestis in unitate concordat, sic et omnes linguae ad unam fidem.... eamdem quippe sapientiam, eamdem doctrinam et disciplinam omnes linguae praedicant»*.⁽¹⁾ Añádese a todo esto que, a diferencia de los demás seres vivos, su crecimiento y su duración son indefinidos mientras haya pueblos que incorporar. Para el organismo de la Iglesia no existen las leyes orgánicas, ni la ley del límite de crecimiento, ni la ley del límite de la duración; es inaccesible a la muerte por varía y constante que sea la hetrogeneidad de la materia viva que integra su ser: *«Predicad el Evangelio a toda la tierra: yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»* ¡Cuántos imperios por carecer de estas propiedades de indestructibilidad, ha visto la Iglesia morirse a su paso, mientras ella se dilata más cada vez por el mundo!

(1) Enar. in ps. 44.

2.º Pero reparad, Venerables Cooperadores e Hijos estimadísimos, que mientras la conversión del Paganismo se verifica incorporando la Iglesia a su ser elementos extraños que han de participar de las propiedades vitales que, antes, ellos no poseían, para así ir engrosando más cada siglo el ser orgánico del cuerpo místico de Jesucristo, en esa misma operación vemos realizarse, juntamente con ella respecto de los individuos una verdadera generación espiritual, por lo cual llama San Agustín a la Iglesia, Madre «*regia prole faecunda*». (1)

A la vista de este nuevo aspecto de su transformación, plantéansenos otras dos cuestiones fundamentales: ¿qué ley regirá la realización de esa generación de la que tanto nos hablan San Pablo y los Santos Padres?; y ¿qué germen vital es ese que así transforma y hace tomar una nueva forma de vida al hombre, y en el hombre, a la sociedad?

La ley no podía ser ni más solemne, ni más autorizada, héla aquí: es la gran «*Ley de la Catolicidad*», o sea, universalización de la Iglesia, formulada e intimada por el mismo Jesucristo poco antes de su Ascensión a los Cielos. Si la cuna de la humanidad daba su primer paso cimentada en aquella sublime ley de generación y conservación de la sociedad, últimas palabras de Dios en la creación «*Creced y multiplicaos y llenad la tierra.....*», también la Iglesia aparecía ante

(1) De fide rerum quae non videntur, c. 3.

el mundo, al subir el Señor a los Cielos, garantizada con otro mandato y otra bendición, así mismo, última expresión de Dios Redentor no menos fecunda, amplia y apremiante, que es la gran «*Ley de la extensión de la regeneración cristiana*»: «*Id, pues, por todo el mundo, y predicad el Evangelio a todas las criaturas: el que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere se condenará*». ¹⁾

Aquí no hay, no puede haber, inclusión de límites, ya que en la actual providencia todo hombre tiene que tender a lograr su salvación, y esta no posee más puerta de entrada que la Iglesia; Ley, por otra parte, independiente de todas las circunstancias históricas por tratarse de obtener por ella un medio de salud absolutamente necesario para cada miembro de la humanidad; Ley, cuya ejecución progresiva ya que no repentina obliga a la Iglesia, como obliga a todos los hombres a procurar su propia salvación; Ley siempre ineludible y jamás derogable, ni inactiva, mientras existan pueblos sin convertir. Sólo, en virtud de la actuación de esta Ley, se llama la Iglesia «*Católica*», siendo por otro lado, a su vez, esta Ley universalizadora, su timbre de gloria, el criterio de su genuinidad divina y la garantía de su inmarcesible fecundidad.

Con la promulgación de esa Ley habían comenzado y se habían impuesto ya las *Misiones*. Si de la Ley natural de la conservación del género humano

(1) Mar. XVI, 16.

surgía una obligación solemne del orden natural; de la misma suerte, de la ley sobrenatural de la regeneración cristiana, surgía otra obligación de su realización, pero que había de ser del orden sobrenatural. La primera Ley fué el «*fiat*» de toda la humanidad, la segunda será el «*fiat*» del Cristianismo.

Por lo que se refiere al segundo punto, de la naturaleza del germen vital obrador de estas maravillosas transformaciones, todos sabéis cual es: la Fé. La Fé es el principio de *asimilación* de la Iglesia, «*ipsa est quae in hac fide.... fructificat et crescit in universum mundum*»⁽¹⁾ (Colos. I, 6): la misma fé vivífica, como la llama San Ireneo, es, también, el principio *regenerativo* de la misma sociedad; por eso con frase magistral y felicísima ha definido San León Magno a la extensión del Catolicismo «*propago fidei*». Ya San Pablo había dado base a esta fórmula, seis siglos antes, escribiendo: «*Providens autem Scriptura quia ex fide justificat gentes Deus, praenuntiavit Abrahae: Quia benedicentur in te omnes gentes*».⁽²⁾ ¿Y no fué el mismo Jesucristo quien, junto con la intimación misionera «*Id, pues, por todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda criatura*», explicó el modo de la reincorporación del mundo en la Iglesia, especificando «*quien creyere*» (se entiende ese Evangelio) y se bautizare será salvo, al paso que *quien no creyere* será condenado?

(1) S. Agust. Serm. 214

(2) Galat. III, 8.

La fe, pues, pero la fe sellada con su única marca oficial ante Dios y la Iglesia, *el bautismo (signaculum fidei)* sello y marca exclusiva (*sigillum* lo llamaban los primeros cristianos) que impone la Iglesia y acepta Dios para toda incorporación en el organismo cristiano del hombre infiel, es el germen vital de donde brota toda esta nueva familia de la Comunidad cristiana.

La génesis progresiva de su fecundación cristianizadora en el alma del infiel adulto hasta su desenvolvimiento determinante, puede considerarse como en una serie de momentos psicológicos dignos de reflexión. Suponed ante vosotros un pagano: de ley ordinaria lo primero preséntasele el misionero y con él la gracia externa de la Predicación del Evangelio: óyela, y a la luz de una explicación razonada de los criterios internos y externos de la Revelación su inteligencia reconocerá con certidumbre moral el hecho histórico de esa misma Revelación. Es verdad que ese hecho aún no le es evidente por sí; tal vez dude en aceptarla, todavía, por motivos insuficientes, pero no podrá su razón menos de reconocer, evidentemente, los motivos de credibilidad por los que puede y debe someter su asentimiento, así para aceptar el hecho de la Revelación, como para confesar al mismo tiempo y por los mismos motivos el origen divino del Cristianismo. Un paso más, y tenemos aquí un juicio que formula, y pues éste será el que presente el objeto a la voluntad para que asienta, ese juicio habrá entrado ya en la

nueva fase del orden sobrenatural. Iluminada su mente por esa luz sobrenatural e impelida su voluntad por la moción asimismo sobrenatural, brota el acto de fe en Jesucristo, en la Revelación y en el único auténtico depósito de ella, la Iglesia católica: ya está el alma de lleno en ambiente, totalmente, sobrenatural. Ese acto de fe, se ve, pues, que ha tenido, es verdad, como condiciones preliminares los motivos de credibilidad, pero él no se funda en ellos; su motivo no ha sido otro que el de la veracidad del mismo Dios que ha hecho la Revelación. Todos los actos de fe se verifican bajo la influencia de la gracia sobrenatural. Una vez así, la Iglesia infalible presenta a esos actos y ellos lo reciben, a su vez, el depósito de la fe divina y de la fe católica junto con la Sagrada Escritura, palabra del mismo Dios. Séllase todo esto con la marca oficial divino-elesiástica del bautismo, y la cristianización es ya un hecho.

Con estas someras indicaciones sobre el germen trasformador de la Iglesia, entiéndese la razón profunda de aquel principio dogmático-apologético de San Agustín en su opúsculo de la fé razonada «*De utilitate credendi*»: «*Recte igitur catholicae disciplinae majestate institutum est, ut accedentibus ad Religionem fides persuadeatur ante omnia*». ⁽¹⁾

3.º Una vez vista la naturaleza de esta nueva transformación y sorprendido el germen de tan mara-

(1) Cap. 13.

villosa reproducción, que, a una con el bautismo, bien podía concebirse como principio ontogénico, real y adecuado del nuevo organismo espiritual, réstanos, tan sólo, decir dos palabras sobre el medio o seno donde se fecunda y realiza aquel «*occide quòd sunt et fac quod es*» del Doctor de la gracia. La contestación no puede ser ni más breve, ni más clara, ni más cierta. Héla aquí: Sola la Iglesia Católica: «*Ecce uterus Matris Ecclesiae, ecce ut te pariat atque in lucem fidei producat*». ⁽¹⁾

No es de este lugar inmiscuirnos en distinciones, reales sí, pero aquí innecesarias, entre el cuerpo y el alma de la Iglesia, ni engolfarnos en cuestiones y casos concretos en los que la Teología trata de explicar cómo pueden y suelen salvarse muchos sin que en el foro externo se les reconozca como miembros de la Iglesia católica visible; lo inconcuso es que todos los que se salvan sólo consiguen la bienaventuranza por la Iglesia y en la Iglesia. «*Extra Ecclesiam catholicam nulla salus*» es la voz unánime de los Evangelios y de los Santos Padres. Voz divina cuyo eco, con acento cada vez más definido y mejor formulado, ha ido, sobre todo desde San Cipriano, repercutiendo en todas las edades y en todos los Concilios, al tropezar con los obstáculos que a su avance universalista oponían el cisma o la heregía. La evidencia de esta verdad revelada, una vez puesta la fé, y la convicción que de ella

(1) Serm. 216.

abrigaba toda la Comunidad cristiana se manifestó en fórmulas clásicas de gran éxito, que nunca dejó de sus labios el primitivo Cristianismo. «*No hay más que un arca de salvación*» exclaman a coro con todo el pueblo fiel, Orígenes, San Hilario, Lucífero, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno, San Fulgencio y San Ambrosio; y las glosas de este simbolismo, aplicado por vez primera a la Iglesia por el mismo San Pedro, forman una de las más consoladoras y poéticas páginas de la literatura patristica. «*No hay más que una Esposa de Jesucristo*», única Madre y única Institución santificadora del mundo, es otra de las expresiones características de sabor eminentemente paulino, que, sobre todo, en manos de los Padres Africanos, constituirá un arma irresistible contra las tendencias africanistas de sus extremosos y exagerados paisanos.

El «*Habere jam non potest Deum Patrem, qui Ecclesiam non habet matrem*» de San Cipriano, ⁽¹⁾ con sus dos relaciones, de la necesidad absoluta de pertenecer a la Iglesia para lograr la salvación, y de pertenecer a esa Iglesia, precisamente, en razón de su filiación y maternidad recíprocas, es, a nuestro juicio, la expresión que mejor sintetiza ese doble pensamiento católico de aquella época; explicación que nos da a entender el medio o seno en cuyo regazo se puede verificar, únicamente, la cristianizadora transformación de que venimos hablando.

(1) De Unit. Eccl. cap. V.

Inspirado en esa fórmula que el gran Obispo de Cartago copió a su vez de su ardiente paisano el apolo-
gista Tertuliano, cuyas obras y máximas católicas
había convertido el Santo en alma de su alma, com-
puso, después, San Agustín aquel su himno de la
vitalidad y divina adaptación de la Madre Iglesia, tan
lleno de verdad y de amor, donde, después de haberla
reconocido como «*Ecclesia Catholica, mater christia-
norum verissima*» entre las líricas descripciones de
sentidísima y graduada enumeración, la dice: «*Tu.....
gentes gentibus..... non societate tantum sed etiam fra-
ternitate conjungis.*»⁽¹⁾ Fraternidad, pero fraternidad
en la fé, ved ahí el problema social-religioso que el
Santo Doctor de Hipona sorprendió en el modo y en
el medio de realizarse la cristianización del mundo
por la maternidad de la Iglesia. El genial autor de las
dos Ciudades fija siempre la mirada a la par, desde
los albores de su conversión, en el curso de las dos
sociedades, nacida la una de la apostasía de Dios y la
otra del reconocimiento y sujeción al mismo Dios, al
profundizar en su estudio de la Iglesia sobre las ven-
tajas de la fé, vió que esas dos muchedumbres agita-
ban, en efecto, en su seno principios diametralmente
antagónicos: el uno, «*la infidelidad*», origen de la
descomposición de las Sociedades, y el otro de la *Fé*,
origen de la concentración y unificación de todos los
pueblos en una inmensa fraternidad, cuyo Padre es

(1) De mor Eccl. Lib. I, cap. 30.

Dios y cuya Madre la Iglesia: «*Pater Deus est, Mater Ecclesia*» (1) ¿Queréis ver el vínculo de esa gran familia? «*Fide contraxit multitudinem*». Ved ahí los lazos de unión de esa nueva familia humano-cristiana. Del disforme aglomerado de razas y de naciones, vése aquí surgir de repente una gran familia: la familia de Jesucristo.

(1) Serm. 216

V

La Iglesia misionera.

En este concepto de la Iglesia única transformadora, de la Iglesia única Madre regeneradora, y por consiguiente, de la Iglesia único principio de la fraternidad mundial por medio de la Fe, destacan unidas dos ideas a primera vista opuestas: la del universalismo más amplio y la de la unidad más exclusivista: «*Multae Ecclesiae et una Ecclesia, multi fideles et una sponsa... multa flumina et unus fluuius*». ⁽¹⁾

La unidad de la Fe es la base de la unidad de su profesión y de la unidad de los sacramentos en cuanto que, además de que todos sus miembros deben iniciarse por el mismo bautismo, gozan, después, todos los católicos de los mismos medios de salud, puesto que todos los sacramentos mediata o inmediatamente redundan en bien de toda la Comunidad cristiana; y por fin, la unidad social colectiva, basada en el régimen de una sólo autoridad, es, como acabamos de ver, el coronamiento de tan admirable organismo. Porque sólo a San Pedro y a Roma en San Pedro confió Jesús las llaves de su Iglesia salvadora: sólo a San Pedro y a Roma en San Pedro le constituyó piedra fundamental que atraiga, sostenga, afiance y dé consistencia y unidad a todas las partes del edifi-

(1) S. Agust. Enar. in ps. 65.

cio sobre ella erigido: sólo a San Pedro y a Roma en San Pedro mostró el Señor la visión del lienzo celeste, símbolo tan real como expresivo de la conversión del Gentilismo: sólo al Colegio Apostólico y a la Iglesia en ellos se confió por medio de una súplica divina, en la noche de la cena misteriosa, la misión de poder atraer al redil de Jesús a las ovejas que no pertenecían aún a él, para que no hubiese sino un sólo redil como también, un sólo Pastor: y al Colegio Apostólico y a la Iglesia católica en ellos descendió el día de Pentecostés el Espíritu Santo, quien para prepararlos a la conquista del mundo, sobrevistióles del fuego de su fervor y de la omnipotente fuerza de lo alto.

Pero esta unidad de régimen, de ritos y de amor en contraposición al Paganismo egoísta, rompe todas las barreras de las naciones, y su universalismo consolador preséntase como una visión celeste que atraerá hacia sí llenas de esperanzas todas las clases más abyectas y apartadas del mundo. Baste recordar que más de sesenta Santos Padres celebran en magníficos comentarios el universalismo de la oración católica por excelencia del Padre Nuestro: el «*adveniat regnum tuum*» mesiánico, que constituía el fondo esencial de todos los anhelos y plegarias del pueblo judío, pasa en estos comentarios a un nuevo orden de universalización jamás soñado por los hebreos. Incontables son, además, los fragmentos patrísticos que, descritos con pluma teñida en la sangre del costado

abierto de Jesucristo, nos los ha legado la Tradición como pequeños retratos del universalismo del sacrificio de Jesucristo en el ara de la cruz y en el ara de nuestros altares. San Cirilo de Jerusalén, ya en el año 347 en su célebre catequesis XVIII sobre la resurrección de la carne, hacía fijarse detenidamente a los catecúmenos de Jerusalén, en gran parte de esta catolicidad o universalización de la Iglesia; el fenómeno histórico evidente exigía una explicación teológica basada en la naturaleza de la Iglesia.

Llámase la «*católica*», les dice, por la universalidad territorial que abarca, pues que se extiende del uno al otro confín del mundo; católica por la universalidad del depósito de la Revelación a ella confiado, ya que contiene sin deficiencia alguna todos los dogmas que deben llegar al conocimiento del hombre; católica por la universalidad de las clases sociales que rinde a la verdadera Religión, sin diferenciar a los príncipes de los plebeyos y a los sabios de los ignorantes; católica por la universalidad de los pecados que cura y sana, sean estos espirituales o corporales, y católica por la universalidad con que contiene todos los dones del Espíritu Santo y por las riquezas que atesora de toda clase de poderes espirituales en palabras y en obras admirables.

En efecto; entre tantas excisiones como en aquellas épocas pululaban, nunca convenía separar en el examen de la formación universalista de esa Iglesia asimiladora la consideración de su elemento *corporal*

trasformado, llamémosle así, o sea, de su extensión material, del otro elemento *anímico*, vivificante y *transformador*, o sea, la unidad, porque ambos a dos se integran, complementan y explican. Por otra parte, con estos dos elementos refundidos hallámonos frente a frente de la catolicidad adecuada de la Iglesia; la cual catolicidad puede aún o considerarse relacionada con los pueblos ya asimilados y transformados, en cuyo caso la Iglesia por medio de una Jerarquía permanente solo mirará, como todo organismo desarrollado, por la perfección interna de sus miembros—y tal sucede en las naciones católicas,—o puede, también, estudiársela en relación de su interna exigencia para atraer hacia sí los pueblos y naciones alejados hasta ahora de la corriente de su ciclo vital; en cuyo caso tendremos ante los ojos la noción precisa de la Iglesia misionera con su Jerarquía militante de, llámenseles, Apóstoles, Evangelistas, Legados, Enviados y Embajadores del Señor, Prefectos y Vicarios Apostólicos: todos ellos no son más que manifestaciones autoritativas de la virtud misionera del Catolicismo.

De estos dos conceptos de la catolicidad, el de la exigencia interior como fuente y raíz, y el del hecho histórico como resultado y árbol que cubre toda la tierra con sus benéficas ramas, el universalismo histórico efectivo vese que no pasa de ser una propiedad necesaria de la Iglesia, mientras que el de la catolicidad productriz, una vez puestas por un lado la Redención universal de Cristo y por el otro la aplicación de

los méritos de esa redención verificable exclusivamente por la Iglesia, tenía que ser necesariamente propiedad esencial del Cristianismo verdadero. Este segundo aspecto de la universalización, como venimos repitiendo, es el que constituye la Iglesia misionera.

Ahora bien: todo legado verdadero tiene que estar revestido de algún poder y autoridad en virtud del cual esté en su mano el cumplir con su misión, haciendo respetar sus derechos ante las naciones a las que lleva la embajada. Tres como etapas considera San Agustín en esta sublime embajada de la Iglesia misionera respecto de su misión salvadora para la humanidad entera: La embajada de «*el gran Misionero*», prototipo y causâ final y ejemplar de las demás embajadas religiosas, Jesucristo; la embajada del «*Colegio Apostólico*», columnas y fuentes de todo el apostolado católico futuro; y la embajada de toda «*la Iglesia post-apostólica*» hasta la consumación de los siglos.

«*Totus orbis caecus jacebat*»: ⁽¹⁾ Todo el mundo, pero todo el mundo ciego en tinieblas, no es otro el término de esta divina embajada y «*quis est missus nisi Christus?*» pregunta el Santo Doctor de Hipona. Pero Jesucristo había de partir presto a los cielos; ¿quedaría con esto sin ejecutores su misión salvadora, a lo menos, en lo referente a la salud de la Gentilidad? No; «*Etiam ad Gentes ad quas prophetae missi non erant, Apostoli missi sunt*». ⁽²⁾ A tí, o Iglesia de los

(1) Serm. 137.

(2) Enar. in ps. 96.

Gentiles, engendraronte los Apóstoles: «*ipsi missi sunt*», ellos fueron después de Cristo tus primeros misioneros; «*ipsi praedicatores*», tus predicadores y tus padres «*ipsi patres*»: mas no habían de ser ellos inmortales sin que por su muerte quedara abandonada y sin vida la Iglesia; «*ergo illorum abscessu deserta est Ecclesia? Absit*». No te creas abandonada, ni infecunda, Iglesia de Jesucristo, la requiebra San Agustín, porque ya no ves a Pedro ni gozas de la presencia de Pablo. «*De prole tua tibi crevit paternitas!*» ⁽¹⁾ Los Apóstoles fueron tus padres, pero en su lugar nacerán de tus entrañas millares de hijos, que, padres a su vez de inmarcesible fecundidad, llenarán la tierra con indefinidos vástagos de tu gloria. «*Haec est catholica Ecclesia*».

Se Nos permitirá detener un poco Nuestro paso ante el hecho del influjo de trasmisión entre estas tres grandes embajadas: de la embajada raiz y trasmisora de Jesucristo; de la embajada aceptada y recibida por todo el Colegio Apostólico; y de la embajada transmitida, definitivamente, para siempre, por los Apóstoles a sus legítimos sucesores del episcopado católico.

Hay un texto en el Evangelio de San Juan ⁽²⁾ que es la clave para la inteligencia de esta trasmisión de

(1) Ibid. 45.

(2) Joan. 20, 21-23

derechos: «*Como mi padre me envió, así os envió yo también a vosotros*». Dichas estas palabras alentó hacia ellos y les dijo: «*Recibid el Espíritu Santo*». En estas palabras, a la luz de una reflexión detenida, se descubren explícita o implícitamente: primero, los poderes misionales de Jesucristo y su Iglesia; segundo, la obligación de misionar al mundo; que, necesariamente, incumbirá ya desde su cuna a la Iglesia, recién fundada; tercero, la garantía de esos poderes con sus respectivos resultados e implícitamente el sistema misional de la conversión del mundo. Con una breve exposición de estos factores que creemos adecuan la teoría de la Iglesia misional, habremos puesto cima a la Teología de Misiones: de ahí a deducir la sublimísima vocación del misionero y ver, por consiguiente, la razón porque siempre reputó tan honoríficamente su oficio de evangelizador el Apóstol de las Gentes, sólo media una ilación tan obvia y consoladora como evidente y dulcísima para todo corazón noble que ame con entrañas de hijo a nuestra incomparable Madre la Iglesia Católica y se interese por sus triunfos.

1.º *Sus poderes.* «*Sicut misit me Pater et ego mitto vos*». Entre los resplandores de divinidad que manifestaba la reciente Resurrección de Jesucristo, San Juan coloca en la primera entrevista de Cristo con el Colegio Apostólico la misión definitiva de los Apóstoles y la comunicación de la fuerza invencible para verificarla «*el Espíritu Santo*». «*Como el Padre me envió, así también yo os envió*». La misión del Maestro

estaba realizada y concluída; hora era de que empezara la obra de los Discípulos. El mundo, como un campo de conquista, quedaba en fuerza de estas palabras, abierto delante de sus ojos, que por su parte, deberían presto medir la inmensidad de la tierra: «*como el soplo de Dios, escribe magistralmente Le Camús, había producido en el alma de Adán la imagen misma del Creador, así el soplo del Hijo resucitado imprimirá en el alma de los Apóstoles la semejanza del Redentor y les asegurará su propio poder*».

En esta doble misión divina confiada por el Eterno Padre a Jesucristo y por Jesucristo a la Iglesia, como en el análisis del oficio de cualquier agente diplomático encargado de representar a su Soberano ante las potencias extrañas, puédense considerar; la relación entre el embajador y autoridad que le envía; los poderes que ésta transfiere de su parte a su legado; y el destino de la legación. En nuestro caso huelga cualquier comentario sobre los tres puntos, ante la claridad que arroja el enunciado mismo de San Juan: «*Ille me et ego vos*»: ⁽¹⁾ ved las dos divinas personas que envían sus mensajeros. Nuestro Señor Jesucristo recibiendo su misión del Padre en cuanto hombre, y transfiriéndola de su parte al Colegio Apostólico, entabla aquí entre ambas misiones una semejanza de funciones representativas, que es el mayor elogio de la vocación de la Iglesia misionera. «*Como el Padre me envió a mí, así*

(1) S. Agustín. In Joan. tr. 121.

yo os envió a vosotros». Es verdad que ni el modo de proceder la misión de Jesucristo del Padre, ni la de los Apóstoles de Jesucristo, era el mismo: y que ni los poderes comunicados con que revistió Cristo la legación de los Apóstoles, pudieron ser idénticos a los poderes con los que Cristo fué enviado por su Eterno Padre; pero con todo, la gran obra de la salvación del mundo, para la que entrambos fueron enviados, sí es la misma, y exceptuada la identidad, por lo demás, la analogía de sus atribuciones legatarias no podía ser más parecida. Tanto que en esa cláusula, que en su misma solemnidad revela, sin duda, un momento trascendental dentro de la institución del Apostolado, la misión y oficio de los Apóstoles respecto de Jesucristo, solo se explica, por su referencia de parecido a la misión del mismo Jesucristo respecto de su Padre. Si, pues, es evidente la misión universalista de Jesucristo en orden a la salud del mundo prevaricador, universalista debía también ser, necesariamente, en orden al mismo mundo, la misión del Apostolado católico: la potestad de la Iglesia de poder perdonar los pecados por la confesión, de que a renglón siguiente nos habla el mismo Jesucristo, es sólo una consecuencia, una parte contenida en esa misión amplísima del Apostolado, en la que se hallaba ya incluida aunque no expresamente.

La semejanza misional de los dos embajadores no podía, por otro lado, ser más categórica y clara. La misión del Hijo supone su procedencia, por comuni-

cación de naturaleza, del Padre; como la misión del Colegio Apostólico supone por su parte la procedencia, aunque solo por participación ministerial, del mismo Jesucristo. Además, según confesión del mismo Jesucristo, la doctrina de su embajada, ⁽¹⁾ la autoridad y poderes de su legación, ⁽²⁾ y las credenciales de sus obras ⁽³⁾ milagrosas, no tienen su principio en El, sino proceden de Aquel «*ejus qui misit me*»; del mismo modo la doctrina, la autoridad y los poderes milagrosos del Apostolado católico encuentran su fuente, origen y toda su razón de ser en aquel que los envió, N. S. Jesucristo.

«*Así como me envió mi Padre, así también yo os envío a vosotros*». No se puede dudar que las dos relaciones de comunicación y embajada, incluidas, respectivamente, en las dos partes de esta comparación, son muy diversas por lo que se refieren a la personalidad y a las naturalezas de los sujetos de cuya misión se trata. La primera embajada, por más que la razón formal de su misión constitúyela la humanidad de Cristo, es, sin embargo, de igual a igual, si consideramos la naturaleza divina del mitente y del enviado, lo mismo que las divinas personalidades de los dos, Padre e Hijo; al paso que, la segunda discrepa en ese respecto en grado infinito, por no tener la misión Apostólica más razón de ser de su legación que la participación gratuita

(1) Jo. VII, 16.

(2) Jo. XVII, 7-10.

(3) Jo. V, 24-38.

con que, como a mensajeros y enviados suyos, quiso comunicar a los Doce el Divino Redentor.

Tres fueron los oficios principales ligados a la misión salvadora de Jesucristo, quien, dignificándolos con infinita excelencia por su divina persona, los había de ejercitar por medio de su naturaleza humana: *la potestad de Jurisdicción, la autoridad imperiosa de su Magisterio y el poder santificador de su eterno Sacerdocio* sobre toda la humanidad. Tales fueron los poderes universalistas de su sobreexcelentísima misión: mas si a Jesús, de esta suerte, le fué otorgada (*omnis*) toda potestad, El, en cambio, ahora, haciéndole compártice de ella al Colegio del Apostolado, le mandará que, precisamente, en fuerza de esa autoridad y poder suyo, sometan a la obediencia de su Fe y de sus mandatos toda la tierra.

En virtud de aquel su categórico «*sicut misit me Pater et ego mitto vos*» quedaba pues el Apostolado en posesión ministerial del Reino de la verdad ⁽¹⁾ y del Reino de la santificación, para cuya fundación había principalmente sido El enviado del cielo a los hombres por su Eterno Padre.

Las credenciales divinas de esta doble misión serán, los mismos milagros, los mismos portentos, «*in obedientiam Gentium, verbo et factis: in virtute signorum et prodigiorum, in virtute Spiritus Sancti*». ⁽²⁾

(1) Jo. XVIII, 37.

(2) Rom. 15; 18-19.

Sólo la simple vista de la tan sorprendente correspondencia de esa doble misión, patentiza con cuánto rigor teológico, poniendo al Apóstol entre Jesucristo y el pecador, compendió San Pablo la misión del Apostolado católico ante la humanidad pecadora, en aquella brevísima frase «*Somos, pues, como unos embajadores en nombre de Cristo, yes Dios mismo quien os exhorta por boca nuestra*». ⁽¹⁾ Porque, a la verdad; como se evidencia por lo expuesto, la misión del Apostolado no debe considerarse sino como una emanación de la misión del mismo Jesucristo con el diverso matiz, si queréis, supuestas las diferencias ya indicadas, de que si la misión de Jesucristo tuvo por fin la glorificación del Padre que le enviaba, por medio de su reconocimiento en el mundo; la misión de la Iglesia tiene, en cambio, el de la glorificación del mismo Jesucristo por medio de la unión con Él de toda la humanidad redimida. ⁽²⁾ Cristo en su venida glorificó a su Eterno Padre humillándose hasta la muerte de Cruz: el Padre Eterno a su vez, le glorificará a El por medio de la misión de la Iglesia haciéndole que ante El doblen la rodilla los cielos, la tierra y el infierno. ⁽³⁾

2.º *Sus obligaciones* «*Como mi Padre me ha enviado, así yo os envío también a vosotros*»; es decir, ya que en la actual providencia los pecados de todo el

(1) 2 Cor. 5, 20.

(2) Jo. 17, 8 sq.

(3) Phil 2, 10.

mundo no pueden perdonarse sino por solo Jesucristo; esa misión conciliadora entre Dios y el hombre, una vez ascendido el Señor a los cielos, solo se puede ya realizar, única, y exclusivamente, por la Iglesia en nombre de Jesucristo. Más aún: si hemos de ser precisos, conviene distingamos en este asunto con el Cardenal Lugo dos obligaciones; un mandato impuesto por Dios de que nadie se salve sin la Fe, y otro precepto no menos categórico impuesto por Jesucristo a la Iglesia de que predique esa Fe salvadora a todas las naciones del mundo. «*Quod enim fides hujus doctrinae evangelicae necessaria sit ad salutem, ortum habet ex voluntate et decreto Dei; quod etiam Ecclesia et ejus ministri debeant hanc fidem praedicare et annuntiare omnibus eo modo quo potuerint, ortum habet ex positivo praecepto Christi, qui id Apostolis et eorum successoribus praecepit*». ⁽¹⁾

No es, pues, sólo que la Iglesia puede presentar un derecho divino por el que deba imponer el que ninguna nación se oponga a la predicación del Evangelio: es más, es que goza de un poder positivo, terminante, solemnísimamente de predicadora del Evangelio con especial encargo y obligación gravísima de hacerlo así en todas partes hasta el fin de los siglos. La razón principal es porque no fué otra la misión de Jesucristo, que la salvación del mundo, sobre el que, además, poseía su derecho como sobre su herencia

(1) De fide Sec. 14. dis. 19.

propia y personal. Ahora bien; como esta herencia ha de hacerla valer no por sí directamente, sino mediante la evangelización del mundo por los Apóstoles, transfirió, según acabamos de ver, sus derechos en éstos, y por ellos en la Iglesia, como nos hizo constar de nuevo por su explícita voluntad y mandato impuesto, un poco antes de su ascensión a los cielos, con todo rigor de precepto. «*Id por toda la tierra y anunciad mi Evangelio a toda criatura: quien creyere y se bautizare ése se salvará, pero quien no creyere será condenado*». ⁽¹⁾

Nada, pues, nos tiene que extrañar sea interesante y rica sobremanera la literatura pontificio-misional en lo que toca a las obligaciones que incumben a la Iglesia en sus relaciones con la Gentilidad, como consecuencia de esta su divina misión. Frase es de Gregorio XV: «*Praecipuum pastoralis officii caput esse propagationem fidei christianae:*» idea que en 1803 el Concilio de Sutchou, (China), fijó y redondeó en la siguiente expresión, principio fundamental de la Iglesia: «*Inter praecipua muneris apostolici officia primum locum obtinet, fidem scilicet propagandi apud Gentiles, et eam integram illibatamque servandi apud fideles*». En este axioma invariable, aceptado por toda la Iglesia, encuentra su base toda la exuberante documentación de los Papas, de los Teólogos y de los Canonistas que asignan a la Iglesia el oficio y la obligación estricta-

(1) Marc. 16, 15-16.

ta de mirar con eficacia por la conversión del Paganismo. Antes de la famosísima bula «*Inter caeteras*» de Alexandro VI, entre otros los Papas de Avignón, habían hecho fijarse a la cristiandad con preferencia en este deber de la Iglesia, lo mismo que Adriano VI y S. Pío V. Pero, sobre todo, desde que el incomparable Vitoria afrontó con profundísima perspicacia las espinosas cuestiones político-misionales de los Reyes en su intervención de las conquistas del Nuevo Mundo, y, más aun, desde que se fundó la Congregación de *Propaganda Fide*, hase abierto en la Iglesia tal venero de copiosísimos escritos pontificio o teológico-misionales, que no podremos en este lugar sino nombrar tan sólo los Sumos Pontífices que más han insistido en esta obligación de la Iglesia, como Urbano VIII, Inocencio X, Alejandro VII, Clemente IX y X, Inocencio XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Clemente XIII y XIV, Píos VI y VII, León XII, Pío VIII, y, últimamente, Pío IX, León XIII, Pío X y el Pontífice felizmente reinante. El derecho pontificio universal, basado, expresamente, en el «*Mandatum*», así lo llama Pío IX, de Jesucristo, es sin controversia una de las páginas más consoladoras y una de las manifestaciones íntimas más vitales de la historia moderna de la Iglesia. Todo arranca en este punto de la obligación doble que apremia ineludible e igualmente a la Iglesia; primero, de la obligación de su obra *ad extra*, de asimilar e ingertar en Cristo todos los pueblos cristianizándolos; y segundo, de la obligación de su obra *ad*

intra; de mantener, organizar y perfeccionar lo ya cristianizado.

No queremos al llegar a esta parte privaros de la bella y contundente exposición, en la que el autor «*De Vocatione omnium gentium*», libro compuesto a mediados del siglo V, recalca, razona y resume esta idea de la obligación que pesa sobre la Iglesia de mirar por la salvación de todas las naciones. «*Proinde vigilanter consideremus praedicatoribus Evangelii, quid a Domino jubeatur. Secundum Matthaeum quippe sic ait: Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra; euntes ergo docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti, docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.* (Matth. 28, 18). *Secundum Marcum vero eisdem apostolis ita dicitur: Ite in orbem universum et praedicate Evangelium universae creaturae, et qui crediderit et baptizatus fuerit, ipse salvus fiet; qui vero non crediderit damnabitur* (Marc. 16, 15). *Numquid in hac praeceptione ullarum nationum, ullorumve hominum facta discreptio est? Neminem merito excepit, neminem genere separavit, neminem conditione distinxit. Ad omnes prorsus homines missum est Evangelium crucis Christi Et ne praedicatorum ministeria humano tantum viderentur opere peragenda: Ecce ego, inquit, vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi*».

3.º *Su sistema.* Recordad las palabras por las que, según San Juan, Cristo transfirió sus poderes a la

Iglesia; profundizad en este compendioso párrafo anónimo que acabáis de oír del libro «*De Vocatione omnium gentium*», párrafo, a la verdad, que parece por su fin y estructura arrancado de un tratado moderno de misiones; y echaréis de ver sin dificultad que el sistema de divulgación de la Iglesia misionera, no es otro que el de la misión de enviados y anunciadores y pregoneros de la fe; misión delegada si consideramos en relación con Jesucristo, pero, revestida de verdadera autoridad, si estriba en la legítima sucesión del Apostolado.

Es inútil internarnos ahora en intrincadas indagaciones filológicas e históricas sobre los componentes y la evolución usual de la palabra *apóstol*, porque no creemos haya en nuestros días nadie, que intente adjudicar a los misioneros post-apostólicos todos los elementos que San Pablo probó recaían sobre su persona, para poder llamarse, estrictamente, Apóstol de Jesucristo; logrando así defenderse de la cruda guerra con que emisarios o pseudo-apóstoles de Corinto, Antioquía y Galacia, maquinaban desautorizar su predicación. Ser, primero, legítimos sucesores del Apostolado en la autoridad; y como tales ser, después, depositarios y anunciadores de la misma predicación apostólica en su misión respecto del Gentilismo, no es otra cosa lo que constituye el sistema ordinario misional de la Iglesia misionera.

San Pablo nos desarrolla a grandes rasgos estos dos factores del único sistema fundamental misionero

cristiano en el capítulo X de su célebre Epístola a los Romanos.

Su rápida exposición y valiente lógica han hecho de esos versículos ⁽¹⁾ una de las páginas de más trabazón y movimiento oratorio del Apóstol. Establecida por el Apóstol la absoluta necesidad de asentir interiormente y confesar, después, exteriormente la fe de Jesucristo, continúa en su labor de asentar y fijar las bases misionales de la predicación cristiana, que aplicadas enseguida a la inexcusable conducta del pueblo judío ante los predicadores de Cristo, le hacen reo de la más ciega responsabilidad.

He aquí el proceso del sistema misional según el gran Apóstol: *«Porque es necesario creer de corazón para justificarse y confesar la fe con las palabras para salvarse; por esto dice la Escritura: Cuantos creen en El no serán confundidos: puesto que no hay distinción de judío y de gentil, por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan: pues todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvó. Mas ¿cómo le han de invocar si no creen en El? O ¿cómo creerán en El si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si nadie les envía? según aquello que está escrito ¡Qué feliz es la llegada de los que anuncian la paz, de los que anuncian prosperidades! Así*

(1) Rom. 10, 10-18.

que la fe proviene de oír, pero el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo».

¿Dónde radica todo este sistema misional? En cuatro verdades, como sobre cuatro columnas incommovibles. Primero, *en el fin de la humanidad*; en la voluntad de Dios que quiere que todos sin distinción de pueblos, judíos y gentiles, se salven: segundo, *en una necesidad imbuesta* por Dios del único modo de poder salvarse en la actual providencia; según la cual tienen todos que acudir a Jesucristo para poder lograr su fin: tercero, *en el medio de una predicación* conducente al conocimiento de Jesucristo; porque no hay invocación cuando no precede el conocimiento, ni hay, de ley ordinaria, conocimiento, si nadie nos lo manifiesta: cuarto, *en una garantía divina* sobre la auténtica legitimidad de esa predicación; que no es otra, a su vez, que la participación cierta de la misión de Jesucristo: *«quomodo enim praedicabunt nisi mittantur?»*

De solo la simple lectura de estas cuatro verdades se desprende: por parte de Dios (toda vez que El deroga el fin meramente natural del hombre), una especie de compromiso que El mismo adquiere respecto de los hombres, por el que ha de proporcionarles medios adecuados para que consigan el fin sobrenatural que El les ha prefijado; por parte de la Iglesia, ya que ella es la encargada por Jesucristo de facilitarle esos medios a la humanidad de suyo impotente, una obligación de enviar misioneros de Jesucristo a todos los confines del mundo; y por parte de la Gentilidad, el

deber de someter el entendimiento y la conducta, una vez oído el Evangelio, a las normas de fe y de costumbres que en nombre y como enviados de Jesucristo le intimen, autoritativamente, los enviados del Señor; que no es otro el valor significativo del original griego de aquella expresión; y ¿cómo oirán (se entiende con la obediencia que exige la Fe) *si no hay quien les enseñe pública y autoritativamente* lo que han de creer?

Vese, pues, que la simple pregunta hecha al Protestantismo de «*quís te misit?*», y su indecisión y zozobra para darla una contestación satisfactoria, muestran que a su proselitismo le falta, por lo menos, una condición esencial para poder identificar su modo de predicación con el sistema de la misión evangelizadora a que aludió Jesucristo cuando dijo «*como el Padre me envió a mí, así yo a mi vez os envío a vosotros*».

No trató San Pablo de los sistemas particulares y concretos de misiones, por los que se ha ido difundiendo la Iglesia a través de los siglos; ni obstar a la descripción de sus líneas generales, por otra parte siempre de actualidad, las varias modificaciones con que la extensión de la Iglesia se ha ido adaptando a las circunstancias en las que se desarrolla su vida exterior; ya se haya realizado esta a manera de verdadera expansión conquistadora, como se ve en casi todos los siglos; ya a modo del desarrollo de una proliferación celular, según aparece en algunos siglos primitivos de nuestra historia. El sistema general

paulino ha subsistido y subsistirá siempre mientras haya hombres y pueblos que convertir por la verdad.

4.º *Su garantía.* Hay un apologista moderno, Weis, para quien Laoconte, la obra maestra de Agesilao y sus dos hijos, es la expresión plástica más acabada del Paganismo culto. «*El dolor que se manifiesta en todos los músculos, los poderosos esfuerzos de aquel cuerpo noble y vigoroso, la impotencia a que los repliegues y espirales cada vez más numerosos le reducen, la vaga mirada que dirige al Cielo la víctima, todo, representa la vida y la historia de la antigüedad*». (1)

La repugnante figura de los ídolos chinos llenos de grosero sensualismo y los ridículos fetiches africanos, que más parecen objeto de desprecio que númenes protectores del hombre, son otros tantos simbolismos exactos de sus respectivas sociedades carnales y abyectas.

No así la Iglesia: Brilló un día para ella felicísimo; y un fenómeno en él verificado, pero jamás descrito antes en los anales del mundo, ha pasado a la posteridad como símbolo de su ser, de su vida y de su destino mundial, a través de todas las edades..

Ya días antes, tras los poderes confiados a ella con aquel: «*Como el Padre me envió a mí, así yo también os envió ahora a vosotros*», habíale predicho el Señor la garantía infalible de su éxito, comunicándo-

(1) Apología del Cristianismo IV, 27.

le el Espíritu Santo: «*accipite Spiritum Sanctum*». Pero aún restaba la precisión de algún detalle. En efecto; momentos antes de recibir el Colegio Apostólico la última bendición y el último adiós de su Divino Maestro en la cumbre del monte Tabor, viendo Jesús ante sus ojos, por un lado, toda la redondez de la tierra extendida a sus pies; y, por otro, a sus fieles amigos y discípulos postrados en tierra para oír sus últimas palabras, formuló en esta consoladora profecía «*Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta el cabo del mundo*», un hecho y una garantía: el hecho de su misión, y la garantía de sus triunfos, que, realizándose dentro de diez días, constituirían el acto de la proclamación solemne y oficial por parte de Dios, de la manifestación de la Iglesia misionera a los ojos atónitos de los habitantes de Jerusalén.

Pentecostés fué el primer día solemne de la manifestación de la Iglesia, como también el primer día y, tal vez, el mayor de la historia de las Misiones. De ahí su gran valor simbólico respetado desde la antigüedad. «*Unusquisque linguis omnibus loquebatur quia futura Ecclesia in omnibus linguis praenuntiabatur. Unus homo signum erat unitatis, omnes linguae in uno homine, omnes gentes in unitate*». Pentecostés es, según San Agustín, la antítesis alegórica de Babel: si de ésta arrancó la multitud de las lenguas y con las lenguas la multitud de los corazones e ideas religiosas espar-

cidas por todos los pueblos, todos esos corazones y todas esas lenguas vuelven a encontrarse refundidos por el fuego del Espíritu Santo en la unidad del Colegio Apostólico, en el cenáculo de Jerusalén.

Es verdad que una brillante nube arrebató, hace diez días, a Jesús de la mirada de los suyos; pero el éxito de su misión salvadora del mundo, estaba ya asegurado con la garantía de la asistencia del Espíritu Santo. Los tres períodos de la Iglesia joven, de emancipación del Judaísmo, de conquista del Paganismo, y de consolidación en su propio organismo, empezaron muy presto a ser una realidad; y ya desde este día no había de detener, jamás, la Iglesia su avance victorioso por el campo de la historia.

¿Qué fuerza misteriosa y principio de vida la anima, la afianza y le da el ascensional progreso de su expansibilidad? La misma que hace, que los vivientes vegeten, crezcan, se desarrollen y se reproduzcan: el alma.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, escribe San Agustín. El hace que crezcan y se desarrollen sus miembros. El es la luz y la dirección en la Jerarquía, como la fuerza de asimilación en las Misiones. El produce, modera, dirige, encauza y armoniza en admirable unidad todas las energías de la Iglesia, ora en sus relaciones con sus conquistas de fuera, es decir, de la Iglesia en formación o sea de la Iglesia misionera; ora en sus relaciones con la perfección interior del organismo ya formado, es decir, de la Iglesia constituida:

«*omnia membra vegetat... vitam dat omnibus, officia singulis...*» «*In aliis sanctis facit miracula, in aliis sanctis loquitur veritatem, in aliis sanctis facit miracula, in aliis sanctis custodit virginitatem... singuli propria operantur, sed pariter vivunt...*» Por eso, como en la Iglesia jamás faltarán ni la santidad, ni la integridad de la fe, ni la ciencia cristiana, ni el orden jerárquico, ni los efectos de los sacramentos, porque todo esto proviene de la influencia del único principio vital, siempre igual y siempre infinitamente vivificante y activo, el Espíritu Santo «*Quod est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus corpori Christi, quod est Ecclesia;*⁽¹⁾ del mismo modo la ha fecundado también, con una virtud asimilatriz y regenerativa indefinida, por la que podrá extenderse por todo el mundo y durar hasta la consumación de los siglos.

«*Intravit, impleti sunt, fudit... Bulliebat mustum et musto bulliente, linguae gentium profluebant*». No indagemos pues más en las últimas causas de la fuerza de expansión de la Iglesia.

Ahora, del mismo modo que el alma, por única que sea, en cada organismo ve por los ojos, oye por los oídos, habla por la lengua, trabaja por las manos; y no oye por los ojos ni por la cabeza ni oye por las manos y los pies; así el Espíritu Santo, aunque sea único principio vital por el que vive y palpita toda la Iglesia, y aunque toda esta se concentre en el Pa-

(1) Serm. 267.

pado; con todo, ejerce su influencia por muy distinta manera en la Iglesia Constituida y en la Iglesia Misionera, toda vez que sus fines inmediatos son diversos, verificándose, también en esto, aquello de «*officia diversa sunt, vita communis*» de San Agustín.

Toda ley orgánica e inorgánica debe considerarse como un móvil que hace busquen los seres su respectivo fin. Esto supuesto, como ese gran organismo de la Iglesia católica tiene como dos fines subordinados a otro único superior, el de atraer hacia sí a los pueblos para transformarlos en sí, y, hecho esto, el de perfeccionarlos según la imagen de Jesucristo; el Espíritu Santo para entrambos fines respectivamente, ha dotado a la Iglesia con dos leyes orgánicas: con la fuerza de expansión y cristianización para lo primero, y con la fuerza de justificación y perfección para lo segundo. A este fin no la bastaba una mera asistencia externa especial de la Providencia de Dios: había de ser una fuerza vital, conforme a las exigencias del organismo; y una fuerza que tuviera su origen en la eficacia infinita de amor y de unificación del Espíritu Santo. La catolicidad de derecho, por consiguiente, tal como la llevamos antes expuesta, he ahí la garantía que buscamos: como la catolicidad de hecho será su infalible resultado.

El Espíritu Santo es el lazo de unión por amor del Padre y del Hijo; el mismo Espíritu Santo sería el vínculo de caridad entre Jesucristo y la Iglesia. Por eso, Amor personal El mismo, caracterizó esa fecun-

didad expansiva de la Esposa de Jesucristo con el fuego de la caridad devoradora de un amor divinizante, regible sólo bajo las leyes de la mayor atracción, mayor armonía y adaptabilidad, que nunca se han visto en organismo creado. ¿Quién podrá cortar las corrientes de savia regeneradora, que brotan de esa infinita fuente de caridad, de amor y de fecundidad inexhausta?

5.º *Sus triunfos.* Tras estos poderes regularizados y servidos por un sistema de predicación, garantizado, a su vez, con una especial y fecunda asistencia del Espíritu Santo, era de todo punto imposible no rompiese el misterioso grano de mostaza en tallo, en tronco y en árbol de copiosísimos frutos. «*La Iglesia, escribe en su Carta-Magna Benedicto XV, siempre ha de llevar entrañada en su propio ser el espíritu de Dios rebosante de vida y fecundidad: ni es posible, que el celo de tantos varones que han fertilizado y aún fecundan con sus sudores de apóstol las tierras por conquistar, carezca de su espontáneo fruto*». ⁽¹⁾ En efecto: «*desde el momento en que los Apóstoles salieron y predicaron por todas partes la palabra divina, no sin lograr que la voz de su predicación repercutiese en todas las naciones, aun las más remotas; ya en adelante, jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes, mensajeros de la doctrina por Dios revelada, y dispensadores de la salvación eterna, merecida y lograda por Cristo para el género humano.*» ⁽²⁾

(1) Acta Apost. Sed. 1919, pág. 455.

(2) Ibid. pág. 440.

Tres grandes y sublimes triunfos vinculó Nuestro Señor a estas obligaciones tan apremiantes de la Iglesia; a estos poderes semidivinos; a este sistema de progresivo crecimiento vital por medio de la predicación de sus evangelizadores; y a esta garantía de su perenne fecundidad exterior, llena y rebosante de fuerza asimilatriz y conquistadora.

El triunfo de una dilatación histórica universalista, rápida y mundial entre encarnizadas persecuciones cuando todo rebosaba en sangre cristiana, ⁽¹⁾ que es el *asombro de la Historia*: el triunfo, de mostrar en su frente, ya desde su cuna y ostensiblemente, merced a esa misma humanamente inexplicable propagación, el sello de la divinidad, ⁽²⁾ que es el *asombro de la Filosofía*, ante la entrada rápida y victoriosa del elemento sobrenatural en la reconstitución del hombre y la sociedad degenerados: y el triunfo, por último, de una gran profecía real histórico teológica—y he aquí el *asombro de la Filosofía de la Historia*—de que esa Iglesia, en virtud de su fin, que es eterno mientras haya pueblos que salvar; en virtud de su fuerza y principio

(1) Ibid. pág. 440.

(2) «Ad solam enim catholicam Ecclesiam ea pertinent omnia, quae ad evidentem fidei christianae credibilitatem tam multa et tam mira divinitus sunt disposita. Quin etiam, Ecclesia per se ipsa, ob suam admirabilem propagationem..... inexhaustam in omnibus bonis foecunditatem..... magnum quoddam et perpetuum est motivum credibilitatis et divinae suae legationis testimonium irrefragabile. Quo fit, ut ipsa, veluti signum levatum in nationes (Is. XI, 12) et ad se invitet qui nondum crediderunt, et filios suos certiores faciat firmissimò niti fundamento fidem, quam profitentur». Conc. Vat. Sess. 3 cap. 3:

regenerativo, que por ser divino y absolutamente necesario es sin límites, sin exenciones, y sin más trabas que las que le puede oponer la pobre libertad humana; en virtud de su tendencia innata, como Esposa que es de Jesucristo a transformar todo el mundo en otro Cristo estampándole el sello de su Esposo; tendencia que podrá, sí, sentir cómo manos traidoras la detienen violentamente el curso fecundante de su savia vital, pero que más tarde o más temprano, vigorosa siempre y nunca exhausta, cumplirá, al fin, por medio de las Misiones con su perenne destino de ser en el trascurso de los siglos en Cristo y por Cristo la «*recapitulación de todas las cosas*» ⁽¹⁾ en el mismo Jesucristo. Esta victoria de Jesucristo y su Iglesia, es la única explicación verdadera de los tres estados de la Humanidad santificada; del estado de Naturaleza; del estado de Ley; y del estado de Gracia. «*Sancti ante legem, sancti sub lege, sancti sub gratia*», escribe a este propósito profundamente San Gregorio Magno ⁽²⁾ apropiándose una de las fórmulas cristológicas más geniales de San Agustín, ⁽³⁾ «*perficientes Corpus Christi, in membris sunt Ecclesiae constituti*». Pues, como no menos admirablemente se expresa San Cirilo de Jerusalén, al desarrollar en sus Catequesis el concepto católico de la Iglesia absoluta y universal; no fué, ni es Esta otra

(1) Ad Eph. 1, 10.

(2) Epist. 1, V. XIII epist. XVIII.

(3) In Ioan. Tract. 45 n. 9. Enar. in Ps. 36 n. 4 De Civitate dei, L. XVI cap. 9 y 10. L. XVII cap. 1

cosa que, la reunión de hombres a la que todos son llamados, y en la que todos constituyen un solo Cuerpo sobrenatural. «*Ecclesia vero (seu convocatio) aptissimo vocabulo appellatur, quod omnes convocet et in unum cogat*». ⁽¹⁾ *Convocación*, pues, y una convocación hacia Jesús, realizada por todas las naciones judía y paganas; y *Unión*, y una unión, efectuada de *todas* ellas en Cristo Jesús; ved ahí el gran *triunfo* resultante de la Iglesia Católica Misionera. Sus mismos nombres de *Iglesia* (o sea convocación) y *Católica* (o sea universal) nos lo declaran.

Ante esta Obra, sublime bajo todos sus aspectos; hundida la frente en tierra, queda él alma completamente anonadada, como ante la aparición real de un destello vivísimo de la misma divinidad. Tal es en conjunto la Iglesia de las Misiones; ¡Iglesia dulcísima! ¡Iglesia bienhadada, en la que derramó Jesús a torrentes todos los tesoros de su hermosura y fecundidad espiritual!

Antes de cerrar esta parte teológica, que debe ser considerada como el alma de la ciencia de las Misiones; mirémosla, llenos de cariño y admiración, desde la cumbre de sus triunfos, como a la Reina de los Cantares.

Pensamiento es delicadísimo de aquel gran Santo no menos estético que teólogo, para el que siempre estuvieron abiertos, lo mismo el mundo de los resplan-

(1) Cathech XVIII cap. 24.

dores de la Belleza Increada, como el mundo de los reflejos de la belleza finita; el considerar a esta Iglesia, como la Luz pregonera y esplendorosa, en la que ha querido envolverse Jesucristo, para así estar patente a las miradas de todos los siglos. «*Ipsa est vestis ejus..... ut indueret se sicut vestimentum, lucem, Ecclesiam!*»⁽¹⁾ Clarificación recíproca; pues como escribe obsesionado el mismo Padre a la vista de tan divino y hechicero cuadro de luz; parece que Dios infinito Artista, poniendo por modelo la hermosura de Jesucristo, iba trasladándola matiz por matiz, tono por tono, trazo por trazo y línea por línea a su perfectísima copia «La Iglesia», agotando todos los infinitos colores de su riquísima paleta.

Y así; ahora, a causa de la claridad de la Iglesia Esposa, única copia fiel de Cristo que ha quedado en el mundo, conocemos a su Esposo Jesucristo; pero ya de antes por razón de su ejemplaridad «*Ab sponso cognoscimus sponsam*». «*Dic, Domine Jesu, dic, sancte sponse, instrue nos de Corpore tuo, de Sponsa tua, de dilecta tua, de columba tua, quam dotasti sanguine tuo.*»⁽²⁾

Nunca queramos separar en nuestro estudio y en nuestro corazón a estos dos amantísimos Esposos, clama con endiosado afecto el Doctor de la Catolicidad. Esta doble sublime misión que acabamos de estudiar; del Padre enviando a Jesucristo, y de Jesucristo enviando a sus Apóstoles para formar su

(1) S. Agust. Enar. in ps. 103.

(2) Serm. 182.

Esposa la Iglesia, entrañan mutuas glorificaciones de tan altísimo sentido teológico e histórico a la vez, que pues con su realización selló Dios la obra de la Redención universal, con ella queremos, también, Nos sellar nuestra exposición de la Iglesia Misionera.

El Padre clarificó al Hijo en su divinidad engendrándole, y en su humanidad ensalzándole sobre todas las criaturas: El Hijo, por su parte, clarificó también a su Padre, en la divinidad siendo el Esplendor e Imagen Substantial de su gloria y figura acabadísima de su sustancia, y en la humanidad, hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.

Pero Jesús no tenía sus amores solo puestos en su Padre: «*dilxit Ecclesiam*» ⁽¹⁾ amó a la Iglesia; y, basada en este nuevo amor, originase en El otra nueva relación de mutuas clarificaciones entre los dos, El y su Iglesia: porque si el Hijo en virtud de ese amor de Esposo divino, clarificó a su Esposa la Iglesia redimiéndola, santificándola, enriqueciéndola con los más preciosos tesoros internos y externos de sus riquezas divinas: la Iglesia a su vez, clarificaría a Jesús, por una parte, con ser ella misma a los ojos de la incredulidad, retrato y copia clarísima e inconfundible de su divinidad, oscurecida en la cruz; y por otra con estampar en todos los pueblos, y todas las razas, hasta en los últimos confines del mundo, la imagen de su Esposo, que la humanidad pecadora había intentado

(1) Ephes. 6, 25.

borrar con sangre divina en el mismo patíbulo de la cruz.

Sólo a la vista de este panorama inabarcable de la Redención en sus mutuos respectos, del Padre enviando al Hijo, y del Hijo enviando a los Apóstoles para renovar toda la haz de la tierra: y como efecto de esta misión, del Hijo que forma a la Iglesia en lo más recóndito de su corazón infinitamente amante, y de la Iglesia, que corresponde con todo el fuego de su corazón de Esposa divinizada, a las infinitas muestras de amor de su Divino Esposo; se comprende en todo su alcance la naturaleza del oficio del misionero.

Porque, si Cristo es siempre la única *cabeza* ⁽¹⁾ de la Iglesia, por el misionero crece en cambio más cada día el Cuerpo místico de esta, que es el eterno amor de Jesucristo; si Cristo es siempre el único *fundamento*, ⁽²⁾ el misionero, hace que se amplíe, dilate y suba más cada día sobre él, el magnífico edificio de su Iglesia, embeleso de los eternos amores de ese mismo Jesucristo: si Cristo es la misma *semilla* ⁽³⁾ de vida, del misionero depende en parte la germinación, desarrollo y fructificación del árbol de la Iglesia, en el que tiene Jesús fijas todas las delicias de su corazón; si Cristo es siempre el único *primogénito* ⁽⁴⁾ entre todos los hermanos, al misionero se debe, que se multiplique cada

(1) I. Cor 12, 27.

(2) I Cor 3, 11.

(3) Joan. 13, 23; 15, 5.

(4) Rom. 17, 28. Heb. 11. 10.

día más el número y el amor de sus hermanos, gracias al celo con que trabaja por la dilatación de esa gran Familia de la caridad y del amor, que constituye el único centro del cariño de Jesús; si Cristo es siempre el único *Adán nuevo*, el *Esposo único* de la regeneración cristiana, el misionero hará que cada día aparezca con más hermosura y fecundidad a sus divinos ojos, la Eva nueva, la Esposa única de la misma regeneración cristiana, por cuya belleza y dilatación por el mundo, se ofreció el mismo Jesucristo a la muerte más ignominiosa; Cristo es la *Luz* clarificadora, mas sólo por la predicación de los misioneros que difunden el Cristianismo, se llena la tierra de sus fulgores, ya que los haces de esta luz divina solo reverberan y se reflejan en el límpido cristal de la purísima frente de la Iglesia, sellada con la inmaculada virginidad de su doctrina.

Delicadeza y excelencia sumas las del oficio del misionero: en sus manos ha depositado Jesucristo lo más precioso de su amor, los intereses de su Iglesia; intereses, que solo suelen confiarse a la intimidad más grande y a la fidelidad más íntegra y probada. De ahí el papel que juegan el amor y la amistad en la formación del Apóstol católico. Por eso, también, «*Sponsus profecturus, Sponsam suam amicis suis commendavit*». Tales son la Iglesia misionera y el misionero católico.

PARTE SEGUNDA

FASES DE LA IGLESIA MISIONERA.

Esbozados, siquiera por vía de ensayo teológico misional, los contornos más acentuados de la Iglesia misionera; al pasar después la mirada de la especulación a la práctica, de la teología a la historia, hieren ante todo los ojos del investigador dos fases, interesantes por demás y bien definidas, de la Iglesia misionera, con las que aparece íntimamente relacionado todo el desarrollo ulterior, vivido y palpitante de la historia eclesiástica.

I

La Iglesia misionera doctrinal.

Porque a la verdad; Nos, Consacerdotes Queridísimos, en el estudio graduado de la exuberante e inexhaustible vitalidad, y de los poderes y triunfos de este organismo, que aun sólo históricamente considerado, es según confesión del príncipe de los protestantes-racionalistas Harnak «el edificio más armónico que ha producido la historia, como que a su construcción han concurrido todas las fuerzas del alma y de la so-

ciudad humana»; creemos divisar claramente dos grandes focos: de luz el uno y de vida el otro; focos, que si tienen un origen céntrico común, la Sede de Pedro, en cambio sus derivaciones y fuerza de acción han actuado, las del primero en el orden especulativo-práctico de la ciencia católica, creando y orientando un criterio práctico certero en toda la Iglesia; y las del segundo en la esfera histórica del apostolado palpitante y vigoroso de la Iglesia. Y he aquí, el punto, si no más fundamental y profundo, sí tal vez, uno de los más luminosos e instructivos; objeto de las preferencias de los modernos historiadores y teólogos: «la Iglesia misionera doctrinal». Su conocimiento trasciende la apología y el dogma, y pasa a ser uno de los factores históricos más valiosos por su aptitud, para expresar la conciencia misionera de la comunidad cristiana.

No es nuestro fin, abarcar bajo este título, todas las literaturas patrística, apologética, escolástica y canónica de las Misiones; tarea además de ímproba, muy sobre nuestras fuerzas, y extraña a nuestro propósito de presentar tan solo un cuadro misional de conjunto: sino supuesto lo que insinúa Schanz, que la historia primitiva del Cristianismo, es la que mejor retrata la idea del nacimiento, evolución vital y perfección progresiva, no solo de la formación y del hecho del organismo, mas aun de su verdadera causa, cual lo fué el maravilloso principio vital, obrador de ese sorprendente fenómeno en los anales del mundo, —asom-



bro como llevamos dicho de la historia, de la razón y aun de la filosofía de la historia;— deseamos tan solo apuntaros como con el dedo, esos dos focos de luz y de vida; allí, en la cuna misma del Cristianismo; antes de que entren como factores en la influencia de la conversión del mundo gentil, por justificados y santos que sean, otros elementos no concernientes inmediatamente a la obra de esta vitalidad *ad extra* de la Iglesia, que venimos describiendo.

Es verdad, que con el edicto de Milán se abrió a la Iglesia un campo de acción extraordinariamente fecundo y dilatado, cuyo fruto fué la entrada triunfal de la Iglesia en el corazón de la sociedad romana; mas en esta expansión gigantesca de la Iglesia, creen ver nuestros escrupulosos adversarios, móviles y egoismos ajenos a la vitalidad interior de la Iglesia. Las conversiones de la Europa bárbara medioeval, por otra parte, debidas no poco a la intervención de monarcas poderosos, como a la de la princesa Eduvigis, Clodoveo, Otón, San Ladislao, San Esteban, Boleslao II, San Wenceslao, Porga, Magno el Bueno, los dos. Olaus I y II, Erico el Santo, Canuto el Grande y Carlo Magno asígnanse por nuestros enemigos a razones más de política, que de convicción religiosa popular.

Nos, con la historia en la mano, juzgamos que todos ellos no menos apostólicos que grandes príncipes, fueron realmente misioneros indirectos, pero benemeritísimos de la Iglesia. Mas al fin y al cabo, se dice, fueron monarcas exigentes; y repítese otro tanto, adulterando

los hechos, de las colonias misionadas por España, Francia y Portugal. Nos estamos conformes, en que todas esas obras regeneradoras de pueblos abyectos, son con todo, aun a pesar de algunas intromisiones extrañas a la catolicidad, no menos gloria de la Iglesia misionera que de sus católicos príncipes: y más aseguramos; que precisamente fueron gloria de los monarcas, porque lo eran de la Iglesia; la cual, merced a la fuerza de su vitalidad, no sólo no sucumbió envuelta en los escombros del imperio romano derruido, antes asimilándose poco a poco todos los pueblos bárbaros asoladores del imperio, logró echar las bases de la Europa civilizada y civilizadora que todos contemplamos.

Nos, en la seguridad de nuestra causa, prescindimos por ahora de todas estas épocas cuyos móviles se nos objetan injustamente; sólo queremos apelar al Cristianismo de los esclavos, de los ecúleos, del coliseo, del anfiteatro, de los incendios, de los despojos y de las catacumbas. Allí, en los primeros siglos, donde los escritores son mártires y los obispos esclavizados, pongamos nuestros ojos en el Cristianismo, oprimido entre las mismas manos de hierro de los emperadores: y observaremos, que mientras éstos quieren, estrujando el corazón de la Iglesia, detener su divina y fecundante pulsación, sentimos en cambio nosotros, cómo late él con fuerza cada vez más irresistible, hasta que entre las sacrílegas y ferocísimas opresiones imperialistas, rompen sus venas en sangre; pero en sangre, que en el mismo suelo se convierte, en frase de Tertuliano, en

nuevo y más copioso germen de vitalidad cristiana. Pues bien: he ahí la época precisa de los dos focos que os queremos señalar. Época, que los mismos racionalistas han dado en llamar, la época del Cristianismo misionero. Históricamente no debían encontrarse en ella sino dificultades no sólo para la realización, antes aun para la sola pretensión del universalismo católico.

Pero ¡cosa extraña! Precisamente, esas dos verdades; la de la obligación que incumbe a la Iglesia de buscar a toda costa su universalización o catolicismo; y su correlativa, de haber ya cumplido esa obligación, al menos con su propagación parcial en todo el mundo entonces conocido, son como los dos ejes sobre los que giran gran parte de las Apologías y tratados dogmático-morales correspondientes a esa época, en la que tanto manaban, lo que gráficamente llamó Tertuliano «*fontes persecutionum*», desde San Ignacio mártir, que fué el primero en lanzar como un reto al cisma y herejía, la palabra *católica*, hasta las «Demostraciones Evangélicas» de Eusebio de Cesarea; libros esencialmente universalistas y punto de unión de la Iglesia víctima, y de la Iglesia, Reina de los emperadores.

Alrededor de esos dos ejes del universalismo católico, a saber; del poder y deber buscar la extensión el uno, «*catholicitas juris*»; y del cumplimiento de la verificación histórica de ese mismo poder y deber el otro, «*catholicitas facti*»; ejes a los que corresponden respectivamente; al primero, el gran problema teológico *de la salud de todos los infieles*, problema siempre insi-

nuado, pero planteado por fin científicamente en el siglo V en los dos libros encabezados con ese mismo título; y al segundo, el problema histórico no menos importante *de la difusión del Cristianismo*, tan claramente observado y previsto por casi todos los Padres de la primitiva Iglesia; vese formar y definir en los orígenes mismos del Cristianismo, como ambiente en que se desarrolla toda la vida cristiana, un doble criterio especulativo-práctico, cada vez más claro y definitivo, sobre la formulación de la naturaleza y característica distinción de la Iglesia «*Christianus mihi nomen est, catholicus vero cognomen*», ⁽¹⁾ que, manejada como por un especialista por S. Optato; de sello ya inconfundible de la Iglesia, pasará a convertirse en fallo judicial constante e inapelable, contra las pretensiones de todas las sectas disidentes.

Fruto inapreciable de la conciencia cristiana, cuyo germen le hallamos ya en los cuatro Evangelios y en las Epístolas Canónicas: y huelga aducir aquí ulteriores documentos, pues los hemos ya expuesto en las precedentes páginas. Sólo intentamos ahora, mostraros rápidamente, cómo sobre esos dos conceptos capitales, como sobre dos ejes combinados, ha girado siempre en la Iglesia, el potentísimo foco de luz, del pensamiento adecuado misionero-doctrinal.

Es innegable, que en la escasa literatura primitiva de la Iglesia, que ha logrado salvar el olvido, no se

(1) San Paciano Epíst. I ad Sympronianum.

hallan sistematizadas en concreto las diversas tonalidades y modificaciones progresivas del pensamiento católico en este punto; pero en nuestro caso, como en otros, no faltan con intermitencias periódicas ráfagas de luz, que hacen al observador el efecto de las lentes proyectoras de nuestros faros, que a breves intervalos siembran de luz las negruras del horizonte lejano.

En los primeros siglos estaba ya sembrada toda la semilla doctrinal misionera; y las edades posteriores al choque de ideas opuestas, sólo habían de dar calor y presentar circunstancias más propicias, para que aquellas desarrollaran y exteriorizaran los elementos latentes de su vitalidad interior.

Por poco que revolvamos algunos materiales de la primitiva Iglesia desperdigados acá y allá, pronto tropezamos con datos y noticias de gran interés, cuya justaposición, entrelazamiento y ulterior evolución darán origen a los trozos mayores de Orígenes, San Cipriano, San Optato, Eusebio de Cesarea, San Agustín y del autor de «*Vocatione Gentium*».

Y en primer lugar, la descripción del misionero primitivo, nos la conservó trazada con cariñosos rasgos Eusebio de Cesarea en dos pasajes casi idénticos de su *Historia Eclesiástica*. «Fuera de estos (escribe en el cap. 37, lib. III) florecían en la misma época (alrededor del año 110), otros muchos varones, representantes los más insignes de la sucesión de los Apóstoles. Quienes como admirables y verdaderamente ce-

lestiales discípulos que eran de tales predecesores, construyeron nuevos edificios de la Iglesia sobre los fundamentos que ya habían echado los Apóstoles, promoviendo cada vez con más afán la predicación del Evangelio, y esparciendo dilatadamente por toda la redondez de la tierra, la saludable semilla del Reino celestial. Pues es un hecho, que la mayoría de los discípulos apostólicos de aquellos tiempos, cuyos corazones había el Verbo divino encendido con las ansias más vivas de la perfección, conformes en un todo con el consejo de Nuestro Salvador, habían distribuído sus bienes entre los pobres: y así (sin otros estorbos) y abandonando su patria, internáronse en lejanísimas tierras haciendo el oficio de misioneros (pregoneros de la buena nueva), no sin esforzarse cada cual, cuanto podía, por predicar a Jesucristo e instruir en los libros Evangélicos a gentes aún desconocedoras de la Fe. Estos, establecido una vez el fundamento de la Fe en pueblos lejanísimos y bárbaros, ponían al frente de estos nuevos planteles del Señor, Pastores que los cuidasen; mientras ellos, en posesión de la gracia y las señales de lo alto, se lanzaban a la conversión de nuevos pueblos y naciones.

El celeberrimo Panteno padre de la Escuela de Alejandría y San Mar, Apóstol de Asiria, Babilonia y Persia, fueron dos de estos incomparables misioneros, cuyo número da a entender el gran Padre de la Historia cristiana con las significativas palabras de «*complures*» et «*plerique*». La distinción sucesiva de

los misionerós ambulantes en la época de los dos primeros siglos; primero en Apóstoles, después en conmitones de los Apóstoles, evangelistas, etc., y, por último, en «*viri apostolici*» (de estos trata el fragmento aducido) es una verdad histórica innegable.

Según el mismo autor, todos ellos anunciaban la misma regla de Fe y de conducta: que poco a poco habría de ir cristalizando en los formularios completos, de los símbolos clásicos de la Iglesia oriental y occidental.

Ya antes la «*Didaje*», primer libro, o mejor, el primer compendio catequístico de la literatura eclesiástica, nos había descrito el oficio, las cualidades y la catequesis de los primeros misioneros ambulantes post-apostólicos: y el mismo universalismo de la oración y del sacrificio de la comunidad cristiana, tal como aparece en sus sencillas páginas, son de un fulgor suave, que hacen entrever los catecumenados y primeros pasos de una Religión universalista naciente; al paso que se siente cómo San Justino, San Ireneo, Orígenes y Tertuliano gozan en contemplar el mapa contemporáneo del hecho mismo de la catolización. Las enumeraciones de los pueblos entonces conocidos fluyen con placer a sus plumas; y el recuerdo frutivo de la «*gran hermandad cristiana*» esparcida por toda la tierra que obsesiona al Santo venerable antes de su martirio según el gusto de aquella gran familia, es una de las notas más simpáticas de la muerte del discípulo de San Juan, San Policarpo.

El fruto positivo de la predicación apostólica y misionera, efectuada en todo el mundo entonces conocido bajo distintas formas; ora en la de la multiplicación de las Iglesias, siguiendo la vida de las grandes vías romanas; ora en la del apostolado misionero y proselitista; nos lo prueban de consuno, testimonios de San Clemente Romano, San Ignacio Mártir, La Dídaje, las Clementinas, El Pastor de Hermas, San Justino, Celso en Orígenes, Papilo, Tácito, Plinio, San Ireneo, Polícrates, San Clemente de Alejandría, Orígenes, Tertuliano, Cecilio, San Luciano Mártir, San Cipriano, Lactancio y Eusebio de Cesarea.

Un párrafo de Tertuliano nos puede dar la impresión del conjunto de tan rápida expansión:

«Cui enim, et aliae gentes crediderunt? Parthi, Medi, Elamitae, et qui inhabitant Mesopotamiam, Armeniam, Phrygiam, Cappadociam, et incolentes Pontum, et Asiam, et Pamphyliam; immorantes Aegyptum, et regionem Africae quae est trans Cyrenem inhabitantes, Romani et incolae; tunc et in Hierusalem Judaei, et caeterae gentes; ut jam Getulorum varietates, et Mauro-rum multi fines, Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversae nationes, et Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita, et Sarmatarum, et Dacorum, et Germanorum, et Scytharum, et additarum multarum gentium, et provinciarum et insularum multarum nobis ignotarum, et quae enumerare minus possumus? In quibus omnibus locis Christi nomen, qui jam venit, regnat».

Como no podía menos de acontecer, el hecho de esta catolicidad, tenía que herir vivamente la fe y el corazón de los primeros cristianos: y en efecto, las profecías del reino universal mesiánico, el mandato universalista de la evangelización, promulgado en la partida de Jesucristo, y la historia de la expansión religiosa contemporánea, hicieron que algunos Padres de más talento y reflexión, reconcentraran en sus escritos, como en lentes convergentes para utilidad de los fieles, los distintos haces de luz, que partiendo de escritores más antiguos, habían quedado hasta entonces aislados y sin un foco de concentración luminosa. Orígenes, el encauzador de nuevas orientaciones científicas, fué el primer Padre, aunque con su difusión habitual, que dejó a la posteridad un copiosísimo reguero de luz misional, que hoy mismo, teólogos católicos e historiadores racionalistas se apresuran a explotarlo en sus estudios teológico-misionales.

A cuatro pueden reducirse los principales puntos de vista, bajo cuyo respecto, propone el célebre Maestro alejandrino las relaciones del Paganismo con Jesucristo: por parte del mundo, una necesidad tan grande y dilatada como la misma humanidad. «*In Adam omnes morimur atque ita corruiit orbis terrarum, et indiget erectione, ut in Christo omnes vivificemur*». ⁽¹⁾ Aquí, como se ve, en esta ruina mundial, tenemos un solo mediador, Jesucristo: pues bien; el Eterno Padre, por su parte, nos

(1) In Jerem. Hom. VIII.

ofrece ese divino y único posible mediador. «*Videns enim Deus Pater, salutem gentium per ipsum solum posse constare, dicit ad eum: Postula a me et dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae*». ¿Pero aceptará Jesús esa oferta y misión de su Padre? «*Noster autem Dominus Jesus, ipse vere cepit omnem terram, in eo quod ex omni terra atque ex omnibus nationibus ad eum concurrunt credentium multitudo*.⁽¹⁾ Se imponía, pues, la obligación a la Iglesia de que a una con Jesucristo «*ex toto orbe atrahat homines ad salutem*».

Todo respira en Orígenes un universalismo amplio y consolador: pero no paró aquí su ideología misional. Y si Clemente de Alejandría, su maestro, se había lucido, no menos que en exhortar a los gentiles con atractiva elocuencia a que entrasen en la Iglesia, en presentar ante los ojos asombrados del Helenismo culto, hasta ahora mofador del Cristianismo, la magnífica y ordenada *tapicería* del dogma cristiano sistematizado: Orígenes, no contento con la obra de su predecesor en su lucha científica con el Paganismo erudito, dejará ya zanjadas para los Padres posteriores, las tres grandes cuestiones: de la responsabilidad del Paganismo de su estado de abyección: de la imposibilidad de la más alta cultura humana, para conducir, ella sola, al sabio a la verdadera virtud y fin del hombre: y del influjo eficaz y constantemente purificador, que ha de ejercer el Cris-

(1) In Lib. Jes. Na. Hom. XV.

tianismo, no ya solo sobre la moral, sino aun sobre la cultura del mundo. La misma obra trasformadora de Cristo sobre el Paganismo rural abyecto, y sobre el Paganismo presumido de los filósofos; al contacto de su mente, como si atravesase un prisma, descompónese en una de las colorizaciones más simpáticas de la literatura cristiana.

San Cipriano, más manual y menos científico y sublime en sus concepciones, nos legó, en cambio, reunidas en manojos escriturarios y compendiadas con latina y práctica sobriedad, las causas y los títulos del Reinado universal de Jesucristo sobre el mundo. El libro II de «Testimoniis», dado el sesgo con que en él se presenta el Reinado de Cristo, podría pasar por un ensayo, aunque incompleto e inconsciente, de teología misional. Con todo, no es esa la característica de San Cipriano.

Encuétrase en su libro «de Catholicae Ecclesiae unitate» un trozo magistral, que a Nuestro juicio, es el mejor autorretrato del espíritu de la teología eclesiológica del gran mártir africano: allí, en aquellas cortas líneas se ve la Iglesia, tal cual la llevaba él esculpida y palpitante en su corazón. ¿Queréis ver su extensión? «*Ecclesia Domini luce per orbem totum radios suos porrigit*». Suponía el santo que esto no aquietaría a sus hijos. Anhelaban conocer en qué radica esa extensión mundial: la metáfora de la luz, tan indicada para explicar la amplitud y rapidez de la dilatación de la Iglesia, cambia en este punto, al orden orgánico, por-

que orgánica es en efecto, la razón de esa divulgación milagrosa. «*Ramos suos, in universam terram copia ubertatis extendit*»: aun con esta alegoría, quedaba sin explicarse, una de las cualidades más de las delicias del amante corazón del Primado cartaginés, y que a su vez, querría él grabar a cincel en el alma de los suyos. «*Mater foecunditatis successibus copiosa*». Ni con esto cree todavía haber expresado lo bastante: porque esa vitalidad maternal que nace, que se agita con irresistible empuje y se exterioriza en nuevos crecimientos del organismo cristiano ¿de dónde proceden? Son efecto y derivación de un espíritu divino, que único en el origen (*de unico fonte*) hinche el corazón de la Iglesia, y en la superabundancia de sus energías vitales, rompe los diques que se le oponen; y desbordándose no en estrechas venas, sino en torrentes de luz, savia y vida vivificantes y universalistas, fecunda y fertiliza toda la tierra, trasformando el mismo légamo de las sociedades paganas, en energías de nueva vida sobrenatural.

Como resultado de Nuestras impresiones *subjetivas* sobre la Iglesia misionera doctrinal; podemos asegurar que San Ireneo, Orígenes y San Cipriano producen en el estudio del concepto universalista de la Iglesia, dos efectos distintos: el primero común a los tres, que es el ya indicado; y el segundo, es el que singulariza la característica genial de cada uno de ellos. Los tres inculcan la idea y el hecho de la catolicidad mundial; los tres observan el mismo campo, pero su proceso teológico es distinto.

La mayor parte de los PP. toca en general ese punto, en relación con las profecías históricamente mesiánicas; como fenómeno histórico dignísimo de atención, e inexplicable históricamente si se tienen en cuenta solo los factores naturales de la evolución de los pueblos. Pero en Orígenes ese estudio, revistela particularidad de la relación del universalismo con la *santidad*: en aquella época de sistemas conciliadores filosófico-morales a la vez que de sincretismos religiosos los más contradictorios, pero todos ellos impotentes para dignificar la moral prostituída; presentaba el Catequista alejandrino una nueva Flosoffa, que a su avance victorioso por el mundo, reunía la circunstancia exclusiva suya, de elevar al más alto grado de Sabiduría celestial y práctica de la virtud, a los que quisieran pertenecer a ella. San Ireneo y San Cipriano, partiendo del mismo hecho, siguen otra trayectoria: mientras todo el afán del primero, es mostrar como con el dedo en el universalismo católico, las diversas ramificaciones *apostólicas de la sucesión de las Iglesias* que entroncando claramente como en su centro vital y corazón, en Roma, van cual arterias de vida, dividiéndose y subdividiéndose en los distintos pueblos del mundo; de suerte que en sus escritos la «linea traditionis» se marca cuidadosamente en sus empalmes y divisiones: San Cipriano toma también la catolicidad, es verdad, unida con la apostolicidad como San Ireneo; pero en vez de ofrecer la singularidad del gran obispo de Lyón, de irnos llevando de ramificación en ramificación hasta entron-

carlo todo en Roma y a Roma en Pedro y a Pedro en Cristo; tendrá sus complacencias, en ponernos ante los ojos, la idea del conjunto UNO: el concepto de la Iglesia una: el matiz de la indisolubilidad y de *la unidad de sangre, de jugo, de centro arterial* de las Iglesias.

El estudio del *catolicismo* como *catolicismo*, o sea en su aspecto directamente universalista, relacionado ora con el cisma, ora con el paganismo, será pocos siglos después, una de las aficiones favoritas del Doctor de la gracia y de la catolicidad.

Es decir: que Orígenes, observó con preferencia la santidad en la catolicidad; San Ireneo, la apostolicidad de la misma catolicidad; San Cipriano la unidad de la catolicidad: y sobre todo, desde San Agustín en adelante, la catolicidad como catolicidad, pasará a ser una de las armas más eficaces de la apología del Catolicismo en oposición a las sectas facciosas.

No podía menos de ser, que en este continuo bajar de las ideas universalistas de la Iglesia, se fuesen planteando problemas referentes a la predestinación de los hombres y de los pueblos: ¡había aún tantos pueblos, a los que apenas podía hasta entonces llegar la fe! Por otra parte, ¿qué era del destino y de las virtudes naturales de los paganos? A orillas del mar de Ostia, ya allá, por el año 180 tocó «Octavio», de pasada, algunas de estas cuestiones: pero había entrado de lleno el siglo V, cuando por efecto de las luchas pelagianas sobre la gracia y la naturaleza en or-

den a la justificación, logró proponerse bastante más sistematizada la cuestión «de la salvación de todos los infieles» en su trascendental gravedad. Mas ya la época de los mártires había transcurrido.

Lutero, Jansenio y Bayo, en sus continuas confusiones del sano pensar de San Agustín con sus propios desvaríos, fueron la última ocasión por la que la Iglesia decidió resueltamente, para oponerse a sus aberraciones, determinar un formulario más completo y preciso, sobre las relaciones de la naturaleza del hombre caído con la gracia de la justificación.

Catalogar aquí la serie de las proposiciones que entrañan la doctrina católica, sobre el infiel y su destino sobrenatural; sobre el infiel y sus obras pecaminosas; sobre el infiel y su prontitud de poder hacer actos naturalmente virtuosos; sobre el infiel y su relación con la vocación de la Iglesia; sobre el infiel, que hace lo que está en su mano para obrar rectamente, y los medios que Dios le dará para salir de su infidelidad; y por último, sobre el enlace que existe entre la predicación externa del Evangelio y la gracia interna: aunque opinamos serviría no poco para una clase de teología misional, con todo juzgamos no ser tarea conveniente para el fin de conjunto, que nos hemos propuesto bosquejar tan solo, en esta Pastoral.

II

La Iglesia misionera práctica

Si del foco de luz, pasamos al estudio del foco de vida, de la Iglesia misionera; nuevos problemas y nuevas soluciones confluyen en agitada multitud a nuestra pluma. Ante todo, salta a nuestros ojos un hecho histórico mundial: la afirmación de la rápida, brillante y multisocial expansión del Catolicismo, alrededor de la época sangrienta de los martirios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente de Alejandría, Arístides, el fragmento Muratoriano, Hermas, San Ignacio, Eusebio de Cesarea, Tertuliano, San Cipriano, San Dionisio de Alejandría, San Hipólito, los primeros Concilios, las primitivas Actas, verdaderas y apócrifas, las inscripciones de las catacumbas, Casio Dión, Celso, Lactancio, etc., nos hacen entrever, la introducción del Evangelio en la nobleza, en los cargos públicos civiles y militares, en las familias imperial y senatorias, y en la más selecta clase de las damas greco-romanas. Con todo, las preferencias de Jesucristo estaban por la vocación y conversión de los pobres.

Las Cristiandades y Hermandades de Arabia, Persia, Tebaida, Mesopotamia, Pentápolis, Asia Menor, Cilicia, Capadocia, Italia, Armenia, Ponto, Paflagonia, Galacia, Capadocia, Pisidia, Misia, Creta, Grecia, Macedonia, Tracia, Messa, Frigia, Panonia, Dalmacia,

Diosponto, Nórico, Bitinia, las costas del Mar Negro, Sicilia, Casia, Cerdeña, las Galias, Britania, España, Numidia, Tripolitana, Mauritania, etc., suenan ya en la escasa literatura de la época referente a los primitivos tiempos del Cristianismo. El hecho histórico es, pues, innegable, y los mismos historiadores anticatólicos se complacen en admirar su rapidez.

Pero tras el hecho, viene el planteamiento de una cuestión capital: una vez que la historia encierra su explicación, ¿cómo acertar con la objetividad causal de este fenómeno?

La Teología católica nos ha presentado ya su explicación. Los historiadores de las dos escuelas sobrenaturalista y naturalista, en sana lógica tienden, dados sus criterios opuestos, en contrarias direcciones. Nos, ya porque, por una parte, el problema es de los más debatidos; y sus aplicaciones particularizadas, no sólo abarcan los tres primeros siglos, objeto particular de nuestro estudio, sino que aun invaden el campo de la época presente; ya también, porque por otra parte, nuestras misiones actuales guardan algunas analogías con las misiones primitivas, hemos querido fijar nuestra mirada de un modo especial, en esta fase sin duda interesante de la Iglesia misionera.

En cuatro grandes épocas puede dividirse la historia estricta de las Misiones católicas. En la época de las persecuciones, o sea de los tres primeros siglos; llamada por antonomasia, y no sin razón, la Iglesia misionera, ya que en ella echó sus bases la gran «*Eccle-*

sia Gentium»: en la época de las Misiones medioevales europeo-asiáticas; cuyo fruto principal fué la cristianización de la Euröpa bárbara, madre que había de ser de nuevos pueblos y nuevos rumbos político-sociales: en la época de las Misiones coloniales, que arranca con las expediciones marítimo-orientales de Portugal, y los descubrimientos y conquistas, sobre todo, de España; cuyo efecto más considerable, fué el de obtener en cuatro siglos un nuevo mundo cristiano: y por fin, y rayana ya con esta última, en la época de las Misiones modernas; en que la Iglesia, sin ayuda apenas de los Monarcas y de los Estados y sin marcado objetivo colonial, esparce a sus evangelizadores por toda la tierra, no dejando sin altar católico, tierras donde mano humana haya clavado su pobre choza. Las cuatro épocas juntas forman el panorama magnífico y sin ejemplo en la historia salvadora de la Humanidad.

Como hemos ya observado, no dejan de llamar la atención, las analogías que rigen entre la primera y última época. Vemos en efecto, que si la Iglesia se extiende y dilata en los primeros siglos, cuando más recrudecían las persecuciones, también de la nuestra pudo escribir Gregorio XVI «*Non sine peculiari divinae providentiae consilio, tantum commodi atque utilitatis Ecclesiae, nuperrimis hisce temporibus obvenisse censendum est..... Dum enim omnigena inferni hostis machinamenta dilectam Christi sponsam lacessunt, nihil illi opportunius contingere poterat, quam ut desiderio propagandae catholicae veritatis Christi-fideles infla-*

mmati, junctis studiis collataque ope, omnes Christo lucrifacere conarentur». ⁽¹⁾ Hoy ya los Estados, *en general*, sólo por cálculo y egoísmo y sin miras religiosas, favorecen a las Misiones; no siendo raro el caso, de que opongan a la Iglesia misionera, duras condiciones y trabas insoportables, que a las veces, recuerdan los primeros tiempos del Cristianismo. Ahora como entonces, los recursos y ayudas del misionero apenas tienen ya más fuentes de ingresos, que la caridad popular cristiana; la cual suple con la muchedumbre de su número, la escasa medianía de su pobreza: hoy, como en aquellos días, la criada, el campesino, el artesano, la viuda, el huérfano, el obrero y la clase media va formando inconscientemente, gota a gota, ese río de caridad oculta pero intensa, que ha de enjugar tantas lágrimas, cubrir tantas desnudeces y salvar innumerables almas. De ley ordinaria, en entrambas épocas, los misioneros y las misioneras fueron y son hijos del pueblo; las oraciones, anhelos del mismo pueblo; y las limosnas, efecto del sudor y de la caridad del mismo pueblo. Honrosísimas excepciones, entonces como ahora, glorifican a Monarcas y Gobiernos como los actuales de España, y a cristianos opulentos, dechados de caballeros y de cristianos; pero vista en conjunto la labor misional, es indudable, que en las dos épocas, merecen las Misiones el calificativo de «*obra de la caridad popular del Catolicismo*».

(1) Véase el «*Sancta Dei Civitas*» de León XIII.

Las conferencias que en sus excursiones van dando de paso, nuestros misioneros, en las parroquias católicas, y las colectas que tras ellas se recaudan en nuestros modestos pueblos; traen involuntariamente a la memoria la obra de caridad, de aquellos primeros cristianos que obligaron a escribir a San Pablo en su segunda carta a los Corintios, este bellissimo trozo de intenso sabor popular. «*Ahora os hago saber, hermanos míos, la gracia que Dios ha hecho a los fieles de las Iglesias de Macedonia: y es, que han sido colmados de gozo a proporción de las muchas tribulaciones con que han sido probados: y que su extrema pobreza ha derramado con abundancia las riquezas de su buen corazón: porque debo darles el testimonio de que voluntariamente han dado lo que han podido y aun más de lo que podían, rogándonos con muchas instancias, que aceptásemos sus limosnas y permitiésemos, que correspondiesen por su parte al socorro que se da a los fieles de Jerusalem*». ⁽¹⁾

Las grandes colectas misionales habían comenzado: y junto al Apóstol se veía la limosna del Amor, que favorecía la misión de los nuevos cristianos.

Más: los Papas de la Iglesia de los mártires, y los Papas misioneros de la Iglesia actual desde Pío VI ¿no tienen más de una analogía en sus cautiverios, y en la propagación desinteresada e internacional de las Iglesias respectivas?

Pero sea lo que fuere de este punto, el fenómeno

(1) 2 Cor. 8, 9 sq.

de la rápida propagación del Cristianismo, ántes aún de la intervención en las Misiones de los Emperadores y Reyes, es un hecho: y a este capítulo incumbe el internarnos en las venas mismas de esa corriente vital pura, límpida, teñida sólo y santificada con la sangre de los mártires: y una vez allí, analizar los divinos elementos, que transformados en su curso en fuerzas vivas, han producido tan estupendos progresos de fecundidad moral y social.

1.º No ignoramos que sabios desconocedores del elemento sobrenatural en la intervención de la historia eclesiástica, aglomeran, combinan y amalgaman a su sabor mil circunstancias filosóficas, morales, sociales y religiosas de aquella época, de cuya compleja resultancia pretenden deducir la formación del primitivo Cristianismo. El hecho existía; y como en su escuela racionalista, de antemano se rechaza todo factor sobrehumano; necesariamente, para ellos debían ser meramente naturales, todos los elementos que mediaron en la constitución de ese «sincretismo filosófico-moral», —así hablan ellos,— que se llamó la gran Hermandad cristiana.

¿Qué importa, que los actores mismos que intervinieron en el desarrollo de aquella Iglesia, expusieran clarísimamente la solución única del problema, estudiando, sorprendiendo y aun palpando como con las manos, el espíritu íntimo, profundo, eficaz, avasallador, universalista, constante e invencible, único móvil viviente de toda esa transformación, móvil que, como lle-

vamos expuesto arriba, se identifica con el Espíritu Santo; alma invisible por sí, pero patente por sus efectos, que junta, funde en uno heterogéneos elementos, trasforma, organiza, vivifica, alienta y fecundiza a la Esposa de Jesucristo? «*Quod est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus corpori Christi, quod est Ecclesia*», clama vibrante San Agustín.

Pero en oposición a esta realidad histórica, única explicación admisible, ellos, —los sabios de hoy, como se llaman a sí propios,— talentos por otra parte sistematizadores y eruditísimos han sabido reunir tales datos, distribuir los hechos de tal suerte, presentar las facetas de las circunstancias contemporáneas bajo luces tan incompletas y desvirtuadas, exagerar la fuerza de atracción y conciliación de ideas filosóficas y religiosas hasta la sazón diametralmente opuestas, fundir con tal maestría en uno elementos de suyo e históricamente inagregables, hacer caso omiso con seriedad pretendida y tendenciosa de hechos y circunstancias que modifican la explicación del resultado; y como conclusión lógica de todo ello, presentar a los ojos del incauto y fascinado lector como resumen de sus estudios, una semblanza tan naturalista y humana de la fundación y amplitud de la Iglesia; que a la luz que aportan su sistema y reflexiones, vese surgir la Iglesia entre las negras sombras del abyecto Paganismo, no como una obra de Dios, que lleva en sus entrañas el espíritu vivificador de un ser sobrenatural, sino como un hecho, que no podía menos de suceder así, dados

los adjuntos complejos entre los cuales nació y creció vigorosa.

Se ha abusado tristemente de la diáspora de los judíos; de la inquietud moral cada vez más irritante de la sociedad greco-romana, que cansada de sus vicios y fría moral estóica buscaba bases más sólidas para satisfacción de su conciencia; de la contemporización sistemática para con las filosofías greco-orientales en las primeros siglos; del espíritu de novedad y cariñosa acogida con que Roma abrazaba los misticismos orientales; de las analogías entre la Religión de Jesucristo y el culto de Mitra; de las nuevas tendencias moralizadoras e idealistas del Neoplatonismo alejandrino; y del admirable ejemplo que tuvieron que producir ante la sociedad voluptuosa y fría de Roma y Asia, la moral severa y recta y el espiritualismo elevador y confortante de una Religión, llena de caridad y de esperanzas futuras.

2.º Contrapuesta a esa explicación naturalista, preséntase, llena de fulgores, la solución católica y verdadera. Ella descorre el velo de esa gran incógnita: y a la luz que entra a torrentes por la abertura del ya corrido velo, se alcanza a penetrar en la verdadera naturaleza de la Iglesia misionera práctica.

Considerada ésta como un cuerpo orgánico místico, según la concepción de San Pablo y de toda la Tradición eclesiástica; según ella, al revés que en la escuela dicha, nunca debe prescindirse en el examen de su actuación regeneradora, de sus dos componen-

tes; del determinante y dignificador «El Espíritu Santo», y del material determinado y dignificado, que son las masas de la Comunidad cristiana. En su nacer, en su crecer, en su propagarse; en una palabra, en *todo su vivir*, actúan como refundidos entrambos elementos; y hacer caso omiso en el análisis del «todo», del principal factor componente del conjunto, equivale a pretender explicar los fenómenos vitales del hombre, prescindiendo de su mismo principio vital.

San Pablo, casi hace veinte siglos, y antes de realizarse aún el hecho en cuestión, había prejudicado la causa con certero fallo, por solo el conocimiento que tenía, precisamente de la fuerza omnipotente de ese gran elemento trasformador, preterido hoy por la moderna presunción: los Doctores de la Iglesia fuéronla más tarde siguiendo paso a paso en su influencia trasformadora dentro de la época misma del desarrollo preciso de la Iglesia; y aun hoy, a través de la historia de veinte siglos, parecen sentirse en su estudio, las cálidas pulsaciones del joven corazón de la Iglesia, al sentirse agitado bajo la influencia viva de su eterna alma, el Espíritu Santo.

Como es obvio, era de esperar que ese cuerpo místico animado con móvil tan vivificador; en virtud del principio de la adaptación de los seres orgánicos, se amoldase en su desarrollo histórico a las circunstancias de la época en que había de vivir y expandirse; asimilando los elementos asimilables, y purificando los nocivos, para una vez depurados ya éstos,

trasformarlos después, en fuerzas vivas de su característica actuación.

Y así es; Venerables Hermanos y Queridísimos Hijos, que a quien reflexiona en la historia de entonces, no dejan de llamar la atención en la Iglesia primitiva —dentro de un terror sagrado a toda innovación dogmático-religiosa, como se nota en casi todos los escritores desde San Clemente Romano hasta San Vicente de Lerín;— tres tendencias de adaptación: social la una, filosófica la otra, y regional la tercera, que harán, en efecto, quepan en su seno universalista las clases sociales más distanciadas, las escuelas filosóficas reinantes en la época, y todos los matices de carácter y costumbres locales, que San Agustín creyó ver simbolizados en el vestido multicolor de la Reina de los Cantares. De ahí los ritos distintos; de ahí las diversas predilecciones de los Santos Padres respecto de las grandes Escuelas filosóficas; de ahí los sistemas y tendencias catequístico-dogmáticas inconfundibles en el método, de las Escuelas de Roma, Alejandría, Antioquía y Edesa; de ahí la atracción de los esclavos, la elevación de la dignidad de la mujer, la santificación de la familia; de ahí la negación del individualismo y absorción paganas, y de la creación de esa gran Comunidad, o mejor, Familia y Hermandad mundial, que se formó tan una en su fin y aspiraciones, como multiforme en sus elementos asimilados. No hay por qué negarlo; los esclavos encontraban en la Iglesia amor e igualdad en la participación de los sacramentos, y por

eso fluían a ella como al seno de su Madre: para las clases despreciadas Ella tenía, también, abiertos los tesoros de su caridad y amor; también sería su Madre: los ávidos de justicia, creían ver en su ambiente moral la satisfacción completa de sus anhelos de santidad, ¿a dónde, pues, acudir sino a Ella? El Dios trascendente de los platónicos, la moral buscada por los estóicos, la belleza increada de los pitagóricos, la razón dialéctica y analizadora de la escuela estagirita, el Uno absoluto y el misticismo quietante de los contemplativos neoplatónicos, es verdad que sólo en la Religión cristiana pudieron dar, y dieron en realidad por medio de los Padres, con el ideal efectivo de sus anhelos y tendencias purificadoras: pero no por eso conviene confundir la nueva fórmula de las Escuelas con el fondo secular de los antiguos dogmas; que no es de los prismas producir la luz, sino tan solo refractar en magníficas irisaciones las distintas virtualidades lumínicas del rayo del sol.

La sola adaptación, pues, de la Iglesia al medio ambiente de la época en las tres tendencias dichas, no formó, ni explica siquiera toda la vida de la Iglesia; sino antes, según la ciencia católica, ella queda explicada por la manera connatural, que tienen de obrar la gracia y el Espíritu Santo así en los individuos, como en todo el Cuerpo de la Iglesia.

Ante todo, se ve, que a la manera como de cada naturaleza del orden sensible y humano arrancan y emanan por consecuencia espontánea las propiedades,

que además de caracterizarlas, determinan su obrar; del mismo modo, bien podía inferir San Pablo, que de la índole y ser propio de este gran organismo de la Iglesia humano-divino, tenían también que derivarse cualidades y tendencias activas sobrenaturalizadoras, cuyos efectos fueran en algún modo distintos, según se las pusiese en relación, o con el Paganismo por medio del Apostolado y la evangelización asimilatriz: o con la perfección interior del ser y de las partes del mismo organismo, por medio de la Jerarquía ya constituida.

El Espíritu Santo, en efecto, tiene para cada alma fiel donde él fija su morada, lo que llamó San Pablo «*fructus Spiritus*». (1) como resultancias espontáneas que son de su presencia de amor en el alma: *frutos y flores* a la vez, pues según la bella expresión de Santo Tomás esos mismos frutos «*la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia y la continencia*» encierran en flor la misma Bienaventuranza, ya que «*sicut in flore est quaedam inchoatio fructus, ita in operibus virtutum est quaedam inchoatio beatitudinis*». Pero las propiedades que fluyen de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia misionera, pueden apellidarse además «*ostensio spiritus*» «*manifestatio spiritus*» (2) destellos divinos, de una fuerza y luz sobrehumana, que aunque envuelta en la frase tosca del mi-

(1) Galat. 5, 22.

(2) 1 Cor. 2, 4-6; 12, 7.

sionero, fulgura con lumbré ofuscante, y eclipsa con su resplandor todas las presumidas ciencias de los sabios.

Asombra la exactitud de las expresiones, con las que el mismo San Pablo, consecuente a esta idea capital de la eficacia interna de la Predicación del Evangelio, pinta al Apóstol de Cristo en su labor regeneradora. Interponed entre Dios «Luz eterna» y el Gentilismo «tinieblas», un espejo divinamente pulimentado, que reciba primero en sí las reverberaciones de la Lumbré Eterna, y despida después sus reflejos sobre las tinieblas del mundo envuelto en sombras de muerte; y habréis comprendido el secreto de la eficacia del Evangelio, según la mente de San Pablo. No son los accesorios de la moda racionalista, la razón del progreso del Cristianismo; es el Apóstol, que recibiendo en sí como en un espejo, la doctrina de Dios, «*in eandem imaginem transformamur*» trasfórmase él mismo en destello divino «*a claritate in claritatem tamquam a Domini spiritu*». ⁽¹⁾ De aquí que clame el Apóstol: «*no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo Nuestro Señor*»....., *porque Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciese la luz, El mismo resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*». ⁽²⁾ La presencia de la divinidad en el Evangelio, fué lo que avasalló la tierra. Dios tomó en los Apóstoles,

(1) 2 Cor. 3.18.

(2) 2 Cor. 4, 4-5.

frágiles vasos de barro (*in vasis fictilibus*), porque quiso, que el mundo conociera, que su transformación no se debía a ciencias griegas, genealogías judáicas, fuerzas militares romanas, riquezas orientales, ni a sincretismos soñados: sino «*ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis*».

Veinte siglos antes de que se escribieran, borrólas ya San Pablo con tachadura enérgica y de anatema, todas las explicaciones naturalistas modernas sobre la propagación de la Iglesia. Nada de ayudas humanas, nada de ciencias, prestigios académicos, artes, influencias, halagos: antes cárceles, naufragios, azotes, fieras; he ahí, la comitiva de aquel gran conquistador de almas. Las recomendaciones naturales de su apostolado, que con vigorosísimos al par que conmovedores trazos, nos describió el Apóstol en este mismo capítulo cuarto de su segunda Carta a los Corintios, demuestran clarísimamente, el único secreto de sus estupendos éxitos, entre sus no menos estupendas penalidades y trabajos.

La «manifestación, pues, del Espíritu» en el Apostolado primitivo, es concluyente, dados los datos autobiográficos de San Pablo, saturados de una veracidad y realismo incomparables; en los que el amor, el cariño, la energía, el oficio, el castigo, la evidencia, las lágrimas de ternura y las efusiones de un corazón amanísimo se mezclan y confunden con irresistible interés y atractivo del conjunto.

Él que lo experimentó, él que fundó y orientó gran

parte del Apostolado sucesivo, objeto de este estudio; nos dejó bien contorneados y definidos, los límites del elemento humano y divino, en la empresa del primer empuje avasallador de la Iglesia misionera. «*Non ex nobis*»; es inadmisibile toda explicación naturalista: sino que fué obra de sólo Dios: «*sublimitas virtutis Dei*».

Al efecto: si por una parte ve San Pablo en esa «*ostensione virtutis*» en la realización del progreso del Cristianismo primitivo, una como continuación histórica mundial del día de Pentecostés, con sus Profetas, sus Doctores, sus milagros, ⁽¹⁾ sus carismas, sus dones y sus conversiones: por otra, no dejó sin señalar para advertencia de los venideros historiadores, las armas con las que los Apóstoles del Señor habían de sojuzgar la tierra. Las expresiones militares, con sus derribos de baluartes y apresamientos y cautiverios del enemigo, no suponen una ayuda del adversario; sino un obstáculo tenaz a la verificación de la conquista. «*Si vivo, escribía, con la debilidad de un hombre caedizo, no libro, en cambio, mi batalla en esa flaqueza inherente a mi ser, sino en la omnipotencia de Dios. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas*»: armas que derriban de solo un golpe «*todo consejo y altura que se levanta contra la ciencia de Dios; y hacen se reduzcan a cautiverio, para el servicio de Cristo, las inteligencias de los hombres*». Si la soberbia judía o greco-romana se

(1) I Cor. 12, 27 sq.

creían plazas inexpugnables, presto serían por el Evangelio batidas en brecha: y si eminencia científica filosófica o escrituraria, él las nivelaría al ras del suelo. ⁽¹⁾

Este íntimo convencimiento del Apóstol, le hacía no cejar nunca en su empresa; antes en sus mayores desalientos, él le servía de estímulo y de segurísima esperanza.

De toda esta manifestación más o menos velada de la divinidad, que se reflejaba en el Apostolado primitivo, junto con el Evangelio predicado, *todo amor y santidad*; resultó como consecuencia natural, la formación de tal ambiente de autoridad sobrehumana, de expansión, de mutua caridad, de aglutinación de comunes aspiraciones, y por las aspiraciones de pueblos, alrededor de los Apóstoles primero, y más tarde de los «*virii apostolici*»; que bien puede asegurarse, comenzó entonces, a sentirse en el mundo donde pululaban centros cristianos, como la aparición repentina de un nuevo campo magnético, que atraía hacia sí todas las inteligencias equilibradas y los corazones nobles de lo más selecto de la Humanidad.

Una vez influídas aquellas familias cristianas por la persuasión íntima e indestructible de la verdad de una Religión, que se fundaba en milagros recientes, en profecías hacía siglos evidentemente vaticinadas y ya perfectamente cumplidas, en la predicación auténtica

(1) Cor. 10, 4-6.

y sucesiva de un Evangelio de bienaventuranzas, de amor, de compasión, y de piedad profundísimas: Religión seria en la moral, nada débil ante los poderes, asequible en la práctica a los más ínfimos, como impenetrable en su especulación aun para las inteligencias más poderosas, inexhausta en sus obras de misericordia con el menesteroso, como perseguida élla misma por la injusticia más cruel; la Iglesia abríase paso silenciosa, pero siempre activa, por las grandes vías romanas y orientales con el Evangelio de la salvación del mundo entero, sin distinción de clases, en la mano; con la beneficencia más desprendida y universal en época de pestes, hambres y calamidades públicas en el corazón; con los laureles teñidos en sangre de miles de mártires, en sus sienes; con la immaculada belleza desconocida hasta entonces, de la virginidad, reflejada como en un cristal limpidísimo, en su casta frente; y por fin, con el único remedio de salud para la Humanidad caída, depositado y expuesto por Cristo en el centro de su tierno corazón. La visión de la encantadora Virgen del «convite» de San Metodio en su hechicera fascinación, era una realidad concreta, histórica, visible a la faz del mundo.

¿Qué importaba, pues, que los dos organismos político y religioso del mundo, existentes; que las ciencias y las artes, a la sazón más en boga; que las costumbres inveteradas y las tradiciones gentílicas, entrañadas en lo más íntimo de aquellas familias y sociedades, opusiesen fortísimas barreras a su avance misterioso,

pero real? Las tres grandes fuerzas que hacen presión sobre los hombres, la del poder material, la de la autoridad militar, y la del prestigio de la ciencia y del arte, se declararon en gran parte, en ruda oposición contra la Iglesia: los mismos héroes de ésta, los mártires, no pasaban de ser unos mentecatos, a los ojos de todo el mundo gentil. Los primeros escritores de la Iglesia, apologistas en su gran mayoría, como Arístides, Justino, Taciano, etc., solo tenían ante sus ojos, al escribir sus magníficas defensas, una sociedad religiosa injustamente perseguida, no menos por los judíos que por los gentiles; la cual sin embargo, aun entre infinitos obstáculos sociales, religiosos, políticos, militares y económicos, habría de triunfar de sus verdugos, gracias al principio interno de su vitalidad prodigiosa.

¿Entraban en masas los esclavos y los pobres en su seno?, pero ántes imponíales Ella, la ley más dura contra las pasiones brutales de rebeldía y de injusta insubordinación: ¿confluían a sus grandes Escuelas talentos privilegiados?, pero el formulario ceñido de un «*Credo*», todo misterio, y la única e invariable regla de Fe obligatoria, había de ser primero, la base y guía necesaria de su saber y de sus futuros adelantos científicos: los ricos y los nobles constituirían parte de esa gran Familia; pero no sin que la caridad y la igualdad religiosas, abajasen el nunca domado orgullo greco-romano, haciéndoles reconocer la igualdad absoluta de derechos religiosos para todos los hombres, respecto de los medios y del fin sobrenatural de la nueva Religión.

Nos confesamos, que a los que hemos tenido la dicha de nacer en una sociedad infiltrada de espíritu cristiano, y en la que los mismos enemigos de la fe, viven y respiran inconscientemente en un medio sobresaturado de mil elementos y efluvios, efecto exclusivo de la acción de veinte siglos de la Iglesia sobre Europa; encontramos hoy llenos de fuerza atractiva, factores, que para las primeras edades del Cristianismo debieron ser, lo que San Pablo llamó «estulticia para los gentiles». Traspasar, pues, a aquellas edades, la impresión que siente hoy ante el estudio de esos factores, el racionalista moderno, *más cristiano de lo que él se cree en muchos de sus sentimientos y apreciaciones*, es un error histórico lamentable, bajo el nombre de historia crítica.

Las ideas hospitalarias; la expresión histórica con que se presentó la Iglesia ante el mundo, como la Religión del espíritu y de la fuerza elevadora y santificante, pertrechada de los terribles «novísimos»; la Religión de la autoridad y de la razón, a la par que del misterio y las nociones divinas transcendentales; la persuasión íntima, de que ellos, los cristianos, formaban una estirpe nueva y semidivina; el valor que producen en el pueblo los hechos de los mártires; la correspondencia internacional de las Iglesias; los viajes de unión, de los más notables personajes de la primitiva historia cristiana; más que como elementos, productores únicos, de la vida del Cristianismo; deben considerarse, como efectos de un principio interior, cuya existencia y cuyos

resultados estaban ya descritos perfectísimamente en los libros del Nuevo Testamento.

Negar todo influjo a estos factores, sobre la Humanidad, que se iba trasformando, es antihistórico; pero, no querer admitir el principio de donde provenía su fuerza principal, latente en sí misma, mas manifiesta en sus efectos, es aún mucho más antihistórico.

Esta época, puede considerarse, como el *principio de la purificación y asimilación de todos los elementos cultos y humanitarios de suyo indiferentes*, que al servicio del Paganismo se habían ido corrompiendo; pero que, una vez en la corriente de la vida cristiana; se habían convertido, merced a la prodigiosa asimilación de ésta, en activísimas fuerzas vivas, al servicio de su misma fecundidad. El programa científico-católico trazado por Orígenes sobre la purificación y asimilación de la ciencia, en su célebre carta a su discípulo San Gregorio Taumaturgo; y el retrato que este Santo Misionero hizo, a su vez, de las tendencias científicas de la Iglesia sabia, ante los elementos de la cultura filosófico-moral, tan del sabor de la época; pueden aplicarse, sin titubear, a toda clase de acomodaciones, a las que la Iglesia, como religión perfeccionadora de hombres, tuvo que adaptarse en su desarrollo. Aquella admirable fórmula agustiniana: «*Si quae forte vera et fidei nostrae accommodata dixerunt, non solum formidanda non sunt, sed ab eis etiam, tamquam ab injustis possessoribus, in usum nostrum vindicanda*» había sido la práctica de la Iglesia en este tiempo, en todos los órde-

nes de la vida y progreso contemporáneos. El haber sabido, pues, aprovecharse para su amplificación, de las vías romanas de los centros coloniales, del espíritu de proselitismo oriental, de las tendencias reformadoras de las novísimas filosofías, del descontento moral de las Sociedades paganas, de los sistemas científicos y espíritu amplio de no pocas ideas humanitarias, que se iban abriendo paso en muchas ciudades poderosas; no debe ser un reproche para la Iglesia, antes un mérito de su maravillosa adaptación a todo lo grande y verdadero.

Y aunque no se puede dudar, que de las épocas siguientes puede tal vez asegurarse aquello de San Agustín: de que por móviles humanos «*Quanti fideles agglomerantur, quantae turbae concurrunt; multi vere conversi, multi falso conversi*», ⁽¹⁾ con todo, ni de los tres primeros siglos debe esto sostenerse; ni aunque hubiesen obrado sólo miras humanas, en algunas conversiones de entonces, puede por ello negarse, la absoluta fecundidad religioso-católica de aquella época que obligó a Plinio, a escribir su celeberrima carta al emperador Trajano, sobre la maravillosa divulgación del Cristianismo por el Asia Menor.

3.º De todo lo dicho se colige, que nada nos tiene que extrañar si San Policarpo, San Justino, San Panteno, Egesipo, Julio Africano, Rodón, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Orígenes, Tertuliano, etc.; en

(1) Enar. in ps. 25.

sus viajes por las Iglesias, se convencieron de la influencia de la acción divina en la formación de esa gran Familia denominada, de «*los queridos*», o sea la gran «*Sociedad del amor*», según la bella definición insinuada por San Ignacio Mártir, y admitida, al punto, por los primeros cristianos. Vista la Iglesia, en esta época de su progresivo desarrollo; por un lado, en medio de una complejidad tan asombrosa de circunstancias, casi todas ellas hostiles a ella; pero por otro lado, firme en su constante labor de purificación y asimilación de todos los elementos disponibles; nada debe llamarnos la atención, el que el autor de la Carta «*ad Diognetum*» definiese aquel primer brotar del Cristianismo, que él vivía y palpaba, con aquella frase inmortal ya citada «*Quod est in corpore anima, hoc sunt in mundo Christiani*»; frase, que San Agustín, supo desentrañar y razonar en un sermón de Pentecostés, con aquella otra no menos expresiva, pero más profunda expresión «*Quod autem est anima corpori hominis, hoc est Spiritus Sanctus corpori Christi, quod est Ecclesia*». No lo dudéis: Venerables Hermanos e Hijos Amadísimos: la Iglesia es el alma asimilatriz, transformadora, espiritualizadora e inmortal del mundo, porque ella, a su vez, tiene como principio último de todas estas influencias divinizadoras, al que es fuente de actividad, de amor, de santidad y de unión sobrenaturales de la humanidad cristiana «*el Espíritu Santo*».

Tal es la explicación verdadera de la *Iglesia misionera práctica*: si aplicamos los mismos principios y

conclusiones a los distintos adjuntos, en que se irán los sucesos presentando a la actividad de la Iglesia, en los veinte siglos subsiguientes: tendremos hecha toda la historia de la Iglesia en el ejercicio activo de su fecundidad; variarán los adjuntos; pero el alma de la Iglesia nunca envejecerá.

4.º En las edades sucesivas aparece, en efecto, cómo Dios suscita grandes hombres, a quienes vincula la conversión de una nación entera; y no hay gloria comparable a la de esos Santos, cuyo fondo, en el sublime cuadro de la Historia Misionera, le forman pueblos sin cuento, cuya grandeza futura depende de su fecunda predicación.

¡Ah! Venerables Hermanos: ¡Ojalá que el Señor el día de la cuenta, tuviese escrito Nuestro nombre entre la heroica lista, de un San Panteno apóstol del Asia, de un San Gregorio Iluminador apóstol de Armenia, de un San Gregorio Taumaturgo apóstol de Capadocia, de un San Frumencio apóstol de Abisinia, de un San Patricio apóstol de los incomparables apóstoles irlandeses, de un San Columbo apóstol de Escocia, de un San Gregorio Magno y de un San Agustín apóstoles de Inglaterra, de un San Columbano y San Galo apóstoles de la Alemania meridional, de un San Ruper to apóstol de la Baviera, de un San Bonifacio apóstol de las tribus alemanas, de un San Willibrordo apóstol de los Países Bajos, de un San Anscario apóstol de los suecos y daneses, de un San Bernardo, padre de los apóstoles de Suecia, de un San Jacinto apóstol de

Rusia, de los Obispos de Salzburgo salvadores de los Carintios y Eslovenos, de un San Cirilo y San Metodio apóstoles de la Moravia, de un San Metodio apóstol de los bohemos, de un San Adalberto apóstol de la Pannonia, de un Arzobispo Otón de Bamberg apóstol de la Pomerania, de un San Adalberto y San Bruno misioneros de la Prusia, de un San Francisco de Asís, de un Benedicto de Arezzo y Marcos Puglia y demás misioneros franciscanos apóstoles del Oriente, Albania, Bosnia, Servia, Montenegro, Rumanía, Marruecos y las islas del Egeo, y de un Juan de Pian de Carpino, Guillermo Rubruk y Juan de Monte Corvino, célebres embajadores ante los Kanes mogoles en el interior del corazón del Asia!

¡Dichosos de nosotros! si al lado de los ignominados apóstoles y grandes misioneros que formaron, ante todo, a costa de tormentos, de sangre y de sacrificios, la Iglesia de los tres primeros siglos; y cerca de los no menos beneméritos monjes evangelizadores de la edad media, que nos zanjaron las bases de la Europa actual vigorosa, culta y llena de savia emprendedora; podamos si nó equiparar, al menos coadyuvar a los predicadores de las Ordenes Religiosas, que ya en la Edad media llamaban la atención por sus misiones, como la Orden de los hijos de San Francisco, y la del incomparable misionero español, Santo Domingo de Guzmán, no menos rebotante desde su cuna en apóstoles de la talla de un San Jacinto apóstol de Rusia y del Mar negro, de los mártires de Finlandia y del

Oriente, y de San Raimundo de Peñafort, apóstol de los judíos y moros españoles; a cuya actividad misionera se debe el primer libro de Misiones, la «Summa contra Gentes» de Santo Tomás de Aquino.

«Tras el descubrimiento de América, ejércitos de varones apostólicos, escribe Su Santidad Benedicto XV, entre los cuales merece especial mención Bartolomé de las Casas, honra y prez de la Orden Dominica, se consagraron a aliviar la triste suerte de los indígenas, ora defendiéndoles de la tiranía despótica de ciertos hombres malvados, ora arrancándoles de la dura esclavitud del demonio: al mismo tiempo Francisco Javier, comparable sin duda con los mismos Apóstoles, después de haber trabajado heroicamente por la gloria de Dios y salvación de las almas en las Indias Orientales y el Japón, espira a las puertas mismas del Celeste Imperio, *como para abrir con su muerte camino a la predicación del Evangelio en aquella región vastísima*, donde habían de consagrarse al apostolado llenos de anhelos misioneros y en medio de mil vicisitudes, los hijos de tantas Ordenes Religiosas e Instituciones Misioneras. Por fin, Australia, último continente descubierto, y las regiones interiores de Africa, exploradas recientemente por hombres de tesón y audacia, han recibido también pregoneros de la Fe; y casi, no queda ya isla tan apartada en la inmensidad del Pacífico, a donde no ha llegado el celo y la actividad de nuestros misioneros. Muchos de ellos, en el desempeño de su apostolado, han llegado, a ejemplo

de los Apóstoles al más alto grado de perfección en el ejercicio de las virtudes; ni son pocos los que han confirmado con su sangre la Fe, y coronado con el martirio sus trabajos apostólicos». ⁽¹⁾ Tal es, el foco de vida, que se sorprende en el estudio de la Iglesia misionera práctica.

Las eternas fuentes de su vitalidad divina, quiere ahora el Señor engrosarlas con nuestra cooperación. La orden divina Nos ha sido transferida por medio de su auténtico Vicario en la tierra, Benedicto XV.

Recordemos al oír sus augustas palabras, que tal vez, ha llegado ya la hora de la vocación definitiva de los pueblos, al regazo de Jesucristo, de la que habla el autor «*De Vocatione omnium Gentium*»: «*Quod si forte, quemadmodum quasdam gentes, non olim in consortium filiorum Dei novimus adoptatas, ita etiam nunc in extremis mundi partibus, sunt aliquae nationes, quibus nondum gratia Salvatoris illuxit: non ambigimus, ETIAM CIRCA ILLAS, occulto iudicio Dei TEMPUS VOCATIONIS esse dispositum, quo Evangelium, quod non audierunt, audient atque suscipient.*» ⁽²⁾

(1) Acta Ap. Sedis 1919.

(2) Lib. II cap. XVII.

PARTE TERCERA

LA HORA DE DIOS EN LAS MISIONES

I

Domine, volumus Jesum videre

«*Domine, volumus Jesum videre*», Señor, queremos ver a Jesús, ⁽¹⁾ llevadnos a El. He aquí, Venerables Hermanos y Queridísimos Hijos, el grito de angustia y el ansia de salud, que escapa de labios de toda la Gentilidad pasada y actual, a la vista de cuanto llevamos expuesto: el Gentilismo quiere lanzarse en brazos de ese su Salvador. Grito es éste y mensaje de pena y de amor a la vez, que desde que se sintetizó y formuló ante el Colegio Apostólico por los gentiles, en esa frase, preñada de misterios, de que nos habla San Juan; viene repercutiendo sin cesar en la Iglesia, de siglo en siglo hasta nuestros días. «Señor, queremos ver a Jesús»: y «*quien considere tantos y tan rudos trabajos soportados en la labor de la propagación de la fe; tantos afanes y pruebas de nunca desmentida fortaleza, se admirará sin duda* (son palabras de S. S. Benedicto XV) *de que con todo eso, aún sean incontables los que yacen en las tinieblas y sombras de muerte: como que, según las estadísticas últimas, no bajará de mil millones el nú-*

(1) Jo. 12, 21.

mero de los infieles». ⁽¹⁾ Dios lo quiere, Hijos Amadísimos: ha sonado la hora de las Misiones.

Queremos ver a Jesús. ¡Ah! el eco de tan dulce, a la par que apremiante demanda, resuena también en lo más íntimo de nuestro pecho, desde el día feliz en el que el Sumo Pontífice nos indicó en oficial documento, mirásemos con predilección por esa empresa en favor de tantos infelices. ¿No habían, antes, esas mismas expresiones conmovido las fibras del Corazón de Jesús? Desde entonces, como en santa porfía, sentimos asaltan de continuo nuestra memoria y nuestros afectos, la idea y el amor del Reino universal de Cristo con su cortejo de conquistadores y profecías universalistas: y no hay, ya, parábola del Señor con que tropiezan nuestros ojos, ni capítulos y divinas plumadas de San Pablo con que confortamos nuestro espíritu, ni página de la historia cristiana primitiva que despierta nuestros recuerdos, ni hecho culminante de la historia conquistadora española que anime nuestros desalientos; en los que, a la par que descubrimos la hermosura y fecundidad de la Iglesia, no percibamos el grito desgarrador, lleno de ansias de salud, con que el mundo pagano, como el tendido y maltrecho en el camino de Jericó, ⁽²⁾ hiere a las puertas de la muerte, los oídos compasivos de Jesús, casi desde los umbrales mismos de la Iglesia.

(1) Acta Ap. S. 1919, 441-442.

(2) Luc. 10, 30-37.

En efecto: ¿cómo no nos suplicarán los llevemos a Jesús, dado el tristísimo estado de sus llagas morales, cuales, son las que llevamos expuestas al principio de Nuestra Pastoral? ¿No es Jesús el único Redentor, el único médico universal por el que los ciegos ven, los cojos andan, quedan limpios los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos y a los pobrecitos se les anuncia el Evangelio? ¿Y quién, más ciego, más leproso y más pecador que ellos? Grande enfermo y grande enfermedad aún la del Gentilismo de nuestros días; pero acordémonos que por eso acuden también hoy, como hace veinte siglos en busca de Jesús: «*Magna enim gloria medici est, quando ex desperatione convalescit aegrotus*». ⁽¹⁾ He aquí, precisamente, la glorificación de Jesucristo; y por eso, a la hora de la conversión del mundo, llama el mismo Jesucristo *la hora de su glorificación*: ⁽²⁾ y esa hora, ha sonado ya en el reloj de la divina Providencia.

Con cuánta razón, pues, nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV, ante este lastimoso cuadro de miseria moral «*en la que partiendo del desconocimiento de Dios y presa de la ceguera y de las más desenfrenadas pasiones, yacen los infieles sumidos en la degradante esclavitud del demonio*», siente aún repercutir en sus oídos, aquel «*duc in altum*» dicho por el Señor a San Pedro; mientras incitado por «*los ardorosos anhelos de*

(1) San Agustín, Enar. in ps. 47.

(2) Jo. 12, 23.

su corazón de Padre, sólo ansía conducir toda esa humanidad enferma a los brazos de Jesucristo». (1)

Es verdad, que ahora más que en tiempo de San Ambrosio «*ex omni genere, ex omni conditione, adoptantur quotidie millia senum, millia juvenum, millia parvulorum*» (2) se incorporan a millares al Catolicismo, niños, jóvenes, ancianos, de todas las razas y condiciones; es verdad, que mucho más que cuando escribía sus «*Enarrationes*» San Agustín, se despueblan hoy campiñas y desiertos, buscando ansiosos la Fe de Jesucristo; y que cuando les preguntan los misioneros como aquel santo Doctor; ¿qué buscáis? les responden casi todos, como al mismo Santo, «*Nosse gloriam Dei*». Sublime contestación que henchía al Santo de consuelo, y le hizo exclamar: «*Veniunt subito de silva, de deserto, de remotissimis et arduis montibus ad Ecclesiam; et hanc vocem habent plerique et pene omnes eorum, ut videamus vere intus docentem Deum..... Quid desideratis? dicimus illis. Et illi: videre gloriam Dei.*» (3)

¡Ver la gloria de Dios! Es decir, que ya no había para ellos ni más anhelos, ni otras ansias, que las ansias y los anhelos de los Gentiles de San Juan, «Señor queremos ver a Jesús». Y en efecto, prosigue San Agustín «*credunt, consecrantur, clericos sibi ordinari exigunt*». Pero avancemos; Nos confesamos, que es

(1) Acta Ap. Sedis 1919, 451 y 455.

(2) Mesnage, Le Christianisme en Afrique, 310.

(3) Enar. in ps. 134.

además evidente, que en nuestra época, más que en la del gran fundador de las Misiones a la moderna, San Gregorio Magno; pueden compararse los Predicadores, con las nubes que circundan y riegan toda la tierra; y la Iglesia, con el firmamento que cobija todas las razas y naciones: ⁽¹⁾ Más aún; verdad es así mismo innegable, que sobre todo, de Pío IX a esta parte, la red arterial misionera por donde circula la fecundidad apostólica «*ad extra*» del Catolicismo; lo mismo entre los seglares como entre los religiosos, fórmanla hoy día elementos de vitalidad y organización, valiosísimos; tanto, que aun prescindiendo de la gloria misionera de Pío IX y León XIII, han hecho exclamar al Sumo Pontífice felizmente reinante: «*Vemos, no sin satisfacción y regocijo, brotar pujantes en tantas partes de todo el orbe católico los entusiasmos de los buenos, por proveer y extender las Misiones Extranjeras*». ⁽²⁾ A nuestra misma patria, Venerables Hermanos y Apreciadísimos Hijos, repuesta ya del aturdimiento e inercia profundísimas, debidas al desastre colonial ¿no la vemos surgir de nuevo vigorosa, y enriqueciendo su seno, de día en día, con nuevas revistas e instituciones misioneras? La misma labor evangélica directa contra el Paganismo de nuestros misioneros religiosos, no desdice en nada, de la de sus hermanos extranjeros.

Pero en total; aun considerado todo el contingente misional católico del mundo, ¿qué son 12.377 Sacer-

(1) Moral. Lib. 17 c. 26; y lib. 24 c. 10, 11, 31, 34.

(2) Acta Ap. Sedis, 1919, 442.

dotes, 22.573 auxiliares suyos entre Hermanos y Hermanas, 25.591 escuelas y 31.516 capillas, como arrojan las estadísticas de Misiones, para después de sostener y dirigir más de 17.000.000 de fieles misionados, y unos 2.000.000 de catecúmenos; tratar, además, de atraer al regazo de Jesús, las tristísimas cifras de 10.000.000 de judíos, 220.000.000 de mahometanos, 800.000.000 de idólatras y paganos; y todo ello, por supuesto, sin contar los 300.000.000 de herejes y cismáticos que hay esparcidos por el mundo? ¿Hay cuadro ni desproporción más desgarrador?

II

El enemigo

Ni es esto lo más triste, Venerables Hermanos y Apreciadísimos Hijos en la sangre de Jesús. Ante ese mundo pagano, tan suplicante como envilecido, para quien hasta los más débiles resplandores de la civilización, que penetra ya en sus cabañas, llevan algunos efluvios de cristianización europea; preséntanse a la vez, en nombre de su verdadero y ansiado Salvador nuestro Señor Jesucristo, dos Iglesias; la de un Cristianismo falseado, pero opulento y rico; y la de otro Cristianismo sin más recomendación, que la virtud y el espíritu de sacrificio de sus pobres misioneros. Ambos le hablan de un mismo Dios: ambos le proponen un solo Cristo para remedio de su repugnante abyección. Y ambos sin embargo, son irreconciliables entre sí. ¿Cuál de esas manos, que aparecen igualmente benéficas, es la mano piadosa y autorizada del Samaritano, que va a curarle de sus seculares llagas? ¿En qué brazos se ha de arrojar confiada la triste Gentilidad?

Porque, agrávase y complícase la situación con los sistemáticos obstáculos, que oponen a la labor del pobre y abandonado misionero católico, las riquezas, el prestigio, la autoridad y el personal desbordante, la facilidad de comunicaciones, las grandes vías comerciales de naciones como Inglaterra y los Estados Uni-

dos, y el frenesí, llamémoslo así, de expansión de secta, que de varios años a esta parte, ha invadido a las Potencias protestantes; como que nos parece fabuloso en España, el desprendimiento de personal y de dinero, que se nota aun en punto de Misiones protestantes, en estas dos Potencias, hoy reinas del mundo.

Mediando ya la guerra europea, una autorizadísima pluma ⁽¹⁾ presentaba a sus hijos norteamericanos, una estadística de la labor misional protestante, capaz de arrancar lágrimas de amargura, aun a los católicos más despreocupados: Hela aquí, Respetables Sacerdotes y Amados Fieles: copiémosla íntegra del mismo documento:

« Y hay otra razón que debe excitar el celo apostólico de todos los católicos americanos: es el fervor, en su género verdaderamente admirable, que sin duda alguna, reina en las sectas protestantes de América. Porque fuera de Inglaterra, en ninguna nación protestante se trabaja tanto por las misiones, ni se da tanto, como en la América del Norte. Ya el año 1810 había allí una Sociedad llamada « Colegio Americano de Comisarios para las Misiones extranjeras ».^(a) Y desde entonces, casi cada diez años, han nacido nuevas sociedades como ésta, hasta el punto de que hoy, en los Estados Unidos y en el Canadá existen 119 asociaciones mayores^(b) y

(1) M. R. P. Wlodimiro Ledochowski. « *De Missionibus exteris adiuvandis* ».

(a) « American Board of Commissioners for Foreign Missions ».

(b) « Societies appointing an sending Missionaries ».

62 menores, cuyo fin es enviar propagadores de la doctrina; a quienes dan dinero y otros socorros, 54 sociedades auxiliares. ^(c) Hay, pues, 235 sociedades ocupadas en promover las Misiones así en América como en otras partes del orbe. Porque en realidad, Misiones tienen en casi todas las tierras de gentiles e infieles, sobre todo en veinte más extensos territorios, ^(d) donde sostienen 6.818 misioneros americanos con auxiliares de ambos sexos, 30.007 coadyuvadores escogidos de los indígenas, entre quienes trabajan 1.437 centros principales y 10.821 secundarios. Y no han echado en vano sus redes, pues cuentan con 562.977 de los que llaman «Comunicantes», 708.959 bautizados y 1.411.116 catecúmenos.

Además, en el establecimiento de escuelas, ponen las sectas americanas singular esmero y diligencia, A cada paso han levantado y dirigen colegios y universidades, academias teológicas y normales; clases de facultades superiores, medias e inferiores; escuelas industriales rurales y dominicales; en suma, unos 21.550 centros de enseñanza de todo género, a donde acuden a instruirse muchísimos jóvenes, cerca de un millón. ^(e)

(c) «Cooperating and collecting Societies».

(d) «En el Japón, República de China, Filipinas, en los territorios Bátavos de la India, en el Asia malaya, en Siria y Palestina, en Africa, Oceanía, América meridional, en la India occidental y, en fin, entre los indios y esquimales y entre los asiáticos (chinos y japoneses) que se han establecido en América. Sólo en las Islas Filipinas trabajaban el año 1910 nueve sociedades protestantes de Misiones, con 167 misioneros y 871 operarios indígenas; con 37 centros principales y 311 secundarios»

(e) «Además de 11.953 escuelas dominicales frecuentadas por 576.901 discípulos, tienen 42 Universidades y Colegios con 3.490

Las mismas sociedades han levantado también muchísimos orfanotrofios, hospitales, asilos de ciegos, sordomudos y leprosos. A los que hay que añadir 334 farmacias y muchas escuelas, en que se forman médicos y enfermeras. ^(f)

Llama, en fin, mucho la atención, la actividad casi increíble de estas sociedades, en repartir hojas y folletos, para cuya impresión tienen 38 imprentas con librerías la mayor parte, y todas al servicio de las Misiones. ^(g)

Los réditos anuales de que gozan estas asociaciones llegan casi a 10.000.000 de dólares; dinero recogido en su mayor parte por medio de colectas voluntarias, muy bien organizadas.

alumnos; 212 entre escuelas teológicas y normales y clases «educativas» con 6.664 discípulos; 689 internados y escuelas superiores con 117.393 alumnos; 57 institutos y clases industriales con 3.154 aprendices; 8.532 escuelas elementales y rurales con 273.277 discípulos; y en fin, 65 «jardines de la infancia» con 2.778 niños».

(f) «Orfanotrofios hay 95 con 7.235 huérfanos; 26 leproserías con 1.543 enfermos; 5 asilos de ciegos y sordomudo; y otros 15 de distintas clases con 90 y 858 asilados, respectivamente; hospitales, 13. Los enfermos curados en estos establecimientos o visitados en sus casas han llegado a 2.438.837. Añádanse 39 escuelas y clases de medicina en que se instrúyen 363 indígenas, y 34 clases y escuelas destinadas a formar enfermeras y frecuentadas por 241 jóvenes».

(g) «Tienen imprentas: en el Japón 3, en Corea 1, en China 6, en Siam 1, en el Asia malaya 1, en Filipinas 3, en la Polinesia 1, en la India 10, en Ceilán 1, en Persia 1, en Turquía 1, en Siria y Palestina 1, en Africa 8. Sólo en la imprenta de Constantinopla (ya lo contó hace tiempo el Superior de los Nuestros, de la Misión de Anatolia), se han impreso más de 10.000.000 de páginas y se han distribuido 85.867 folletos y tratados. Las sociedades bíblicas americanas repartieron el año 1910, 27.511 biblias enteras, 102.050 ejemplares del Nuevo Testamento y 638.161 de otras partes de la Escritura, de ellos 102.999 en solo Filipinas.

Enorme es sin duda el trabajo que emplean los acatólicos en diseminar su herejía. Y aunque no conviene estimarlo en más de lo justo; sin embargo deber nuestro es, no omitir nada de lo que la prudencia humana, ilustrada por la luz de la gracia, puede investigar para el adelanto de las Misiones Católicas. No parezcan los herejes más diligentes en esparcir sus errores, que nosotros en propagar aquella fe verdadera quae vincit mundum».

Y un poco más tarde, añade: «*¡Cómo es que las sectas protestantes dan alegres (laeto animo) cada año sumas enormes de dinero, 25.000.000 de dólares.....! Esta munificencia nace (escribe el mismo autorizadísimo Padre, y fijémonos bien en la razón) de que en sus oratorios y otros sitios de reunión, se habla frecuentemente de Misiones y de la obligación de contribuir a su sostenimiento».*

Cifras son estas aplastantes y de una convicción irrefutable. Ni Nos digáis, Amadísimos Hijos, que esto es una exageración! No, nada de eso. Cada mes, desde la fecha de esa carta, cuyo fragmento hemos transcrito (30 de Junio de 1916), hasta estos precisos días, en que os transcribimos tan tristes datos, las Revistas, sobre todo norteamericanas, vienen saturadas de progresos misionales, que nos debían confundir a los hijos de la luz.

Recuérdese, que sólo el número de misioneros protestantes norteamericanos, pasa ya de 11.500; y que al mismo efecto, los Metodistas reunieron durante los

años de la pasada guerra 110.000.000 dólares; los Baptistas del Norte por su parte, venciendo más que emulando en el celo evangélico protestante, a sus correligionarios del Sur, tratan de reunir; los unos para «*la Era nueva*», los otros para su obra propagandista misional, 100 y 75 millones de dólares respectivamente. Ni para en estas cifras el torrente de oro y de actividad que a este fin se ha desbordado en los Estados Unidos. En el período de 1886-1919, más de 8.000, jóvenes todos, de ambos sexos, han partido para las Misiones, fruto de la «*Asociación misional de Jóvenes protestantes*». De reciente fecha, así mismo, son las asambleas médicas protestantes de China, los donativos espléndidos de cientos de millones de dólares, ofrecidos y dados por plutócratas archimillonarios norteamericanos, y la reunión de la ciudad del Atlántico convocada por el célebre Roberto Lansig, a la que acudieron más de 8.000 delegados.

Se sabe, además, que abrigan intenciones de llegar, merced a una gran organización; a la fusión y unificación de las diferentes sectas protestantes, con tendencias aun a la asimilación del mismo Catolicismo, y a la conversión a su «*Super-Iglesia*», de todo el Paganismo. Este triunfo religioso se ha de verificar a base de un presupuesto de 1.350.777.000 dólares. De ellos más de 300.000.000, se pondrán en juego este mismo año de 1920: cantidad cuya tercera parte, se iba a dedicar exclusivamente a las Misiones Extranjeras. Este movimiento se llama «*Interchurch World Movement*»,

que como es claro, para mayor eficacia cuenta con una Sección y Junta exclusiva de «Misiones Extranjeras». Hállase al frente de toda esta magna Comisión, el limosnero por millones de las Misiones protestantes Mr. Jolm. D. Rochefeller.

Y aunque es cierto, que a las veces dan en ridículas intentonas, como acaece con los Metodistas, que han llegado a la osadía, por no decir sacrilegio, de presupuestar aun las mismas conversiones; con todo, lo que no se puede negar, a la vista de estas cifras enormes y para España fabulosas; es, que como fueron impedimento para la extensión de la Iglesia: en los primeros siglos, a la par que el poder de los Emperadores, la autoridad de los sabios helenizados; en la edad media, la invasión de los bárbaros; más tarde la fuerza bélica del pueblo otomano; y en la época actual, tras las escisiones heréticas germano-inglesas del siglo XVI, el filosofismo del siglo XVIII con su séquito de revoluciones religiosas y sociales del siglo XIX; así por último, después de la guerra europea y en nuestros días, la principal barrera y dique que se opone a la fecunda expansibilidad de la Esposa de Jesucristo, es la labor misionera del Protestantismo. ⁽¹⁾

(1) Preguntado un publicista norteamericano, gran conocedor del movimiento protestante y católico de los EE. UU. a qué atribuía él esta efervescencia misionera, sobre todo protestante, de su patria, contestó: que a su juicio, se debía a tres causas, por prescindir de otras más generales, como v. g. de la actividad nacional, propias de todos los elementos vivos de aquella gran Potencia; 1.º a que a los niños protestantes, desde las catequesis de sus parroquias (en las que casi

Recientes son también los mítines misionales, el envío de cinematografistas al Oriente para impresionar películas misioneras del Asia menor y de la China, el contratar buques traspacíficos con el exclusivo fin del transporte de misioneros chinos, y los recorridos que efectuaron varios comités de jóvenes universitarios misionófilos, por más de 130 colegios y universidades protestantes, como organizadores de nuevas campañas misionales. Por fin, queda el alma aplanada ante estas recentísimas informaciones oficiales.

A la verdad, abramos las estadísticas de 1920 ⁽¹⁾ de las misiones protestantes. En ellas encontramos misioneros y misioneras acatólicos en todo el mundo infiel. Pero estos solos, por mucho dinero de que dispongan, hoy en día serían menos eficaces, si no contaran para su ayuda, con asociaciones bien fundadas y numerosas, que les suministren como fuentes, perennes e inagotables recursos. Y he aquí lo más trascendental del proselitismo protestante: Hijos de naciones, en que todo se realiza por organizaciones colosales y magistralmente constituídas, han sabido aplicar esta fuerza imponente, distribuyéndola por todas las cla-

la mitad del tiempo se consagra a las misiones) se les infiltra el espíritu misional; de lo que resulta, el creárseles como una necesidad interior y convicción de ayudarlas; 2.º a que este elemento misional, como mamado así desde su infancia, lo va el joven conservando después en la mayor edad, como parte integrante de su religión; y por fin; 3.º a que a todas estas actividades religiosas se las ha dado la unidad y eficacia de grandes organizaciones de celo religioso, y de adelanto humanitario, lo cual a la vez les sirve para sus negocios mercantiles.

(1) Foreign Missions Year Book of North America, 1920.

ses de la Sociedad, a la cuestión misionera. Los medios, pues, de oposición contra el Catolicismo misionero, no pueden ser más eficaces, mirados sólo a la luz de un naturalismo frío y meramente humano.

Ellos tienen el prestigio de las naciones, reinas del mundo. Ellos la aureola del saber *humano*, que casi exclusivamente se apellida a sí mismo, cultura mundial. Ellos las grandes vías comerciales de toda la tierra, y las fuentes de las industrias, también, de crédito universal. Ellos poseen a torrentes el dinero. De ellos es el entusiasmo proselitista rayano en un quijotismo apostólico singular. Ellos, por fin, no contentos con esto, han logrado envolver la tierra en una red de asociaciones misioneras, que son la malla de sostén y de defensa, más difícil de romper, que encuentra el misionero católico: esto es, el organismo y espíritu de asociación internacional. Solo las cifras de una enumeración sencilla de sus Asociaciones causan honda impresión.

Helas aquí. Estados Unidos 180.—Inglaterra 66.—China 55.—Indostán 34.—Alemania 27.—Japón 24.—Escocia 22.—Canadá 14.—Australia 10.—Irlanda 7.—Otras naciones 97.—Total 356.

Pasma, es verdad, todo este movimiento sectario: pero no conviene tampoco olvidar, que ellos mismos, por más que se crean grandes, no se atreven a cantar victoria, según las gruesas sumas que les cuesta *cada conversión*, por otra parte nada constante, ni sincera. Profunda es también la desunión latente que dificulta

la aglutinación de tendencias y credos tan diversos. Confesión suya ha sido, la inmoralidad a que el lujo de sus misioneras, provoca en no pocos lugares; lo propio que el empeño dudoso de muchos de sus comisionados, de ser apóstoles más, de bienes temporales que de la salvación de los pobres infieles. Y por más que tal vez, a alguno le parezca inverosímil, es con todo cierto, que la nota característica de las *últimas impresiones* misionales protestantes, por lo que se trasluce en sus Revistas, es de un desengaño, paliado con forma de sensatez y espíritu de precaución; nota pesimista, que forma contraste muy saliente con el oro que han recaudado para su evangelización. Lluvia torrencial de dinero; pero cuya fecundidad, más toca a las comodidades del cuerpo, que al arreglo de las conciencias. Con todo, no conviene dormirse; los medios naturales de que el Protestantismo dispone, son de irresistible efecto, si no para hacer labor de atracción íntima y sentida, sí para destruir y desorientar la mente del mundo pagano.

No hay duda, que la Iglesia, de esta lucha, ha de sacar en el orden sobrenatural grandísimos bienes, como los obtuvo *de las persecuciones*, para cimentarse en más sólidas bases y coronarse de mártires; *de las herejías antiguas*, para presentar a las generaciones futuras, una admirable legión de Santos Padres y organizar los grandes Concilios Ecuménicos; de la *invasión de los bárbaros*, para infiltrar nueva savia de vida y de carácter robustamente cristianos, a un pueblo

muelle y corrompido; *de la reforma*, para precisar más el formulario completo de su depósito dogmático-sacramental, gracias a una Teología ya perfectísima; y para la verdadera labor reformista en la vida interior de la Iglesia, dilatándose a la vez como en desquite, por todo el nuevo mundo recientemente descubierto; *del filosofismo y la revolución*, para zanjar los eternos fundamentos de la verdadera crítica en los estudios de las relaciones político-religiosas entre los Estados y la Iglesia; y *de las actuales conmociones sociales*, para plantar y regular, la única verdadera sociología salvadora, que nos pueda librar de la catástrofe que amenaza a todas las sociedades modernas.

Ley es de la historia de la Iglesia; en cada lucha nueva, abrir nuevos horizontes y encauzar energías hasta entonces ocultas en su seno: y con un triunfo más o menos lento, pero decisivo; en cada nueva cuestión mundial, planteada tal vez contra ella, infiltrar su propio espíritu y vida en elementos a primera vista los más hostiles a ella, terminando por asimilarse a su favor aun los mismos trastornos sociales. Un caso concreto de esta ley, creemos será esta inusitada y sorprendente actividad misional del Protestantismo, que si es cierto no será universalmente fecunda con la verdadera vitalidad de la Iglesia; también vemos, que al menos a su primer empuje, podrá ser un obstáculo durísimo y firme, que por de pronto, dificulte el avance de las conversiones católicas. Recordemos lo que sobre un punto análogo, escribe Balmes en el cap. 45 de

su «Protestantismo comparado con el Catolicismo».

Pero y ¿cuánto durará esa actividad?, ¿en qué campos ejercerá su influencia?, ¿cuál será el primer estado de cosas que creará su actuación en el Paganismo?, ¿qué destinos y papel juega en la historia evolutiva de la Iglesia, este repentino torrente de proselitismo protestante? Difícil es averiguarlo, lo propio que las razones íntimas y profundas de ese movimiento sectario. Con todo es modesta opinión Nuestra, que los destinos de esta exteriorización desbordante del Protestantismo proselitista, son ante todo, el de *urgir a los católicos la extensión del Reino de Cristo, tan abandonado de nuestra parte*; y el de demoler, después, el Paganismo, dejando tal vez, el terreno mejor preparado para la luz de la Iglesia; algo así como acaeció con *la diáspora* de los judíos, respecto del primitivo cristianismo.

Porque hemos de estar muy convencidos, Venerables Sacerdotes y Amadísimos Hijos, de que la fecundidad vital, esa vida «regia prole foecunda» con su lozanía interna, regenerativa, salvífica y asimiladora, propia y exclusiva de la única y verdadera Esposa de Jesucristo, ha de ir creciendo y dilatándose hasta dominar la tierra. «*Crescet enim Ecclesia donec occupet omnes linguas*».⁽¹⁾

No a las facciones heréticas, por más que se junten, y se llamen «Super-Iglesia» (ramos desgajados del árbol nacido del grano de la cruz, y sarmientos podados de la vida de Cristo), sino a la Iglesia católica,

(1) Enar. in ps. 147.

apostólica, romana pertenece el dominio religioso del orbe. «Yo, yo, decía San Agustín en un arranque de intenso y penetrante lirismo de universalista, *yo estoy en el Cuerpo de Cristo, yo estoy en la Iglesia, y como a miembro de tal, me corresponden todas las lenguas de las naciones: «mea est graeca, mea est syra, mea est hebraea, mea est omnium gentium».*

Y aunque es teológicamente cierto, como compendiando el tratado «*de gratia*» insiste el Supremo Jerarca de la Iglesia, en su aureo documento misional; que «*la propagación de la fe cristiana, es toda ella, obra exclusiva de Dios; pues de Dios solo, es penetrar en el corazón para derramar allí sobre la inteligencia la luz de la ilustración divina y para enardecer la voluntad con los estímulos de las virtudes, a la vez que presta al alma las fuerzas con cuyo auxilio puede ésta corresponder y efectuar lo que a la luz divina comprendió ser bueno y verdadero*»; con todo reflexionemos juntamente, que aun estando la gracia en su plenitud, únicamente a nuestra disposición, y no a la del Protestantismo, como factor y agente que es exclusivo de la Iglesia: a nosotros nos incumbe cooperar a ella y con ella lo mismo social que individualmente, contraponiendo misioneros a misioneros, recursos a recursos, grandes organismos misionales docentes y benéficos, a organismos análogos protestantes, sin vacilar del éxito de la victoria. Sin duda para obviar esta situación tan difícil, que nos crea la propaganda misionera protestante, Dios tiene preparados corazones, almas y fortu

nas católicas. ¿Quiénes serán esos dichosos salvadores del Paganismo? y a ¿quién dirá el Gran Misionero del Padre Eterno «*sequere me*» sígueme? ¿No seremos Nos y Vosotros, Amadísimos Sacerdotes y Queridísimos Hijos, los afortunados a quienes Jesús el piadoso samaritano, encargue «*Ten cuidado de ese enfermo, y lo que además gastares por él, en mi venida, yo te lo he de retribuir*»?

Convenzámonos íntima y profundamente de que nos pertenecen todas las naciones: «*Omnes erant in arca, omnes in disco, omnes mactat et manducat Petrus; quia Petrus petra, petra Ecclesia*». ⁽¹⁾ ¡Ojalá que formando el mundo por nuestra cooperación y la de toda la Iglesia, un solo cuerpo y un solo espíritu, como llamados a una misma esperanza; pues es también uno el Señor, una la fe, uno el bautismo; ⁽²⁾ obtengamos sea Jesucristo, nuestro único amor, el centro de toda la humanidad convertida y por convertir; y no haya presto ya en toda la tierra, más que una sola grey y un solo Pastor. ⁽³⁾

Sublime ideal, sublimes anhelos, divina empresa: al fin y al cabo, ideal, anhelos, empresa que radican en la misma naturaleza salvadora de la Iglesia, y en el carácter misional de Jesucristo. He ahí las ansias de nuestra Madre. ¿Las realizaremos nosotros? Sí.....! «¡O

(1) Enar. in ps. 103.

(2) Ad. Eph. 4, 4-5.

(3) León XIII, fórmula de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús.

beata Ecclesia!.... erige oculos tuos», levanta ya tu mirada, Iglesia bienhadada, y extiéndela por el mundo «*et diffunde per mundum*». Mira, que ya tus posesiones no tienen más límites que los de la tierra; «*Vide iam haereditatem usque ad terminos orbis terrae*». Mira cómo se cumplen ya los vaticinios pronunciados sobre tu difusión: «*vide iam impleri, quod dictum est: Adorabunt eum omnes reges terrae, omnes gentes servient illi*». ¡Ah, Hijos míos! ¡Que a Jesús, cuyos pies y manos fueron enclavados en un madero; que a Jesús, cuyos huesos pudieron contarse, uno a uno en la Cruz, y sobre cuyas vestiduras se echaron suertes, hayamos de poder aclamarle nosotros en ese mismo patíbulo de amor, REY DEL MUNDO! Sigamos aclamando a nuestra Madre con San Agustín: «*Vide illum cuius pedes et manus fixi sunt clavis, cujus ossa in ligno pendentia numerata sunt, super cuius vestimentum sors missa est*». De nuestra parte, Madre dulcísima, «*vide regnantem, quem illi viderunt pendentem.... Vide inde compleri: Commemorabuntur et convertentur ad Dominum universi fines terrae; et adorabunt in conspectu eius, universae patriae gentium*». ⁽¹⁾ El testamento de las conquistas de Jesucristo, es nuestro: nos pertenece por derecho de legítima y única sucesión: no nos lo dejemos arrebatarse por otras Iglesias, que no son la nuestra.

(1) Enar. in ps. 47.

III

La voluntad del testador

Nada tan decisivo en orden a dirimir esta cuestión, como el *testamento* de Jesucristo. Tal vez los católicos españoles, lo olvidemos demasiado, reservándole intacto en el depósito de la fe; al paso que los protestantes, porffían por desposeernos de él, levantándose con sus derechos y sus glorias.

Pero; «no», dice San Agustín, en uno de sus arranques, impregnado en dulcísimo amor a la Iglesia católica y en oposición a las heréticas. ⁽¹⁾ Es un hecho, que Cristo murió; es un hecho, que ese divino mercader mostró a todos el valor de su compra; es un hecho, que el precio fué su propia sangre, y que, en su corazón, como en segurísima bolsa, llevaba nuestro pago. Mas «*percussus est lancea, fusus est saccus, et manavit pretium orbis terrarum*». ¡Dichosa lanzada, que al rasgar esa arca de infinitos tesoros, hizo brotara sobre la humanidad, entre efluvios de divinidad y nuevas auras vitales, el precio de todo el orbe de la tierra! ¿Qué dices a esto, hereje? exclama aquí el Santo Doctor. ¿No es esa sangre, acaso, el precio de toda la tierra? Pues entonces, «*Quem invasorem passus est Christus, ut perderet rem suam?*» ¿Qué mano sacrilega y furtiva, desposee a Cristo de lo que es su propiedad?

(1) Enar. in psal. 21.

Venerables Sacerdotes y Queridos Hijos: y ¿no habrá contraído nuestra indiferencia alguna responsabilidad, en esa desapropiación sacrilega de la propiedad de Jesucristo? «Sí; se han de convertir a Jesucristo, prosigue en son de victoria el Santo Doctor, todos los confines de la tierra, como expresamente lo vaticina el Salmista. «*Si diceret, fines terrae, et non diceret universi fines terrae, dicere habebant*». Si el Salmo atestiguase la conversión de los confines del mundo, y no expresase y recalcase categóricamente *de todos los confines* de la tierra, aún estaba en la herejía recurrir a algún subterfugio; pero «*universi fines terrae, dixit, haeretice; universi, dixit*». Aquí, no hay réplica posible. ¡Todas, todas las longitudes y latitudes del orbe, es el término profético; y todas ellas han de ser posesión de Jesucristo.

¡Ah! Y cuánta razón tiene el Santo enamorado, ante este sublimísimo programa del Reinado universal de Cristo, cuando prorrumpe en aquel valiente, a la vez que suavísimo «*scribamus illum (psalmum) in frontibus nostris*»: esculpamos a cincel, este salmo en nuestras frentes; «*cum illo procedamus*», avancemos siempre con él; ni jamás cesemos de tenerlo en nuestra boca; «*non quiescat lingua nostra; ista dicat.... Universi fines dixit, o haeretice*», y Nos exclamamos también: «*Universi fines dixit*, oh católico despreocupado, *Universi dixit*: Todo, todo el mundo ha de ser dominio de Jesucristo.

Y por si estos vaticinios, gloria de Jesucristo y

gloria de los misioneros, aún no resuenan en algunos oídos, no cesa la Escritura de recalárnoslos y de repetirnoslos, de suerte que, a fuerza de reiterarlos, hasta los «*surdos pulsat*» no haya oídos de sordo que los puedan desoir.

«*Creedme, hermanos, continúa de nuevo el Santo: me trae esta petulancia donatista en desoir tales vaticinios, tan acongojado: me excita de tal modo, la dureza y sordera asombrosa de su corazón, que haciéndome dudar, sospecho a las veces, si en sus Escrituras, no se hallarán estas profecías*». Amarga queja: aplicable también a nuestra dejadez misionera. La universalidad es patentísima «*Ecce codex ipse*». Ahí están las Escrituras; ahí la documentación divina. «*Contra illum certent*»: no luchan contra nosotros, que luchan contra las promesas y contra el testamento del mismo Dios.

Porque en efecto, Amadísimos Hijos: Interviene en este negocio trascendentalísimo la última manda, el último encargo, el postrer anhelo, el compendio testaral del mismo Jesucristo, sancionado y rubricado en su muerte, con la inmolación de El mismo, como hostia divina.

Estaba Jesús para partir del suelo; ya su divina misión se había concluído, y los Apóstoles aún indecisos, se agolpaban a su alrededor, pocos momentos antes de su Ascensión a los cielos, inquietos por saber la forma concreta, en la que había de cristalizar y organizarse el nuevo Reinado de Israel; cuando Jesús, les anuncia e intima solemne y autoritativamente, a

modo de última manifestación de su voluntad, como fundador que era de la Iglesia, dos cosas: respecto de Dios, les afirma la garantía divina del éxito infalible del futuro Reino, asegurada por la asistencia de la virtud omnipotente del Espíritu Santo: y respecto de los Apóstoles, les intima su labor universalista y la obligación de ser sus testigos desde la Judea y Jerusalén hasta los últimos límites del mundo.

Por medio del testamento suelen los padres traspasar, para después de su muerte, a su familia, los títulos, la dignidad, el nombre, los derechos y los bienes propios. ¿Qué nos testó a su vez Jesucristo en su última partida? «*Aperi, lege.*» *Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a todas las naciones* «*et remissionem peccatorum in omnes gentes*». ⁽¹⁾

Fijémonos bien: «*Fecit testamentum*». Ahí está el testamento, ¿A qué discutir, pues, si la obra de la conversión del mundo, ha de dejarse a la invasión del proselitismo protestante, o a la moda naturalista del racionalismo imperante en las clases cultas de la sociedad actual? ¿Nos dejó, acaso, a sus hijos Jesucristo al partir al cielo, «ab intestato»? «*Non intestatus mortuus est Pater, fecit testamentum*», protesta enérgico San Agustín.

Cuando después de expirar el testador, y antes de abrirse el testamento, se excitan las rivalidades entre los pretendientes a la herencia, ¿qué se hace?; pregunta el Santo Doctor. Al presentarse el original del testa-

(1) Marc. 16, 15; y Luc. 24, 47.

mento, entre la ansiedad y el silencio de todos, ábrense y léense las actas testariales: a su lectura el juez sigue atento el recitado del documento; los abogados y notarios escuchan el recitado interesados y con la ley en la mano: todo el pueblo queda y permanece suspenso, hasta que se oiga la última voluntad «*mortui*» del que ya no existe; y entonces patentizada la verdad, todos se rinden a la decisión del difunto. ¿Solo al testamento de Cristo, a cuya firma en la cruz, y a cuya apertura después, en la Ascensión, debieron quedar asombrados los ángeles y todos los siglos, se ha de contradecir? «*Sedet Christus in coelo, et contradicitur testamento eius*»?

Nos legó Jesús, como fruto de todo su precio, y objeto de su amor y de sus delicias divinas, el testamento más grande, rico, sublime, que han visto, ni verán las edades; puesto que, no es otro que el traspaso a la Iglesia de su misma divina misión: y ¡ah! que mientras los protestantes nos lo quieren arrebatarse de las manos; y mientras el racionalismo nos lo quiere convertir en pavesas, como ridículo credencial de un anticuario iluso «*persecutores incendere volunt*»; ¿que entre nosotros, los hijos de Jesucristo, haya aún, quienes olvidados del precio de la sangre de Cristo, de su encomienda final; y rehusando fijarse en la gloria que darían a Jesucristo, no solo los mil millones de infieles actuales, sino los miles y miles de millones de los hijos de éstos, «*et contradicitur testamento eius*» se opongan a la realización del testamento de Jesucristo?

Lágrimas de sangre merece tamaña inconsideración: «*Qui fecit testamentum, vivit in aeternum; audit voces nostras, agnoscit suam*». El sabe lo que dijo, y él oye lo que decimos sobre él. Abramamos, abramamos, Hijos míos, de nuevo llenos de amor, de respeto, de obediencia, de estupenda admiración la última expresión testarial de nuestro Padre: «*aperi testamentum*». ¿Qué dice?

Primero oye el del Padre Eterno para su Hijo: «*Pues eres mi hijo, a quien hoy he engendrado. Pideme a mí, y yo te daré en herencia todas las naciones, y serán ya posesión tuya, todos los últimos confines del mundo*»: ¡Divino ofrecimiento y divina posesión! Pero Cristo, por su parte, departiendo con nosotros su herencia, como Padre amantísimo, nos legará junto con su misión, este mismo eterno testamento. Hélo aquí: «*Euntes in mundum univèrsum, praedicate Evangelium omni creaturae*». Sin exclusión de tierras, sin exclusión de límites, sin exclusión de mares, sin exclusión de la obra de la Redención, que esencialmente debe ser universalista, id y predicad mi Evangelio a todo el universo mundo.

Cerremos estas dichosísimas palabras, con las mismas con que, a propósito parecido, como con broche de diamantes, da remate San Agustín a su lindísima enarración del Salmo 21: «*Contra tam apertam et manifeste demonstratam possessionem Christi non audiatís verba calumniatoris. Quidquid contradicunt, homines dicunt: HOC AUTEM DEUS DICIT*».

IV

Su realización de hoy

Al estudiar el principio vital de la expansión del Catolicismo, nunca conviene confundir la obra de la actuación regeneradora de la Iglesia, como tal, con la de los pueblos católicos por separado. Pueden muy bien olvidarse de los destinos, que están vinculados a la universalización del Catolicismo, una o varias naciones por católicas que sean; y sin embargo, avanzar éste con irresistible fuerza en su derecho y deber de conquista del Gentilismo: la Iglesia en virtud de su fecundidad, siempre ha de adelantar, por más que algunos pueblos que la integran, parezcan estériles, y en realidad queden estancados.

De ahí, que para fallar sobre el cumplimiento moderno por parte de la Iglesia, del testamento sublime de Jesucristo, no basta considerar la actividad apostólica y evangelizadora de una nación católica por separado en un momento histórico dado; la mirada del observador reflexivo, ha de ser necesariamente panorámica, que recaiga sobre toda la Iglesia: y el dictamen, así formulado, siempre hallará en admirable consonancia, la teología que enseña como «*a priori*» y la historia que la comprueba «*a posteriori*», la fecundidad y la dilatación de la Iglesia católica. No es otro el objeto de este capítulo, que el de presentaros en

un solo golpe de vista, el cuadro sinóptico actual de toda la Iglesia Misionera.

Ya antes, Venerables Hermanos, expresamos cómo la Iglesia puede considerarse bajo tres grandes relaciones mundiales: Respecto del *Catolicismo Jerárquico permanente*; o sea, en su relación con los que siempre han sido sus propios miembros, y en ese caso, obra y llámase la «MADRE»: respecto de quienes, habiendo sido miembros suyos, merecieron después los arrojase de sí, como a indignos de su nombre y de su vida; y en este caso es «JUEZ» de los cristianismos espúreos, *el cisma y la herejía*: y por último, respecto de los que nunca han sido partícipes de su vida espiritual, como *el Paganismo, la Gentilidad, el Mahometismo*, etc., para los cuales el Señor la constituyó, gracias a sus credenciales divinas, como a apóstol de los gentiles y «CONQUISTADORA» hasta los últimos confines de la tierra.

En su primera relación desarrolla la Iglesia sus misiones interiores, de las que Nos aquí no tratamos, y son, las que se dan con especiales bendiciones del cielo en las parroquias católicas de nuestros pueblos: pero en las otras dos relaciones, entra ya de lleno la parte activa correspondiente a la Iglesia Misionera y a nuestro estudio presente, con sus *Misiones exteriores*: y como es fácil de ver, su organización, su personal, sus atribuciones, su campo y sus medios de combate, constituyen «la realización efectiva de hoy» del gran testamento de Jesucristo.

Nos permitiréis, pues, una pausa más; para que contemplemos, siquiera sea en rápida ojeada, los elementos de dirección y movilización de los ejércitos de esta Iglesia Misionera.

I. Todos sabéis que el Papa, es el alma, la cabeza y el origen de todas las demás autoridades subordinadas, que forman y completan la jefatura y oficialidad de ese sin igual ejército en activo.

Dos Congregaciones romanas: la de «*Propaganda Fide*» y la de «*la Iglesia Oriental*» hacen las veces de un «Estado Mayor» doble, de la Iglesia Misionera. Organos funcionales, las dos, y directoras de toda la vitalidad apostólica del Catolicismo en su actuación conquistadora, entrambas Congregaciones deben considerarse, como elementos de regeneración de primer orden y únicos en su clase; toda vez que, desde que se formaron, a ellas confluyen y de ellas refluyen todas las energías vivíficas y asimiladoras del corazón de la Iglesia Misionera.

«La Congregación de la Iglesia Oriental» incluída hasta hace poco en la de Propaganda Fide, bajo el título de «Congregación para los negocios del rito oriental», acaba de ser declarada independiente de la de Propaganda, no sin alguna mayor amplitud: con su Prefecto propio, que por hoy lo es el Sumo Pontífice, y con sus derechos jurisdiccionales propios también, sobre las cuatro Iglesias de los Ritos orientales, Griego, Armenio, Siríaco y Copto, los cuales dan sus respectivas subdivisiones de griego puro, rumano, eslavo y

melchita para el Griego; para el Copto, el egipcio y el etíope; y para el Siríaco, el siríaco puro, el siro-caldeo, el siro-anamita y el siro-molabar, que se extiende hasta las Indias Orientales. Con sola esta enumeración de pueblos y de razas, queda bien definida, la zona de acción que el Papa ha designado a esta nueva Congregación, lazo de unión del Oriente y el Occidente cristianos.

Según el Anuario Pontificio de 1920 constitúyena un colegio de 12 Cardenales, 24 Consultores, 10 oficiales y 2 intérpretes.

El P. Arens, en su recentísima obra, ⁽¹⁾ nos presenta la siguiente estadística del campo de acción de la «Congregatio pro Ecclesia Orientali».

(1) Handbuch der Katholischen Missionen, 1920.

RITOS	LENGUAS DE LOS RITOS	REGIONES	NÚMERO DE DIÓCESIS	CATÓLICOS	
1) Armenio . . .	armenia. .	Turquía, Armenia, Persia, Polonia, Rusia, Egipto.	1 Patriarc. 4 Archidiócesis. 14 Diócesis.	113.400	
2) Copto-egipcio	copta. . . .	Egipto.	1 Patr. 2 Dióc. . .	20.250	
3) Copto-abisinio . . .	etíope . . .	Abisinia, Eritrea	Sin Jerarquía const.	18.000	
4) Griego	puro. . .	griega . . .	Turquía, Italia, Córcega, Hungría	Sólo 1 Dióc., en Hungría; las más son del rito latino.	122.555
	melchita . . .	árabe o griega.	Turquía.	1 Patr. 4 Arch. 8 Diócesis	173.140
				1 Archidiócesis. 3 Diócesis	1.186.738
	rutheno. . .	eslava antigua	Polonia, Hungría, Canadá, EE. Unidos . . .	1 Archidiócesis. 5 Diócesis	4.859.612
	búlgaro. . .	eslava antigua	Macedonia, Tracia.	2 Vic. Apost. . . .	8.948
puro. . .	siriaca. . .	Siria, Mesopotamia	1 Patr. 5 Archid. 4 Diócesis	25.450	
5) Sirio	caldeo	caldea . . .	Mesopotamia, Kurdistán, Persia, Egipto. . . .	1 Patr. 1 Archid. 12 Diócesis . . .	53.915
	maronita . . .	siriaca. . .	Siria	1 Patr. 7 Archid. 2 Diócesis	331.300
6) Siro-malabar	siriaca. . .	Indostán	4 Vic. Apostólico	486.243	
TOTAL.			6 Patriarcados. 23 Arzobispados 51 Diócesis 6 V. Apostólicos	7.399.551	

Pero al tratarse de las Misiones propiamente dichas, la Iglesia Oriental no pasa de ser un gran sector de la Iglesia Misionera. Réstanos todavía el magnífico cuadro de las avanzadas del Catolicismo en sus conquistas del Paganismo. En el ansia de no desperdiciar en nuestro bosquejo, detalle de interés general, trazaremos las líneas más amplias de la jurisdicción de «Pro-

paganda Fide» conformes en todo, a las últimas estadísticas y normas directivas del mismo P. Arens, cuyo «Manual» ha merecido los aplausos más sinceros del Excmo. y Rvdmo. Prefecto de «Propaganda Fide».

II. La Congregación de «Propaganda Fide», según el Anuario ya citado, consta de 20 Cardenales, 1 secretario, 1 subsecretario, 23 consultores y más de 32 oficiales al servicio de sus distintas funciones.

Visto desde Roma como punto céntrico de su actividad, el campamento misionero de Cristo, produce en el alma, profunda y consoladora sensación. Extendidos como en distintas líneas militares sus centros jurisdiccionales por Suecia, Noruega, Dinamarca, Islandia, Anhalt, Norddentschland, Sachsen, Lausitz, Rhatien, Misox, Albania, Bosnia, Bulgaria, Rumanía, Servia, las dos Turquías, Grecia, Montenegro, Persia, Las Indias Orientales, China, Japón, Macao, Ceilán, Corea, Oceanía, toda el Africa y más de 14 Repúblicas Americanas, forman la gran red conquistadora y universalista, a cuyo frente se encontraban, hasta hace poco aún, 9 Delegados Apostólicos entre Australia, Constantinopla, Egipto, Arabia, Japón, Grecia, India Oriental, Mesopotamia, Persia y Siria; 28 Arzobispos, 57 Obispos, 181 Vicarios Apostólicos, 69 Prefectos Apostólicos, 2 Abades Nullius y 13 Superiores de Misiones.

El Estado comparativo, antes y después de la guerra—resultado feliz de los esfuerzos apostólicos de los

soldados, que luchan por Jesucristo a las órdenes de esa abnegada y heroica oficialidad eclesiástica,—es un triunfo relativo en lo pasado, a la par que una esperanza del porvenir; si es que el pueblo católico, sabe corresponder en los actuales momentos, sin duda críticos para las Misiones, al llamamiento de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, Benedicto XV. Hélo aquí.

Estado comparativo de las Misiones de inieles antes y después de la guerra

TERRITORIOS	PERSONAL DE LA MISIÓN					FRUTOS			
	SACERDOTES		AUXILIARES			Católicos	Iglesias capillas	Escuelas Elementales	Alumnos
	Total	Secul. indígenas	Total de HH.	Total de HHnas.	Categ. y maestros				
1. Asia									
Japón y colonias	259	57	161	540	626	156.623	306	160	9.107
China y colonias	2.245	749	342	3.000	7.000	1.615.487	7.528	7.221	151.694
Indochina e islas de las Indias Orientales	1.573	796	258	3.897	2.349	1.226.809	4.727	2.953	122.961
Filipinas	1.109	700	188	505	?	7.276.092	1.470	?	30.000
Indias y Ceilán	2.917	1.477	763	4.222	4.000	2.671.279	5.995	4.339	265.700
<i>Total.</i>	8.103	3.779	1.712	12.164	13.975	12.946.290	20.026	14.673	579.462
2. Africa									
Norte del Africa	687	(?) 7	207	964	716	320.321	476	555	39.849
Centro del Africa	976	11	433	517	4.692	463.069	1.903	3.952	202.741
Sur del Africa	794	(?) 40	555	2.427	1.708	727.813	1.853	899	67.183
<i>Total.</i>	2.457	(?) 58	1.195	3.908	7.116	1.511.203	4.232	5.406	309.773
3. Oceania									
Australia	42		48	73	?	15.219	30	(?) 16	1.142
Oceania	421	8	279	606	(?) 951	190.870	869	629	25.070
<i>Total.</i>	463	8	327	679	(?) 951	206.089	899	645	26.212

TERRITORIOS	PERSONAL DE LA MISIÓN					FRUTOS			
	SACERDOTES		AUXILIARES			Católicos	Iglesias capillas	Escuelas Elementales	Alumnos
	Total	Secul. indígenas	Total de HH.	Total de HHnas.	Cateq. maestros				
4. América									
América del Norte.	420	?	200	898	?	209.689	495	339	23.940
Centro y Sur de América	829	?	271	444	?	1.072.905	608	350	27.000
<i>Total.</i>	1.249	?	471	1.342	?	1.282.594	1.003	689	50.940
<i>Total antes de la guerra.</i> . . .	12.272	3.845	3.705	18.093	22.042	15.946.176	26.160	21.413	966.387
<i>Total después de la guerra.</i> . .	12.377	4.541	3.200	19.373	35.263	17.548.854	31.516	25.591	1.093.406
<i>Diferencia.</i>	105	696	505	1.280	13.221	1.602.678	5.356	4.178	127.019

Estado de las Misiones de Oriente antes de la guerra

TERRITORIOS	PERSONAL DE LA MISIÓN				FRUTOS	
	SACERDOTES		AUXILIARES		Católicos	Iglesias capillas
	Total	Secul. indig.	Total de HH.	Total de HHnas.		
1. En Europa	800	300	70	1.700	419.000	700
2. En Asia						
Rito latino	602	54	579	1.151	65.566	361
Rito oriental	2.759	2.759	1.016	200	691.205	1.560
<i>Total.</i>	4.161	3.113	1.665	3.051	1.175.771	2.621

Con ese cuadro sinóptico ante los ojos, analicemos la intervención en el éxito, de los factores más principales. Fuerzas, todas ellas valiosísimas, deben estudiarse no sin haberlas antes diferenciado en misioneros indirectos y directos, y distribuído éstos últimos en tres grandes agrupaciones, correspondientes a *tres cuerpos de ejército*, con las que la Iglesia realiza, en efecto, la ejecución del divino Testamento de Jesucristo.

III. El elemento religioso, es hoy en día, el primer cuerpo de ejército y el preferido por Jesucristo para la difusión de la Iglesia. Su organización, su abundancia, su disciplina, la solidez de su virtud y el hábito de una vida sujeta, sacrificada y austera, le hacen ser de un número y una eficacia sin igual en los anales de las Misiones. De los 12.377 sacerdotes misioneros actuales, la gran mayoría, con mucha diferencia, son sin réplica religiosos: y religiosos son asimismo, la casi totalidad absoluta de los 3,200 Hermanos y las 20.000 Hermanas que en calidad de auxiliares sirven al Señor en las Misiones. Ordenes antiguas y Congregaciones modernas, emulan en su afán y celo misioneros, sin que podamos apropiarnos a ninguna de ellas la calificación de preferencia. Una sencilla enumeración nos lo dice.

De las Órdenes antiguas, *los Agustinos* predicán el Evangelio en China, Filipinas, Perú, Marruecos y Colombia; *los Benedictinos* en el Brasil, Congo belga, Estados Unidos, Palestina, Transvaal, Australia y Filipi-

nas; *los Capuchinos* en la Indostán, Arabia, Siria, Mesopotamia, Asia Menor, Congo belga, Eritrea, Etiopía, Djibuti, Seychelen, Colombia, Chile, Brasil, Honduras, Borneo, Sumatra, Filipinas, Marianas, Creta, Grecia, Turquía y Bulgaria; *los Carmelitas* en el Indostán, Mesopotamia, Siria y Colombia; *los Dominicos* en el Japón, China, Indochina, Mesopotamia Kurdistán, Asia Menor, Grecia, Palestina, Congo belga, Transvaal, Ecuador, Perú, Brasil, Filipinas, Curaçao y Turquía; *los Eudistas* en el Canadá; *los Franciscanos* en la China, Japón, Rodas, Palestina, Siria, Armenia, Chipre, Egipto, Marruecos, Trípoli, Mozambique, Estados Unidos, Perú, Chile, Bolivia, Argentina, Brasil, Filipinas, Albania, Bosnia, Herzegowina, Montenegro, Turquía, Rumanía y Marruecos; *los Jesuitas* en el Japón, Siria, Armenia, Filipinas, Batavia, Indias or., Egipto, China, Indostán, Madagascar, Ceilán, Reunión, Mauricio, Zambeza, Congo belga, Canadá, Estados Unidos, Honduras, Méjico, Jamaica, Guyana B., Albania, Bosnia, Grecia y las Carolinas; *los Lazaristas* en China, Persia, Siria, Asia Menor, Filipinas, Egipto, Abisinia, Madagascar, Estados Unidos, Colombia y Balkanes; *los Premostratenses* en el Congo belga, Madagascar y Estados Unidos; *los Servitas* en Sudáfrica inglesa; *los Silvestrinos* en Ceilán; *los Teatinos* en Estados Unidos; *los Trapenses* en el Japón, China, Asia Menor, Palestina, Congo belga y Bosnia; y por fin *los Trinitarios* en Benadir.

Las Congregaciones modernas, algunas de ellas

exclusivamente misioneras, característica religiosa hasta estos siglos desconocida, extienden su radio de acción conquistadora: los *Asuncionistas* por Palestina, Asia Menor, Turquía, Bulgaria y Grecia; los *Josefinos misioneros* por los Estados Unidos; los *PP. Maristas* (S. M.) por Oceanía central, Samoa, Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas, Viti, Salomón y Nueva Zelanda; los *Misioneros Oblatos de San Francisco de Sales* por el Indostán, Nueva Pomerania, Marshall, Gilbert, Nuevas Guineas inglesa y holandesa, Australia y Filipinas; los *Misioneros de Nuestra Señora de la Saletta* por Madagascar; los *Sacerdotes Misioneros de la Compañía de María* por el Africa Oriental inglesa, Canadá, Colombia y Haití; los *Salesianos de Troyes* por el Sur de Africa B., Gran Namaland y Grecia; los *Oblatos de María Inmaculada* por Ceilán, Sud-Africa inglesa, Windhuk y Canadá; los *Pallotinos* por Camerón y Australia; los *Pasionistas* por Bulgaria; los *Corazonistas de Picpus* por Java, Marquesas, Tahiti y Nueva Guinea; los *Sacerdotes de San Edmundo* por los Estados Unidos; los *Sacerdotes del Sacratísimo Corazón de Jesús* por el Congo belga y Camerón; los *Redentoristas* por el Congo belga, Suriname, India occidental y Filipinas; los *Resurreccionistas* por los Balkanes; los *Salesianos* por China, Indostán, Filipinas, Asia Menor, Palestina, Mozambique, Sud Africa inglesa, Congo belga, Patagonia, Chile, Brasil, Ecuador y Turquía; los *Salvatorianos* por el Indostán y Estados Unidos; los *Hijos del Inmaculado Corazón de María* por Fernando Póo, Gui-

nea española y Colombia; *los PP. de la Santa Cruz* por el Indostán; *los Benedictinos de San Otilio* por Corea, Dar-es-Salam y Lindi; *los de la Sagrada Familia* por el Brasil; *los Misioneros de Mariannahill* por el Sud Africa inglesa; *los Misioneros de Scheut* por China, Filipinas y Congo belga; *los Sacerdotes de Nuestra Señora de Lyon* por Palestina; *los Hijos del Sagrado Corazón de Jesús* por el Sudán y Egipto; *los Misioneros del Verbo Divino* por Japón, China, Filipinas, Donda, Islas de las Indias Orientales, Nueva Guinea, Togo, Mozambique, Estados Unidos, Brasil y Paraguay; *los Padres del Espíritu Santo* por Senegambia y Guinea, Sierra Leona, Nigeria, Camerón, Congo francés, Gabón, Congo portugués, Congo belga, Africa oriental inglesa, Bagamojo, Kilimandjaro, Madagascar, Camerón, Reunión, Mauricio, Estados Unidos y Brasil; *los Padres Blancos* por el país de los Cábilas, Sahara, Sudán, Bangueolo, Nyassa, Congo belga, Uganda, Victoria Nyansa, Kiwn, Tanganika, Unjanjembe, Palestina.

Póngase al servicio de todo este personal misionero: de Bélgica, *los HH. de la Caridad*; de Francia, *los HH. de las Escuelas Cristianas*, *los HH. de la Instrucción Cristiana de San Gabriel*, *los HHtos. de María*, *los HH. de la Compañía de María*, *los HH. de la Mennais* y *los HH. de la Santa Familia*; de Holanda, *los HH. de San Luis Gonzaga*, *los HH. de las Escuelas de Tilburg*; de Irlanda, *los HH. de la Doctrina cristiana* y *los de San Patricio* y *los HH. Franciscanos de la India*; Hermanos todos, esparcidos por todo el

orbe misionado; añádaseles, después, para el sostenimiento de miles de escuelas, orfanotrofios, hospitales, leproserías, asilos y enfermerías, miles de Religiosas de todas clases, y no nos extrañará la eficacia de las Misiones católicas.

Consuela verdaderamente, el número de Familias Religiosas femeninas, puestas incondicionalmente al servicio de las Misiones Extranjeras. Llegan a 170 las Asociaciones de Religiosas misioneras; 30 de ellas exclusivamente de Misiones, que trabajan en tierras de infieles; de las cuales 57 Congregaciones deben su fundación a Francia, 17 a Italia, 9 a Holanda, 5 a Inglaterra, 5 a Bélgica, 5 a España, 3 a la Austria alemana, 3 a Suiza, 3 a Irlanda, 24 a los Estado Unidos, 15 al Canadá y 1, respectivamente, a Eslavonia, Méjico, Colombia y Chile; 6 de las Ordenes antiguas poseen, también, su campo de acción activa con misioneras francesas, italianas, holandesas, belgas y norteamericanas.

Pero no se agota aquí el elemento auxiliar de la Iglesia Misionera. Sin contar, y a parte de los religiosos y religiosas indígenas, que pertenecen como miembros a Religiones o Congregaciones llevadas de Europa o América a tierras de infieles, débense enumerar *en el Oriente, los Antonianos, los Basilios, los Mechitaristas, los Siervos de la Inmaculada Concepción, la Congregación de San Efrén, la Sociedad misional de San Pablo y la Congregación carmelitana malabar*, todas ellas constituídas por elemento indígena; y *en lo*

restante del campo evangelizado, hay 9 Asociaciones religiosas de HH.^{os} indígenas en el Indostán y Ceilán; 1 en China; 1 en Oceanía; y 2 ó 3 en Africa; al paso que las Congregaciones de Religiosas indígenas hay en el Indostán y Ceilán 29, con 2.300 religiosas; en Indochina 5, con 3.500; en China 17, con 1.150 y 2.000 vírgenes; en Oceanía 2, con 160 religiosas; en el Japón 2, con 200; en Filipinas 5, con 150; en Estados Unidos 2, con 250; en Africa 7, con 230; en los Balcanes 3, y en el Oriente, por lo menos, 10.

El conjunto de esta labor misional de los Religiosos no deja de ser admirable, aunque aún es muy insuficiente; y jamás podrá el Protestantismo exhibir ante la historia, un escuadrón de hombres tan sacrificado, heróico, disciplinado y eficaz como esta ilustre legión de caballeros de Cristo, que milita a las órdenes de la Iglesia Misionera.

IV. Pero ni es esto solo: El mismo Clero secular, como no podía menos de suceder, va entrando en estos últimos siglos con tanto celo y ardor en el movimiento misional, que las Sociedades y Seminarios de Misiones Extranjeras en nada tienen que envidiar a las Familias Religiosas de más nombradía apostólica.

Triple es la manifestación evangélica del Clero secular en las filas de avance, de la Iglesia Misionera: primera, la de una labor parroquial al estilo de los sacerdotes de los curatos europeos; labor propia de las regiones orientales de antiguas colonizaciones cristianas bien fundadas, Macao, Goa, Filipinas, etc.: segun-

da, la del sistema de cooperación subordinada, trabajando como auxiliares inmediatos de los Religiosos y otras Sociedades Misioneras, tal cual se usa con el joven clero indígena de las cristiandades tiernas y escasas aún en conversiones: y, tercera y por último, la de las grandes organizaciones en Sociedades y Seminarios, en los que sin dejar de ser sacerdotes seculares, no desdican en nada por su unidad, concentración, ductilidad y eficacia misionales, de los mejores Institutos Religiosos.

Los Sacerdotes indígenas, auxiliares de misioneros europeos o americanos, ascienden a la escasa cifra de 4.541: tampoco los de la primera clase son un exceso; pues según los últimos cómputos puede establecerse el siguiente cuadro comparativo entre los de los ritos latino y oriental:

Rito latino.	{	Islas Filipinas. 733	Rito oriental.	{	malabar. 498
	}	Asia (Goa)... 811		}	oriental. 2.886

En cambio el Clero secular misionero de Italia, Francia, Inglaterra, Irlanda, Canadá, Estados Unidos, y en vía de realización el de Alemania y Suiza, son por sus Instituciones Misioneras gloria de la Iglesia y del mismo Clero secular. A la verdad; aun prescindiendo de los demás Colegios, sujetos hace pocos años a la Propaganda Fide, pero ya independientes de ella como los Colegios Escocés, Inglés, Irlandés, Canadiense, Norteamericano de Roma, los Irlandeses e Ingleses de Salamanca, París y Lisboa; el Americano

de Lovaina y el Joséfino de Colombo; los verdaderos Seminarios y Sociedades misionales presentan tales contingentes de misioneros, reclutados del Clero secular, que algunas de ellas sostienen muy bien la comparación con las Órdenes más misioneras del mundo.

El Clero secular de los Estados Unidos, con los *Seminarios de Baltimore* y *Maryknoll* evangeliza los negros norteamericanos y la China; el de Italia con el *Seminario de San Pedro y San Pablo*, el Schensi-sur; con *el de la Consolata*, Kenia y Kaffa; con *el de Parma* el Honán oeste; el de Irlanda con *el de Galway*, China: y el francés con *el de Lyon*, Liberia, Costa de Oro, Costa de Marfil, Dahomey, Benin, Nigeria, Egipto y los Estados Unidos.

Queremos presentar aquí un cuadro esquemático de tres de los mejores Seminarios y Sociedades misionales del Clero secular; cada uno de ellos de nación distinta, para que vea nuestro benemeritísimo y heroico Clero, a qué grado de emulación evangélica han llegado algunos de sus iguales del extranjero; y al que también podía él llegar con relativa facilidad, dadas la fe, el desprendimiento, el celo y el número de los sacerdotes españoles.

Esas tres Sociedades escogidas serán las de París, Milán y Mill-Hill representantes respectivamente de los Cleros francés, italiano e inglés. Ahí los tenéis.

Seminario de Misiones Extranjeras de París.—Tabla general del estado de las misiones en 1919

MISIONES	Católicos	Misioneros	PP. Indígenas	Catequistas	Seminaristas	Religiosos y Religiosas	Bautizos de paganos	Bautizos de niños de paganos	Escuelas	Alumnos	Obras de beneficencia
Tokio	10.396	26	2	25	16	171	553	283	26	4.688	7
Nagasaki	54.541	28	32	352	22	295	310	661	25	1.120	33
Osaka	4.625	26	3	25	2	27	157	518	5	1.613	8
Hakodate	2.884	22	2	16	2	117	143	135	5	614	6
Seoul	58.838	28	19	15	93	106	1.488	1.560	72	2.299	5
Taikon	29.703	17	5	7	70	9	654	1.454	24	751	1
Mandchuria Merid.	30.428	29	19	71	33	254	1.395	6.830	171	3.179	28
Mandchuria Sept.	25.394	22	17	125	42	246	520	1.680	96	2.561	21
Setchoan Occid.	49.335	32	46	60	115	667	500	10.200	326	5.400	68
Setchoan Orient.	47.889	44	62	230	130	37	2.329	8.570	409	7.914	84
Setchoan Merid.	34.106	38	20	49	75	388	2.668	12.798	229	5.877	97
Thibet	3.744	18	2	9	16	16	155	91	30	669	10
Kientchang	9.543	14	3	79	35	15	1.134	627	77	1.685	28
Yunnan	16.489	29	17	49	31	73	468	3.522	110	2.038	23
Kouytcheou.	34.456	54	23	71	92	161	967	2.528	156	2.531	61
Canton	31.337	42	17	94	58	295	1.456	6.009	121	2.662	21
Swatow	34.402	21	9	44	17		870	2.019	96	2.159	5
Kouangsi	4.969	26	8	15	13	30	104	3.354	38	414	7
Tonkin Occid.	150.000	44	127	460	262	421	1.519	15.901	799	27.259	48
Tonkin Merid.	130.121	34	120	237	275	132	431	1.932	457	16.406	20

Alto Tonkin	30.692	26	27	98	72	50	708	4.073	170	4.729	19
Tonkin Marit	104.000	40	89	185	250	177	828	7.819	563	17.525	26
Cochinchina Orient.	64.460	62	52	148	132	273	1.534	1.480	95	2.329	58
Cochinchina Occid.	75.151	37	94	22	139	834	1.814	4.935	159	10.904	52
Cochinchina Sept.	65.127	40	74		83	424	1.442	1.650	69	3.373	6
Cambodge	55.247	45	53	84	122	294	873	5.335	140	7.471	32
Siam	24.400	36	22	9	66	162	261	831	87	4.720	41
Malaca	37.820	37	1	60		166	1.407	902	53	8.572	28
Birmania Merid.	60.046	41	22	87	18	160	361	104	165	8.577	66
Birmania Sept.	10.514	26	5	31	16	111	283	147	41	2.534	30
Laos	13.509	32	4	65	11	40	225	85	57	1.680	19
Pondichery.	150.000	74	29	101	50	347	206	1.576	131	7.870	28
Maissour.	53.631	48	13	85	29	241	250	650	68	5.745	14
Coimbatour.	42.839	35	19	50	13	125	383	921	76	6.526	17
Kumbakonam.	102.159	35	16	50	27	121	282	2.470	69	3.492	22
Establecimientos.		42			78						
<i>Total.</i>	1.652.795	1.250	1.073	3.108	2.495	7.025	28.678	111.450	5.195	187.616	1.037

Estadística general de las Misiones confiadas al Instituto de las Misiones Extranjeras de Milán, año 1919

MISIONES	Población aproximada	Católicos	Catecúmenos	Estaciones	Iglesias y capillas	Bautismos	COMUNIONES		Matrimonios	Sta Infancia	Recogidos	Imprentas
							Pascuales	De devoción				
Hyderabad.	12.500.000	27.409	5.266	160	186	5.503	?	?	280	4	50	1
Bengala Central.	18.000.000	12.657	2.015	125	125	1.759	5.187	6.900	125	5	50	»
Birmania Oriental	3.300.000	20.168	3.188	267	263	1.592	8.983	77.895	233	»	23	1
Hong Kong	3.500.000	22.741	7.940	185	185	9.077	?	?	133	11	614	1
Honan Sur.	8.000.000	17.782	12.031	217	202	5.153	8.712	112.806	135	»	483	»
Honan Norte.	7.000.000	16.997	3.841	147	147	6.270	8.843	93.670	221	»	253	1
Honan Oriental	7.000.000	7.645	5.400	18	108	1.500	2.855	11.950	57	?	?	»
<i>Total.</i>	<i>59.300.000</i>	<i>125.399</i>	<i>39.681</i>	<i>519</i>	<i>1.216</i>	<i>30.654</i>	<i>34.580</i>	<i>303.221</i>	<i>1.234</i>	<i>20</i>	<i>1.483</i>	<i>4</i>

MISIONES	Obispos	Misioneros	Sacerdotes indígenas	Religiosos	Religiosas	Catequistas	Seminarios	Alumnos	Escuelas de catequistas	Alumnos	Colegios	Alumnos	Escuelas	Alumnos	Catecumenos	Alumnos internos	Orfanatos	Recogidos	Asilos	Farmacias
Bengala Central.	1	14	»	2	19	196	»	»	2	34	5	120	58	1.622	2	21	6	129	6	6
Birmania Oriental	1	17	»	2	16	259	»	5	»	»	1	100	»	2.178	»	»	14	808	»	16
Hong Kong	1	20	13	12	160	109	1	26	1	16	4	270	8	3.627	3	129	3	540	6	10
Honan Sur.	1	13	9	»	129	218	1	22	1	50	»	»	205	2.458	6	134	3	348	»	9
Honan Norte.	1	20	2	4	2	408	1	17	»	»	18	520	31	790	4	200	3	115	»	12
Honan Oriental	1	7	2	»	83	128	»	»	»	»	»	»	»	»	3	95	?	?	»	14
<i>Total.</i>	<i>7</i>	<i>112</i>	<i>33</i>	<i>20</i>	<i>504</i>	<i>1.477</i>	<i>3</i>	<i>76</i>	<i>6</i>	<i>126</i>	<i>41</i>	<i>1.200</i>	<i>408</i>	<i>14.009</i>	<i>22</i>	<i>632</i>	<i>128</i>	<i>10.717</i>	<i>21</i>	<i>77</i>

Esquema general del estado de la Misión de Mill-Hill, 1919

MISIONES	Fundación	Jerarquía	PERSONAL			Catecúmenos	Católicos	Bautismos	Comunionos	Matrimonios	Alumnos
			Sacerdotes	Hermanas	Catequistas						
Uganda (Nilo S.)	1894	Vicario Apostólico.	56	12	832	33.672	39.4»4	5.700	314.700	292	29.510
Madras	1875	Arzobispo	48	»	»	250	5J.970	5.467	569.970	502	8.297
Kashmir y Cafristán	1879	Vicario Apostólico.	12	»	»	»	»	340	440.422	»	698
Borneo Septentrional	1881	Pref Apostólico	27	17	»	569	5.001	749	40.793	63	1.168
Maori (Nueva Zelandia)	1886	Superior	20	25	»	»	»	446	27.268	60	660
Congo belga	1905	Id.	10	»	191	14.956	5.960	1.449	76.655	199	4.858
Caribes	?	Id.	?	?	»	?	?	49	3.552	?	?
Jaro (Filipinas)	1906	Id.	30	»	»	»	»	9.000	»	»	»
<i>Total.</i>			203	54	1.023	49.447	107.415	23.200	1.473.365	1.116	45.191

V. Sólo nos resta ya que enumerar la organización de los auxiliares inferiores de Misiones, esto es, los Seminarios de clero indígena, y los catequistas y maestros.

El P. Arens nos suministrará también preciosos datos sobre estos dos puntos:

	SEMINARISTAS					
	1906		1913		1918	
	Sem.	Alum.	Sem.	Alum.	Sem.	Alum.
Indostán y Ceilán . . .	30	970	27	1.121	31	1.159
Indochina.	21	1.807	22	1.655	28	2.022
China	64	1.640	54	1.638	89	2.448
Corea	1	20	1	65	2	163
Japón	1 ?	29	3 ?	36	4	48
Africa	11	213	24	358	22	518
América	?	?	?	?	?	?
Oceanía.	1	37	1	33	5	76
Filipinas	6	500	14	2.053	9	1.093
TOTAL	135	5.216	146	6 959	190	7.527

CATEQUISTAS Y MAESTROS

1914		1918
626	Japón y Corea	521
7.000	China y posesiones	12.999
2.349	Indochina é Islas	2.888
?	Filipinas	?
4.000	Indostán y Ceilán	4.944
13.975	ASIA	21.352
716	Africa N.	1.658
4.692	Africa C.	8.866
1.708	Africa S.	2.082
7.116	AFRICA	12.606
?	Australia	47
951	Oceanía	1.258
951		1.305
TOTAL	22.042	35.263

Creemos que con estas notas misionales, hemos cumplido nuestro cometido por lo que se refiere a la organización y vida interior de las Misiones actuales: para completar el cuadro, sólo nos resta decir dos palabras sobre la organización exterior y mediata, cuyo fin es ayudar y fomentar la vitalidad actuante de la misma Iglesia Misionera.

VI. Dos son las principales obras mediatas misionales que sostienen ese grande ejército de verdaderos cruzados de la Iglesia Misionera; las *revistas* y las *organizaciones* europeo-americanas en favor de las Misiones.

La Iglesia Misionera no dispone hoy, como los Estados civiles, del arbitrio de los presupuestos por medio de los impuestos forzosos para levantar sus cargas exteriores. La misma *caridad* que lleva al misionero a las avanzadas de la lucha contra el Paganismo, se transforma en el pueblo católico en la oración, el desprendimiento y la limosna: y como hoy, todas las grandes actividades se concretan y cristalizan en grandes organismos de resistencia y de energía a la vez; fiel a esta ley aun la caridad cristiana, ha sabido en la Iglesia Misionera manifestarse también en organizaciones de oración y de limosna, que resultan, en efecto, su sostén y socorro. ¿Cómo, a la verdad, sostener tantos millares de misioneros, escuelas, orfanotrofios, hospitales y maestros, en regiones donde el primer deber del misionero es cubrir la desnudez repugnante del misionado, y levantar una choza de pajas, para Iglesia de sus neó-

fitos, si Dios no hace manar a la inexhausta fuente de la *caridad cristiana*?

Doscientas ochenta y una son entre generales y parciales las Revistas misioneras, órganos, casi todas, de alguna Asociación; de ellas, 227 europeas, 40 americanas, extendidas como excitadoras y conductoras de la caridad cristiana misional por toda la Iglesia, están prestando incalculables beneficios a las Misiones. Basta, para convencerse de esta verdad, ojear las limosnas con que cierran siempre sus páginas la gran mayoría de esas Revistas de caridad y misericordia; 4 de ellas son para sacerdotes, 3 para gente de carrera y 6 para solos estudiantes.

Mas las Revistas no son en general, sino una manifestación externa y entusiasta de otro principio más íntimo y sólido que llamamos «Asociaciones misionales». Son éstas el alma y sostén en el pueblo católico del movimiento misionero, y vínculo de amor y de caridad estrechísimo entre la Iglesia formada y en formación; son el conducto arterial de la vida apostólica popular, que incluyendo primero en su ciclo vital al niño casi en la misma cuna, le va después siguiendo paso a paso del hogar a la escuela; de la escuela al Instituto o Colegio; y del Instituto o Colegio a la Universidad; y al salir el joven de las Universidades, tórname a envolver la corriente misionera de la Iglesia en toda su futura vida de familia.

Hay Revistas y Asociaciones exclusivas para niños, jóvenes, estudiantes, eruditos, sacerdotes. Sólo

en un siglo han nacido más de 218 Asociaciones Misionales, con centenares de miles de socios, de las cuales hoy florecen 176; 93 de ellas deben su origen a seglares y sacerdotes seculares; y las 103 restantes son de origen religioso misionero. Francia, como en gran parte de todo lo referente a misiones, va a la cabeza de este espíritu de Asociación. Ella ha dado 53; Alemania 41; Bélgica 24; Holanda 19; Estados Unidos 18; Austria 18; Italia 17; España 8; Suiza 6; Inglaterra e Irlanda 6; Luxemburgo 4; Perú 2; Hungría 1; Checo Eslovaquia 1; Africa del Sur 1; Chile 1. 20 de estas Asociaciones son de carácter misionero universal; 34 exclusivas para formar misioneros; 40 africanistas; 14 orientalistas; 11 favorecen a las colonias de los países Bajos; 9 estudian los indios y negros norteamericanos; 6 se refieren a China; 5 tratan del Indostán y Sud América; 3 fomentan las vocaciones misioneras; 2 activan la Misión del Japón; 1 es para formación de Escuelas Superiores, clero indígena y ciencias médicas misionales; 11 estimulan la cultura misional de académicos; 3 reúnen el clero en ligas sacerdotales para Misiones, y 9 tienen por objeto la institución y formación misioneras de los institutistas.

Al llegar a este punto no conviene dejar de hacer honorífica y especial mención de cuatro de estas Asociaciones que S. S. el Papa Benedicto XV las señala como las más acomodadas para el pueblo católico: «*La Obra de la Propagación de la Fe*», la que en sus

97 años de existencia lleva ya recaudados 440.000.000 de francos; «*la Obra de la Santa Infancia*», a la que a su vez, deben ya las Misiones 181.984.329 francos, y más de 23.000.000 niños bautizados, muchísimos de ellos poco antes de fallecer; «*la Obra de San Pedro*», institución que acaba nuevamente de recomendar y organizar la «Propaganda Fide» para fomento del clero indígena; y, por último, la *Unión Misional del Clero*, que en Italia, en sólo cuatro años de vida, ha logrado recibir en sus filas a más de 8.400 sacerdotes con la adhesión como socios honorarios de 124 Obispos. «*La Cruzada internacional de las juventudes católicas*» vese también venir a pasos de gigante, y están ya fijadas sus primeras bases en las naciones más activas.

VII. Claro es, que solo un brevísimo recuento de ese gran ejército de la real y verdadera Cruzada de Jesús, hace palpar fuertemente a los corazones nobles: y que más de tres espíritus generosos de nuestro Clero ansiarán ante tan generoso espectáculo de abnegación y de celo heroicos, engrosar con sus personas las filas de esas envidiables avanzadas. Nada hay que pruebe la imposibilidad del hecho.

¿Retrocederemos ante el dedo de Dios y del Vicario de Cristo, que lleno el corazón de desconsuelo a la par que de esperanza, nos señala ese nuevo campo del Gentilismo? Ignoramos, Venerables Hermanos y Amadísimos Hijos, cómo corresponderá el Clero español a su llamamiento. No hay duda que nuestra nación fué

en siglos no lejanos, la más misionera y la más eficaz del mundo. El dictamen que la Comisión del Gobierno norteamericano firmó en 1890 sobre la intensidad y extensión del Catolicismo en Filipinas, es una confesión internacional, en su mayor parte aplicable a toda nuestra colonización americana. *«Entre los beneficios que debe a España el pueblo filipino, el más importante fué el de haber sabido España transformar las idolatrías y supersticiones hereditarias del pueblo filipino, en la Religión católica. En la actuación de aquella política pacífica, diéronse la mano la Iglesia católica y la España católica: ambas fueron sus dos madres, la material y la espiritual. Idéntico fué el espíritu cristianísimo, que animó las resoluciones pontificio-episcopales del país, y las nobles y humanitarias leyes del Código de Indias, monumento magnífico que jamás podrá elogiarse lo bastante, y dechado acabado de las legislaciones civiles, hijas del espíritu del Cristianismo. Adaptada maravillosamente a la índole y necesidades de los naturales, y celosa, por otro lado del mantenimiento de sus derechos, más bien parece obra del corazón paternal del Papa, que de la autoridad de un príncipe civil. Los dos poderes administrativo y legislativo, fusionados durante los tres primeros siglos en la más concorde armonía, fueron las últimas determinantes de esa obra civilizadora sin igual en las historias coloniales»*. Como se ve, los anhelos y esperanzas del Vicario de Cristo, Alejandro VI, al comisionar a nuestros Reyes católicos, la cristianización del nuevo mundo por su celeberrima

bula «*Inter caeteras*», ha venido en nuestros días a ser una confesión paladina de una nación protestante.

Nuestros Hermanos, los religiosos españoles de hoy, emulan en este punto, con los religiosos extranjeros y nada desmerecen de su historia pasada. Su estadística misional última, entresacada de la del P. Bisbal, nos presenta lo que a su imitación puede hacer también el Clero español: meditemos a su vista en lo que Dios exige de nosotros.

Cuadro estadístico de las Misiones evangelizadas por misioneros españoles (*)

210

MISIÓN	NACIÓN	Or. R.	Jerarq.	Infieles	CATÓLICOS		Sacerd.		HER-MANOS (1)		HER-MANAS		Iglesias	Residencias	Escuelas	Alumnos	
					Baut.	Cate.	Esp.	Indig.	Esp.	Indig.	Esp.	Indig.					
AFRI.	Marruecos . . .	Zon. esp.	Fran.	V. A.	3.600.000	81.471	10	39	—	29	—	23	—	23	18	3.509	
	Fern. Poo. . .	España	H. C. M.	V. A.	290.000	15.000	1.200	40	—	28	—	20?	—	42	12	19	1.280
AMÉRICA	Caquetá . . .	Colombia	Cap.	P. A.	30.000	14.850	»	22	7	1	»	22	»	23	11	40	2.544
	Casanare . . .	»	Agust.	V. A.	2.000	26.000	»	10	?	5	»	15	»	16	5	28	850
	Chocó . . .	»	H. C. M.	P. A.	7.000	100.000	»	10	?	?	»	10	»	12	4?	10	?200
	Goajira . . .	»	Cap.	V. A.	34.200	82.000	»	16	4	11	»	20	»	45	13	58	1.927
	Urabá . . .	»	Carm.	P. A.	?	?	»	16	?	5	»	?	»	4	4	?	?
	Beni . . .	Bolivia	Fran.	V. A.	6.000	26.000	»	40	?	10	»	?	»	60	7	?	?
	Zamora . . .	Ecuador	Fran.	V. A.	?	?	»	?	?	?	»	?	?	?	?	?	?
	Isla Trihid. . .		Agust.	M.	23.260	10.400	»	5	?	?	»	?	?	8	5	10	500
	Bluefields. . .	Nicaragua	Cap.	V. A.	40.000	14.500	»	5	?	2	»	?	?	6	3	3	140
	S. L. Amazon. . .	Perú	Agust.	P. A.	50.000	20.000	»	9	?	?	»	?	?	4	4	4	200
	Ucayali . . .	»	Fran.	P. A.	55.000	45.000	»	17	?	6	»	?	?	58	9	7	170
Urubamba . . .	»	Dom.	V. A.	40.000	30.000	»	15	?	8	»	?	?	7	5	5	250	

(*) No tratamos aquí de los misioneros españoles, sino de las Misiones confiadas a personal español: entre misioneros y misioneras el contingente total español oscilará al rededor de 1.4.0.

(1) Hay además Maristas, Marianistas, etc.

ASIA	Fukien . . .	China	Dom.	V. A.	14.000.000	49.000	13.885	37	19	?	?	19	39	162	563	99	2.915	
	Emuy . . .	»	Dom.	V. A.	8.500.000	10.943	5.331	21	9	—	?	16	82	125	113	69	1.038	
	Tonkin Or. . .	(Indo-Ch.)	Dom.	V. A.	2.000.000	76.161	12.000	18	51	5	?	?	113	135	362	60	5.000	
	Tonkin C. . .	(Indo-Ch.)	Dom.	V. A.	2.000.000	278.124	22.000	25	12	?	?	?	500	790	870	80	10.000	
	Tonkin Sp. . .	(Indo-Ch.)	Dom.	V. A.	2.500.000	36.600	7.000	15	30	?	?	?	?	227	261	40	6.000	
	Formosa . . .	Japón	Dom.	P. A.	2.000.000	3.891	821	11	—	—	?	?	6	—	33	44	10	520
	Shikoku . . .	»	Dom.	P. A.	3.250.000	526	100	8	—	—	?	?	—	7	15	3	75	
	Hunan Sp. . .	China	Agust.	V. A.	11.000.000	11.406	15.500	34	2	?	?	?	26	5	104	128	64	1.305
	Anhwei . . .	»	Jesuit.	M.	25.000.000	66.268	59.063	30	20	10	9	—	110	250	491	208	8.403	
	Shensi Sp. . .	»	Fran.	V. A.	3.000.000	1.935	3.789	13	2	2	—	?	?	23	85	24	428	
T. Santa . . .	»	Fran.	M.	?	76.000	?	51	—	27	—	?	?	150	57	?	5.500		
Verapoly . . .	India	Carm.	Archi.	1.650.000	109.000	10.000	39	57	3	16	?	37	64	38	125	13.094		
OCEANÍA	Drisdale . . .	Australia	Bened.	P. A.	8.000	25	?	3	?	3	?	—	?	1	1	1	20	
	N. Nursia . . .	»	Bened.	V. A.	2.000	5.000	?	20	?	25	?	20	?	15	1	4	1.300	
	Guam . . .	(Isl. Maria)	Cap.	V. A.	924	12.948	?	6	?	3	—	20	?	9	4	11	1.086	
	Palaos, Carol (1)	Islas	Jesuit.	V. A.	?	?	?	?	?	?	?	?	?	?	?	?	?	
	Palawan . . .	Filipinas	Ag. Reco.	P. A.	15.500	45.992	?	6	?	?	?	?	?	49	5	??	?	
Mindanao . . .	»	Jesuit.	M.	400.000	196.000	?	42	?	25	?	?	?	180	8	132	4.236		

(1) Al dejar los PP. Capuchinos alemanes la Misión de las Carolinas, el estado de aquel Vicariato era el siguiente:

Después de la guerra: Católicos, 7.542; Catecúmenos, 250; Comuniones, 41.876.

Durante la guerra: Bautismos de niños y adultos, 872 y 1.289 respectivamente.

211

V

Nuestra obra

Ya la habéis podido conjeturar, Dignísimos Hermanos y Amados Hijos: Claro es, que vista esa gran parada de los ejércitos misioneros de Cristo, que acabamos de poner ante vuestros ojos, deseamos un Seminario de la altura de los de Roma, París, Milán, Parma, Lyon y Mill-Hill y hermano menor de los de Maryknoll, Almonte, Baltimore, Maynooth, Galway, etc....., por no hablar ahora de las muchas Escuelas Apostólicas, a ellos anejas, erigidas así en los Estados Unidos, como en casi todas las naciones de Europa menos en España.

Una mirada más escudriñadora de la Carta Pontificia a Nos dirigida, reveladora de los anhelos del Santo Padre sobre nuestra intervención en este punto, justificará nuestro ideal. El Supremo Jerarca, al exponer su deseo de esta fundación, se fija con preferencia en la predicación de la Fe a los pueblos bárbaros: parece prescindir de lo demás: trata sólo de una Institución de Misiones Extranjeras similar a las que se ven en otras naciones con este mismo fin: busca en Burgos jóvenes sacerdotes, que bien amaestrados para tan difícil ministerio, puedan suplir las bajas de los demás Seminarios, ya de más antiguo establecidos. Más tarde universalizando estas mismas razones, vemos insiste

S. S. en lo mismo, como lo hace en su gran Programa misional «*Maximum illud*». «*Urge la necesidad, escribe (y notad sus expresiones), de cubrir los huecos que abre la extremada falta de misioneros que, si siempre fué grande; por efecto de la guerra, raya en nuestros días en alarmante, como que muchas partes de la viña del Señor han tenido que quedar abandonadas; por lo cual, Venerables Hermanos, vémonos precisados a recurrir a Vuestra prósvida diligencia*».....⁽¹⁾ «*¡Cuántas escuelas, hospitales, enfermerías y mil otras instituciones gratuitas, —exclama de nuevo con acento dolorido, — deshechas, cuando no desaparecidas por completo!*».⁽²⁾

Son, en efecto, dignas de lamentarse las estadísticas de las horribles destrucciones, y cruelísimas mortandades del Oriente, de los centenares de misioneros alemanes arrancados de sus misionados, de los 237 misioneros fallecidos en 1918 sin contar otras muchas Religiosas, también misioneras, muertas esta última temporada (sólo las Franciscanas Misioneras de María, desde 1915 pasan de 230). Acordémonos que de los 28.000 eclesiásticos movilizados y de los 2.753 muertos, por resultas de la guerra; un número nada despreciable lo constituían beneméritos religiosos. Además; ¡cuántos de los mismos supervivientes quedan imposibilitados; detenidos, gastados ya para tan dura y dificultosísima vida!

(1) Acta Ap. Sed. 1919. pág. 452.

(2) Ibid. pág. 453.

Triste espectáculo en verdad; y eso con ser lo propuesto, sólo una parte de tantas desgracias que *«han obligado al Padre Santo»*, como él mismo nos lo dice, *«a hacer una llamada a todos los buenos corazones, para que quieran remediar tamaña miseria»*, porque es indudable que, *«como consecuencia de la pasada guerra, se han acumulado sobre las Misiones calamidades sin cuento»*, y para nosotros no imaginables.

¡Si parece escrita con lágrimas y sangre del corazón, gran parte de la última correspondencia de los misioneros! Todos son allí, ayes y lamentos; miserias, apostasías de pueblos enteros por falta de misioneros y recursos; hambres de millones y pestes jamás sospechadas por los europeos: ¡Ah! y ¡que tan penosa y fructuosa labor de los misioneros de ayer, quede segada, apenas en flor! Las bajas se harán notar muy presto.

Vigoroso ha de ser por consiguiente el influjo misionarial de la futura Institución burgalesa, si como de ella espera S. S., ha de suplir ella dignamente tántos puestos y tántos misioneros perdidos. Cinco son los motivos además de los ya dichos—todos ellos insinuados por el Pastor Supremo—que señalan a nuestro modo de ver, la medida exacta de la cooperación misionera de nuestro Seminario.

Ha de corresponder a nuestra pasada historia colonial; ha de resarcir con la intensidad de su nueva actuación, el abandono último de nuestra patria, en punto tan capital de la vitalidad del Catolicismo: ha

de aprovecharse de la doble oportunidad providencial que se le presenta, ya de hallar una base de fundación establecida, ya también de proponerse su edificación material, en una Archidiócesis dilatada y religiosa: ha de ser la expresión genuina misional, no solo de Burgos, sino de toda España: ni solo de nuestro clero archidiocesano, sino de *todo el Clero español*: como obra en fin, a la que esperamos firmemente, mirarán como propia, no menos que Nos, TODOS NUESTROS DIGNÍSIMOS COLEGAS EN EL EPISCOPADO ESPAÑOL.

Debe ser, pues, digno de la España misionera «*cuius praeclara sunt in christiano apostolatu promerita*»: digna de una causa nobilísima «*in hac nobilissima causa*», y en todo contrapuesta a nuestro pasado olvido; «*non decet Hispaniam..... sic sui oblivisci*»: debe ser digna de las actuales tristísimas necesidades, que «*adduxit diuturnum bellum et immane*»; digna, en una palabra, de las atenciones de todo el Episcopado español. «*Nec dubitandum est, quin prae caeteris, Collegae tui, Episcopi ex Hispania, te, in hac nobilissima causa, quae ad incrementum Ecclesiae Sanctae pertinet, velint quocumque poterunt auxilio, prosequi*».

¡Hijos míos....! ¡Cuántas veces Nos parece verlo entre día, y más aún cuando Nos tenemos a Jesús en nuestras manos, inmolado en el altar!

Rodeado de exuberante arboleda: sus dos finísimas torres góticas, parecen emular por salir, más allá de las estrellas, como símbolo de la oración penetrante, que rasga los cielos y hace llover sobre el Paga-

nismo, salvadora lluvia de bendiciones. En su elegante fachada, más airoso que la de los Seminarios de Milán, de Parma, y aun de la del de París, un gran relieve de San Pablo y Santiago, primeros misioneros de España, —en ademán de bendecir— fijan su ardiente mirada, en cuantos entran por las dos magníficas puertas que se abren a sus pies.

Más adentro, las dos inmensas alas del Seminario, llenas de luz, la cual se lanza a torrentes por sus numerosos y rasgados ventanales, cierran en su centro como las valvas de dos conchas a modo de preciosísima perla, una espléndida capilla dedicada al Corazón de Jesús, a cuyos pies el gran misionero español, comparable según Benedicto XV con los mismos Apóstoles, San Francisco Javier, en actitud de estudiar, medita sobre el mapa del Asia y Oceanía sus futuras conquistas. San Raimundo de Peñafort, San Pedro Claver, San Luis Beltrán, San Francisco Solano, Santo Toribio de Mogrobejo, etc., incomparables misioneros, compatriotas nuestros, esperan resueltos, con la cruz al cuello y el bordón en la mano, una palabra del Señor, para lanzarse sobre el mundo.

El museo y biblioteca de Misiones; las dos ricas galerías, cubierta una con las fotografías de los misioneros salidos del Seminario, y la otra ricamente decorada con retratos de los Mártires, hombres insignes, los Vicarios y Prefectos Apostólicos del Seminario de Burgos; la Sala Sagrada de los Mártires, con los objetos de sus suplicios, guardados en magníficas vitrinas;

las clases de lenguas y de ciencia misional, recubiertos con detalladísimos mapas murales de todas las Misiones; el letrero de caracteres grandes, sobrios pero relevantes, que orla el frontispicio del Seminario y que es la mejor definición arquitectónica de sus felices moradores: «*Ponam in eis signum, et mittam ex eis..... ad eos qui non audierunt de me..... et annuntiabunt gloriam meam gentibus*»,⁽¹⁾ producirá en todo corazón noble, tal impresión de grandeza y de desprendimiento, que por solo el aspecto del edificio ideado, creará el visitante estar palpando la sublime y heroica misión de sus habitantes.

Pero no basta esto. Nos sabemos cómo todo ese edificio por magnífico que lo idealicemos, no pasa de ser el cuerpo del Seminario: y ¿el alma?, ¿cual es su móvil y principio de vida? S. S. Benedicto XV, con admirable perspicacia, efecto de su talento y experiencia, exige en la formación de los candidatos a misioneros un conjunto de prendas excepcionales; ya que deben éstos ser, *hombres de Dios*, porque sin ese espíritu el celo no existe; *hombres de capacidad y de ilustración*, por el puesto peligroso y de trascendencia que deben ocupar; *hombres sin más patrias*, sin más límites, sin más aficiones e intereses, ni personales, ni nacionales, que los del Reino universal de Cristo; *hombres que funden su espíritu y su actividad con los de sus Superiores*, a fin de recibir

(1) Isaías, 66, 19.

y de desarrollar a su lado, todo el impulso de su acertada dirección. ⁽¹⁾

Ante todo, para esta gran obra, se necesita un primer impulsor, una dirección general y una administración acabadas, que estudien, conozcan, desarrollen y perfeccionen en nuestros alumnos estas cualidades de todo buen misionero. El Personal, centro directivo del Seminario, en nuestro plan no puede ser, ni más competente, ni más eficaz. Si hace falta para ello, resueltos estamos a sacrificar a tan santa causa, nuestros mejores y más doctos sacerdotes, sin escatimar en nuestra pobreza, los gastos que acarrea una formación misionarial completa.

Una vez en marcha el Seminario, él será el núcleo central de todo el movimiento misionero de la Archidiócesis. Sus profesores y alumnos mayores, en organizado ciclo de conferencias, recorrerán de dos en dos años, todas las parroquias de nuestra Archidiócesis, fundando y regulando en cada una de ellas las Asociaciones de «*la Santa Infancia*» y de «*la Propagación de la Fe*»; y para remate de la obra, la «*Unión Misionarial del Clero*» adunará a todos nuestros sacerdotes en su labor apostólica.

Ved aquí, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, nuestros ideales, que ayudado con vuestra cooperación, esperamos realizar. En esta clase de obras, no hay obstáculos insuperables, donde hay unión ver-

(1) Acta Ap. Sedis 1919, 447-451.

dadera de aspiraciones y de almas; si ésta por su parte, se formula con precisión y consolida en una organización sólida y bien pensada. Pero, ¿quién pondrá, Nos diréis la base imprescindible de la primera fundación?

Nos permitiréis que al tocar este punto como os venimos abriendo de par en par nuestro corazón de Padre, os abramos, lo más secreto de nuestra alma, ese sagrario oculto de los ensueños sagrados de un Pastor de Jesucristo.

¡Nuestros anhelos! Dejó sí de latir aquel gran corazón, caldeado en las más sublimes aspiraciones de Jesucristo, Gerardo Villota (1906). Poco antes de morir había estampado su ardiente pluma en un programa, que podíamos llamar, el Ideal de sus últimos ensueños; una frase, cuyo valor profético ha salvado la losa del sepulcro y la atmósfera de hielo que por adjuntos ineludibles envolvió desde su misma cuna, el único recuerdo de su celo misional: «Su Colegito de Ultramar». «*Afortunadamente, decía, parece que el Señor nos depara alguna de estas almas generosas*». ⁽¹⁾

También Nos, viendo claramente en la invitación expresa de S. S. la mano providencial de Dios, la cual a la vez que, a la obra de este benemérito sacerdote, Nos apunta, a las regiones de la Gentilidad; ante la ley providencialista, por la que el Señor donde permite el

(1) Coleg. Ecles. para la Propagación de la Fe: Sección de Propaganda Fide, pág. 8.

mal, coloca también el remedio, como dice San Ambrosio, y cuando da una vocación cierta, suministra juntamente los medios para cumplirla; auguramos, que efectivamente esas almas generosas conviven ya con nosotros.

Hoy que vemos alzarse junto a nosotros seminarios y palacios episcopales, orgullo del arte y de la generosidad española: hoy que embellecen nuestras ciudades, magníficos hospitales, centros docentes ricamente dotados, espléndidas casas de beneficencia, templos, catedrales y monumentos religiosos, admiración de cuantos los visitan; ahora en que las Diputaciones, Universidades, Audiencias, Ayuntamientos y todas las manifestaciones artísticas de los grandes organismos de la Sociedad, rivalizan en la riqueza y munificencia aparatosa de sus edificios: en estos días en fin, en los que aun el esparcimiento y la diversión, cuando no el vicio, levantan y decoran primorosos y suntuosísimos palacios, museos, quintas, teatros, casinos....., ¿sólo las voces de los pobrecitos infieles, que acuden a Nuestro corazón paternal y a vuestro corazón de cristianos, han de quedar sin un gran palacio entre nosotros, sin un gran templo en que se ruegue por ellos, sin un gran Seminario misionero de caridad y de heroísmo?

¿Ningún magnate español, ningún título adinerado, ningún espíritu noble a la usanza católica, ninguna dama rica o aristócrata, que naden en bienes de este mundo, ningún pudiente enamorado de Jesucristo, querrá llamarse *padre y sostén y remedio y tutor de*

estos millones de pobrecitos esclavos del hambre, la miseria, (y lo que es peor), el alejamiento completo de Jesucristo?

¡Nos permitiréis una efusión de Padre!: Nos creemos que el fundador en gran escala, de esta magnífica obra, eminentemente católica, ha sentido la voz de Dios! ¡Feliz fundador, que ha de dejar tras sí un manantial perenne de amor, de dicha, de misericordia y de salvación sin cuento! ¡Su nombre..... será la bendición de las gentes!

«*Queremos recomendar, escribe Su Santidad, a la generosidad de los católicos, favorezcan preferentemente las instituciones misionales*». ⁽¹⁾ «*El pueblo fiel, prosigue en otra parte, siente propensión innata a socorrer con largueza las empresas apostólicas: y así, obra ha de ser de vuestra diligencia, saber encauzar para bien y prosperidad de las misiones ese espíritu de liberalidad*». ⁽²⁾

Y por si esto nos parece poca insistencia, notad, que ya antes en el preámbulo mismo de esa gran Carta de la Misericordia universal, había asentado como principio de sus ulteriores reflexiones, aquellas solemnes palabras, que solas ellas de por sí son para un cristiano la mejor recomendación de la obra misionera. «*Nos, pues, llenos de compasión por la suerte lamentable de tan inmensa muchedumbre de almas, no hallando en la santidad de nuestro ministerio apostólico, nada*

(1) Acta Ap. Sed. 1919, pág. 453

(2) Ibid., pág. 454.

más tradicional y sagrado, que el comunicarlas los beneficios de la Redención, vemos no sin satisfacción y regocijo, brotar pujantes en tantas partes de todo el orbe católico los entusiasmos de los buenos por proveer y extender las misiones extranjeras». ⁽¹⁾

¿Cómo, ante tales necesidades, no confiar, en que responderá algún corazón desinteresado a tan amante como paternal reclamo? ¿Es tan dulce esperar, Venerables Hermanos y Amadísimos Hijos, cuando hay sólidos motivos para ello! Ni ¿qué más placentera esperanza, para quienes no podemos ir personalmente a las misiones, que la de poder influir en la formación de verdaderos apóstoles y verdaderos anunciadores de la Buena Nueva?

Cada uno de los seminaristas educandos en nuestro futuro Seminario, no ha de ser como los alumnos de las demás obras de Beneficencia, ni un huérfano sin amparo, ni un pobre enfermo tan agradecido como necesitado, ni siquiera un anciano desvalido, ni jóvenes aprendices que afiancen su porvenir, ni niños abandonados, que acariciados por la caridad cristiana rueguen por nosotros. Un seminarista apóstol, es incomparablemente más: es *«un legado de Jesús, al que ni las dificultades, ni los vejámenes, ni los peligros harán desistir de su divina embajada..... antes objeto de las predilecciones del Señor, consagrado totalmente a un sublime ministerio, sabrá sufrir y aun abrazar con heroico es-*

(1) Ibid. pág. 44.



fuerzo todas las contrariedades, asperezas, sufrimientos, fatigas, calumnias, indigencias, hambres y hasta la muerte más despiadada, con tal de arrancar una sola alma de las fauces del infierno». ⁽¹⁾

Ofrezcámonos con nuestra generosidad a ser protectores de nuevos San Pablos, nuevos cristianizadores del Paganismo, escogidos y separados todos ellos de los demás, por divino llamamiento para una «*misión verdaderamente divina*; (son palabras de Benedicto XV) *cuya esfera de acción se remonta muy por encima de toaos los intereses humanos, ya que su destino, es el de llevar la luz a pueblos sumidos aún en sombras de muerte y abrir la senda de la vida a quienes de otra suerte se despeñarían en su ruina».* ⁽²⁾

No faltarán aspirantes: la semilla de la vocación misionera brota y germina en no pocos corazones sacerdotales; véñse ya en lontananza las primeras avanzadas; y «*tras ellos, inducidos por su ejemplo, surgirán después nuevos escuadrones, los cuales, gracias a la caritativa munificencia de los buenos, engendrarán a nueva vida muchos y dichosos vástagos de la Iglesia».* ⁽³⁾

Sólo así: «*si fijo cada uno en su puesto, lejos de la patria los misioneros; y en ella los demás fieles, cumpliésemos con nuestro cometido, —COMO ESPAÑA CON LA FUNDACIÓN DE ESTE SEMINARIO,— abrigamos la esperanza de que presto tornarían las Misiones a reflorecer ple-*

(1) Acta Ap. Sed. 1919 pág. 450.

(2) Acta Ap. Sed. 1919 pág. 446.

(3) Acta Ap. Sed. 1919 pág. 455.

tóricas de vida, repuestas ya de las profundas y peligrosas heridas que las ha ocasionado la guerra». (1)

Permítasenos al llegar aquí, exclamar ante horizonte tan halagüeño con el abate Verbist, cuando aún era tan solo capellán de la escuela militar de Bruselas «*¿Cómo es posible, que no haya todavía entre nosotros, ninguna Institución nacional, dedicada exclusivamente a las Misiones? ¿por qué los jóvenes, que en nuestra patria se sienten con vocación misionera, han de verse precisados a ingresar en Congregaciones Religiosas o en Seminarios y Sociedades extranjeras?.....*» A los pocos años, la Fundación de los Misioneros de Scheut, gloria de toda la Iglesia, era la contestación efectiva, con la que los jóvenes belgas respondían a esas dos preguntas. Y España, ¿qué hará?.....

(1) Acta Ap. Sed. 1919 pág. 455.

Conclusión: Aceptemos la misión de Dios

¿Qué hará España? Aceptar la misión de Dios. Por de pronto, la Católica Majestad del Rey Alfonso XIII (q. D. g.), fiel a la tradición misionera de los Monarcas españoles, en su afán de que el Corazón de Jesús no solo «*alce su trono de amor en el centro de la península ibérica, sino que establezca el Reino de la paz en todas las almas redimidas por su sangre divina*»,⁽¹⁾ ha extendido ya su regio manto de armiño sobre nuestro Pontificio y Real Seminario de San Francisco Javier, de Burgos; cual siglos antes extendió Luis XIV el suyo, sobre el Seminario de Misiones Extranjeras de París: y Dios fecundará su protección, como vemos fecundó felizmente la del «Gran Rey».

La presencia del Gobierno de S. M., representado por el Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, y la del Excmo. e Ilmo. Sr. Nuncio Apostólico de S. S., junto con la representación de nuestros Hermanos sufragáneos Colegas Nuestros en el Episcopado, por medio del Ilmo. y Rdmto. Sr. D. Juan Plaza García, tit. de Hippo y Obispo electo de Santander, lo propio que la asistencia al acto de dos Ilmos. Vicarios Apostólicos españoles, que dan hoy a la apertura de nuestro Seminario de Misiones Extranjeras el carácter de aconteci-

(1) Acto de la Consagración de España al Corazón de Jesús, leído por S. M. el Rey en el Cerro de los Angeles el día 30 de Mayo de 1919.

miento religioso nacional de suma trascendencia; son la mejor y más autorizada contestación a esa pregunta, que de años atrás viene haciéndose a nuestra querida y magnánima patria: y ¿qué hará España?

La solemnísima fiesta celebrada hoy en Nuestra Santa Iglesia Metropolitana, como aceptación pública que Nos hacemos en nombre de España de la misión confiada por S. S. Benedicto XV al Clero secular español, de su entrada oficial en la vida misionera de la Iglesia; es la señal más inequívoca del fervor con que Nos pensamos cooperar a esta nobilísima causa, según nos lo permitan nuestros alcances y coadyuve vuestra generosidad. He ahí una de las principales partes de nuestro programa pastoral. ¿Qué aspiración puede haber ni más fundada, ni más altamente católica? En ello, además, no hacemos más que cumplir con uno de los deberes que se ha dignado especificarnos en concreto S. S. Benedicto XV: quien como Supremo Jefe de toda la Iglesia, claro es, que sabrá señalar y curar el mal de esta llastada sociedad, con los remedios más oportunos. Ni es de nosotros en estos casos, el discutir, sino el obedecer. La hora de las Misiones ha sonado para la Archidiócesis de Burgos.

No olvidemos nunca, como os escribíamos en nuestra primera Pastoral, que *«pastores y grey, sacerdotes y fieles somos un solo cuerpo..... y que la caridad ha de ser nuestra vida como miembros del cuerpo de Jesucristo; caridad sin límites, caridad inagotable»*.

Ahora bien: pues Nos en esta difícil cuanto subli-

mísima misión a Nos confiada, de mirar por el Paganismo «*ad Evangelium barbaris praedicandum*», sentimos absoluta necesidad de la cooperación de nuestros Hermanos e Hijos Amadísimos en el Señor; os pedimos que «*unidos todos por esa misma caridad, sacerdotes y fieles, en una misma aspiración, y coadyuvando nuestros esfuerzos para realizarla*» demos ese consuelo de verdaderos hijos a Jesucristo, ese timbre de gloria a la Iglesia, al Sumo Pontífice una señal inequívoca de absoluta y alegre sumisión, y a todos los grandes corazones, interesados por las Misiones, una prueba de que, aún hay entre nuestro Clero heróico y sacrificado, quienes también ansían emulando el fervor y el espíritu de apóstol de los sacerdotes más heróicos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Austria, Bélgica, Holanda, Italia e Irlanda trabajar como verdaderos apóstoles, a la vez que víctimas de amor para con Jesucristo, en las avanzadas de los ejércitos siempre victoriosos de nuestro Rey Eterno. «*Modo enim videtis, fratres, os diremos con el Doctor de la gracia, quia totus mundus, tota terra, omnes gentes, omnes regiones currunt ad nomen Christi*». ⁽¹⁾

¿Sólo, el Clero secular español ha de estar excluído de intervenir en esta admirable transformación del Paganismo en Cristianismo? ¿Sólo, las sienes de los sacerdotes españoles son indignas, de las coronas, de los

(1) Enar in ps. 62.

que sucumben sacrificados por Jesucristo? ¿Sólo nosotros seremos entre todo el Clero secular del mundo civilizado, los únicos que *como corporación*, o no comprendemos la trascendencia y altísima dignidad de este ministerio evangélico; o si le comprendemos, que no le ofrezcamos nuestros servicios y cooperación? ¿Sólo nosotros carecemos de las grandes virtudes, y de las grandes cualidades, que para un embajador de Cristo exige en su admirable Carta Encíclica el Romano Pontífice? ⁽¹⁾

¡Ah! No, Hermanos Venerables y Amadísimos Hijos: antes os diremos con San Agustín, aquel incomparable conocedor de las ansias del Paganismo y modelo de Prelados: También a vosotros os convida Jesús por medio del Sumo Pontífice: *aquí no hay fracasos. «Nemo..... vincitur in Christo; non est de quo erubescere. Arripite, adducite attrahite quos potestis, securi estote»*.

Porque el negocio de la salvación del mundo, no es personal, ni regional, ni nacional, ni siquiera continental: *es cuestión, es obra, es conquista del mismo Cristo*; pues como reflexiona profundamente el mismo Santo Padre, y queremos que sus palabras sean el broche de oro de Nuestra Pastoral misionera: *«Evangelizat Christus se ipsum; evangelizat se etiam in membris suis jam existentibus, ut et alios adducat, et accedant qui non erant, et copulentur membris ejus; por quae membra,*

(1) Acta Ap. Sed. 1919, págs. 446-449.

ejus praedicatum est Evangelium: et fiat unum corpus, sub uno capite, in uno spiritu, in una vita».

¡Magnífico compendio de todo lo que llevamos expuesto! Cristo predicándose a sí propio, por El mismo y por sus miembros, los misioneros: Cristo acercando y uniendo también consigo mismo, en unidad de fe y de caridad, al mundo hasta entonces extraño a El; pero con tan íntima copulación, *que de El y de todos ellos juntos*, predicadores y convertidos, se forme un TODO *armónico*, al que El, como cabeza suya única y primer principio vital, ha de comunicar la unidad de cuerpo místico, la unidad de espíritu y la unidad de su propia vida, la vida sobrenatural; tal es la teología de las Misiones, ante esta concepción agustiniana, del misionero. ⁽¹⁾

En efecto: sólo así se explica, sobre todo en las circunstancias críticas de la lucha religiosa de nuestros días, la verdad de las palabras que sobre este mismo punto ha dirigido a todos los Obispos del mundo Su Santidad Benedicto XV: *«Sabed, nos dice, que será la más exquisita prueba de afecto que daréis a la Iglesia, si os esmeráis, en fomentar la semilla de las vocaciones misioneras, que tal vez empiecen a germinar en los corazones de vuestros sacerdotes y seminaristas. No os dejéis engañar de ciertas apariencias de bien, ni de meros motivos humanos, so pretexto de que los sujetos que consagréis a las misiones serán una pérdida para*

(1) Enar. in ps. 74 y 96.

vuestras Diócesis». ⁽¹⁾ Es palabra del Vicario de Jesucristo. «*Messis quidem, multa; operarii autem pauci*»: roguemos al Señor de la mies para que envíe a ella misioneros del Clero secular español; y postrados ya en tierra, e identificada Nuestra comisión misionera con Nuestros latidos y aspiraciones, digamos ya, todos, también, en este asunto, Venerables Hermanos y Dulcísimos Hijos: «ROMA LOCUTA EST, CAUSA FINITA EST».

Y para mayor garantía de buen éxito, pidamos al Eterno Pastor fervorosamente, bendiga nuestros comunes trabajos misionales, poniendo, por intercesores para conseguirlo a su Hijo Crucificado, Patrón de esta hidalga Ciudad, ante cuya venerable y antiquísima imagen es tradición burgalesa se postró San Francisco Javier, Patrono de las Misiones católicas; a las Santísima Virgen, en el glorioso misterio de su Asunción a los cielos, Patrona de la Ciudad y Archidiócesis, y a los Santos que abrillantan con sus heróicas virtudes la historia religiosa y patria de esta muy noble y muy más leal tierra castellana. Nos os damos la Nuestra con toda la efusión de Nuestra alma, en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo †

(1) Acta Ap. Sedis, 1919, pág. 432: «Cfr. carta del Card. Gasparri en 1917 al Superior de las Misiones Extran de París.

Dada en Nuestro Palacio Arzobispal de Burgos, a
3 de Diciembre, Fiesta de San Francisco Javier, Patrón
de las Misiones, del año del Señor 1920.

† JUAN, *Arzobispo de Burgos.*



Por mandato de S. E. R. el Arzobispo, mi Señor,
DR. HERMENEGILDO MARTÍNEZ,
Canónigo—Secretario.

Los Rvdos. Sres. Curas Párrocos y Encargados o Servidores de
las Iglesias procurarán llegar a conocimiento de sus feligreses el
contenido de esta Carta Pastoral.

APÉNDICE

AD R. P. D. JOANNEM BENLLOCH Y VIVÓ, ARCHIEPIS-
COPUM BURGENSEM: DE COLLEGIO FOVENDO IN USUM
MISSIONUM EXTERARUM BURGIS INSTITUTO.

Venerabilis frater, salutem et apostolicam benedictionem.—Quum te ex Urgellensi sede ad Burgensem promovimus, id Nobis consilium fuit latiorem actuosae tuae virtute parare campum, ubi ea multo se uberius exerceret. Iampridem enim novimus qua sis alacritate ad divinam gloriam cum animarum salute quaerendam, ubicumque tibi facultas in hoc elaborandi detur. Et eam quidem amplissimam nancisceris in nova dioecesi quae tuae est curae concredita. Iam vero inter cetera, hoc tibi volumus pro tua diligentia proponas, ut dei lecti e clero adolescentes, qui ad Evangelium barbaris praedicandum a Deo vocati sint, Burgensia intra moeniam rite instituantur, subinde in exterarum Missiones destinandi. Etenim evangelicorum praeconum magnam adduxit diuturnum bellum et immane penuriam; cui quidem cum satis mederi non possint, ea Collegia quae iam sunt Propagandae Fidei, convenit admodum ut similia instituta plurifariam existant, catholicarum gentium liberalitate. Qua in re profecto non decet Hispaniam,

cuius praeclara sunt in christiano apostolatu promerita, sic sui oblivisci ut cuiquam cedere videatur. Itaque divino munere contigit, ut aliquid huius generis in ipsa urbe honoris tui sede, inchoatum invenias; neque enim ignoras Gerardum Villota, sanctae memoriae sacerdotem, cum vellet simul Americae latinae dioecesibus, simul sacris apud infideles missionibus opitulari, Collegii duplicem habentis partem, alteram, sacrorum administris, alteram missionalibus educandis, laetabilia quaedam, pro suarum fortunarum tenuitate, initia possuisse. Tuae igitur erit industriae hoc tamquam semen omni fovere cultu ut sensim, Deo adjuvante, grandem crescat in arborem fructusque aliquando uberrimos ferat. Multum autem ad aliorum studia excitanda exempli tui valebit auctoritas; nec dubitandum est quin praeter ceteris collegae tui Episcopi ex Hispania te, in hac nobilissima causa, quae ad incrementum Ecclesiae sanctae pertinet, velint quocumque poterunt auxilio, prosequi. Auspicem vero divinorum munerum ac testem paternae benevolentiae Nostrae, tibi, venerabilis frater, et clero, populoque tuo apostolicam benedictionem amantissime impertimus.

Datum Romae apud sanctum Petrum, die XXX mensis aprilis MCMXIX, Pontificatus Nostri anno quinto.

BENEDICTUS PP. XV

AL R. P. D. JUAN BENLLOCH Y VIVÓ, ARZOBISPO DE
BURGOS: SOBRE EL FOMENTAR EL COLEGIO FUNDADO
PARA EL SERVICIO DE LAS MISIONES EXTRANJERAS.

Venerable Hermano, salud y Bendición Apostólica.—Al promoverte de la Sede de Urgel a la de Burgos, Nos tuvimos el designio de procurar a tu virtuoso espíritu de laboriosidad campo más dilatado donde con mayor amplitud pudieras desarrollar sus energías. Ya de antes teníamos conocida esa tu actividad emprendedora, la cual dondequiera se presenta ocasión, actúa y trabaja a gloria de Dios y salud de las almas. Y cierto, que te la brinda ahora magnífica la nueva diócesis confiada a tus desvelos. Pues bien, es Nuestro deseo, que uno de los proyectos que con más entusiasmo acaricies, sea el procurar por cuantos medios estén a tu alcance que dentro de los muros de Burgos se formen aptos para el caso, jóvenes escogidos del Clero que se sientan llamados por Dios para evangelizar a los infieles, ya que guerra tan monstruosa y larga ha reducido a mermado número los pregoneros del Evangelio: vacío por otra parte que no pudiendo llenarse con los Colegios ya existentes de Propaganda Fide, reclama que

surjan nuevas instituciones similares debidas a la generosidad de las naciones católicas. Y en este punto, no hay duda que no es nada decoroso el que España, cuyos pasados servicios apostólicos fueron de tanto relieve, olvidada ahora de sí, deje vencerse por ningún otro pueblo. Además de que providencia es singular de Dios el que encuentres ya en esa ciudad, Sede para tí tan honorífica, como principios de obra de esa índole, puesto que no desconoces cómo Gerardo Villota, sacerdote de santa memoria, en su afán de ayudar ora a las diócesis de la América latina, ora a las misiones de infieles, echó los felices cimientos (a más no llegaban sus modestos recursos) de un colegio que consta de dos secciones, la una para formar operarios que trabajen en diócesis constituídas y la otra para educación de misioneros. A tu destreza, pues, incumbe ahora cultivar con todo esmero y dar calor de tal suerte a esa como semilla, que palpablemente, bajo la influencia de la gracia de Dios, se la vea convertirse en árbol corpulento del que puedan esperarse a su tiempo ubérrimos frutos. La autoridad de tu ejemplo servirá en gran manera de estímulo para despertar idénticas aspiraciones en otros: ni hay por qué dudar de que tratándose de la causa nobilísima de la expansión vital de la Iglesia, todos y en especial tus colegas del episcopado español querrán con cuantos medios puedan favorecerte en tu empresa. Y en prenda de las divinas bendiciones y como testimonio de nuestra paternal benevolencia, a tí, venerable hermano, y a tu clero y

pueblo otorgamos amantísimamente la apostólica bendición.

Dado en Roma, en San Pedro, el 30 de Abril de 1919, de nuestro Pontificado el año quinto.

BENEDICTO PAPA XV

00

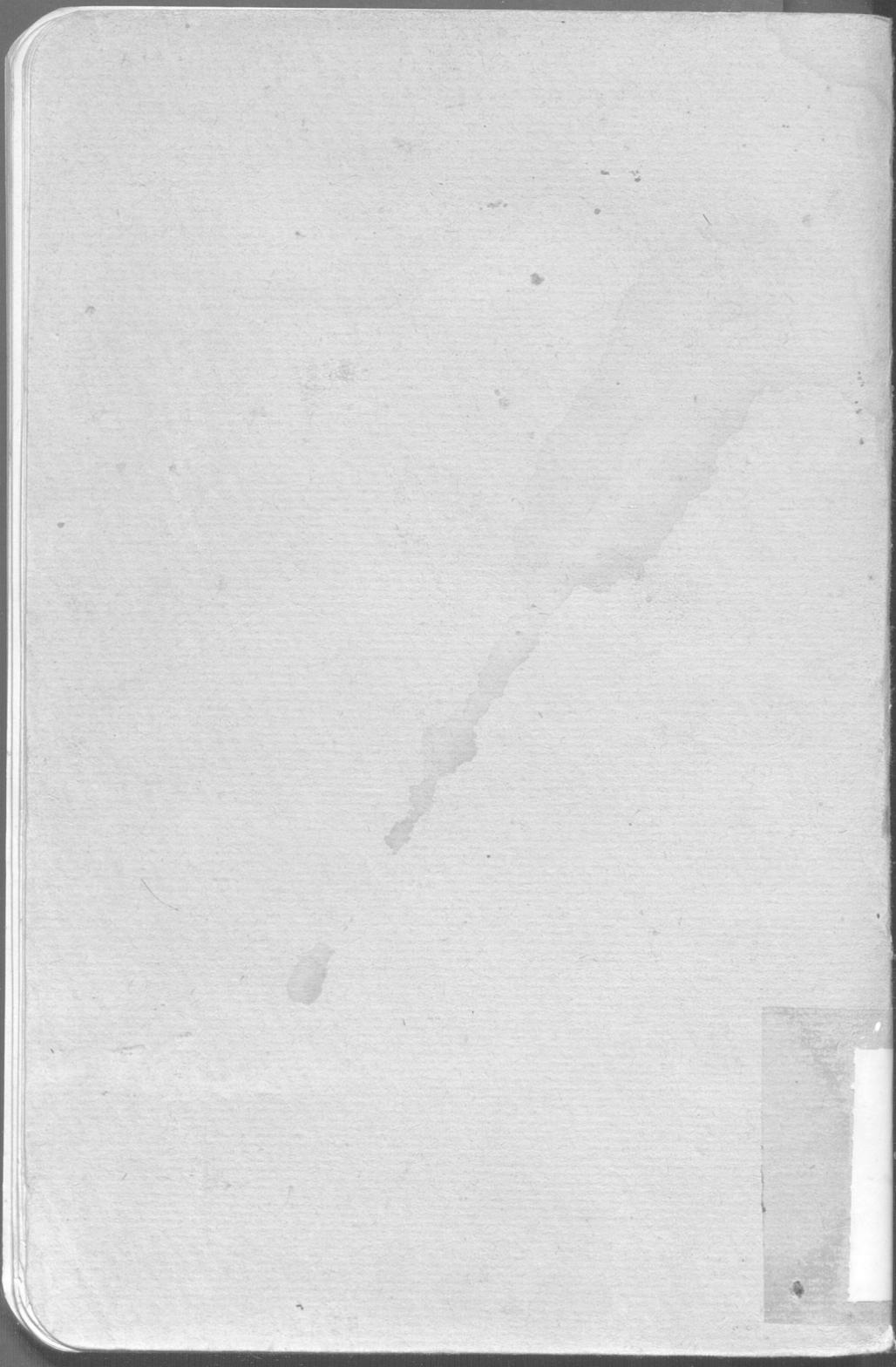
445

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

1800 S. LEXINGTON AVENUE, NEW YORK, N. Y. 10017

TEL: 212-850-5000





G-8177